

Cuadernos del Sur

27

JESÚS ALBARRACÍN / PEDRO MONTES

La crisis asiática y la inestabilidad financiera mundial

TONI NEGRI

LA REPÚBLICA CONSTITUYENTE

Caio Navarro Toledo,
¿ADIOS A LA REVOLUCIÓN?

La modernidad democrática de la izquierda

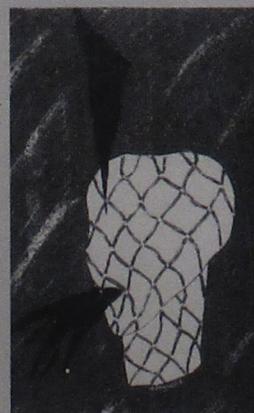
MICHAEL LÖWY: Por Un Marxismo Crítico

Jean Marie Vincent

Las vías de la democracia

Jorge Lofredo

ARGENTINA:
«Activistas», «infiltrados» y
«subversivos». Oposición
social y reacción oficial.



D E B A T E

H.Tarcus - A.Fanjul
H.Calello - E.M.Wood

**ESTADO, CLASE
CIUDADANÍA**

Hugo Callelo - Rubén Lozano
Nueva revolución
nueva democracia

Joaao Pedro Stedile

BRASIL: Los sin tierra contra el corporativismo.

Cuadernos del Sur

Año 14 - N° 27

Octubre de 1998

1

Tierra
del Fuego

Consejo Editorial

Argentina: Eduardo Lucita / Roque Pedace / Alberto Plá / Carlos Suárez / Alberto Bonnet

Brasil: Enrique Anda / Florestán Fernandes [1920-1995]

Bolivia: Washington Estellano

Chile: Alicia Salomone

Perú: Alberto di Franco

México: Alejandro Dabat / Adolfo Gilly / Alejandro Gálvez C. / José María Iglesias (editor)

Escocia: John Holloway

España: Daniel Pereyra

Francia: Hugo Moreno / Michael Löwy

Italia: Guillermo Almeyra

Rusia: Boris Kagarlitsky

El Comité Editorial está compuesto por los miembros del Consejo Editorial residentes en Argentina.

Colectivo de Gestión

María Rosa Lorenzo / Mariano Resels / Gustavo Guevara / Cristina Viano / Leónidas Cerruti / Rubén Lozano / Inés Bonnet

Coordinación artística

Juan Carlos Romero

Dibujos de la Muestra-Libro

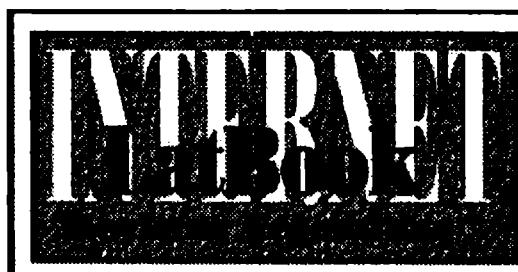
Desocupación, realizado en mayo de 1998, por 150 plásticos en la CTA

Cuadernos del Sur, número 27

Publicado por Editorial Tierra del Fuego
Argentina, octubre de 1998

Toda correspondencia deberá dirigirse a:

Casilla de Correos nº 167, 6-B. C.P. 1406
Buenos Aires, Argentina
E-mail: cds@cvtci.com.ar



CUADERNOS DEL SUR

incluye los sumarios de sus ediciones en la base de datos de Latbook (libros y revistas)

Disponible en INTERNET
en la siguiente dirección:
<http://www.latbook.com>

Índice

ALBERTO BONNET	El impacto de la crisis en la política local	5
JESÚS ALBARRACÍN PEDRO MONTES	La crisis asiática y la inestabilidad financiera mundial	9
JORGE LOFREDO	“Activistas”, “infiltrados” y “subversivos” Oposición social y reacción oficial [Argentina, 1989-1998]	23
JOÃO P. STEDILE	Los Sin Tierra contra el corporativismo	47
CAIO NAVARRO DE TOLEDO	¿Adiós a la Revolución? La modernidad democrática de la izquierda	63
JEAN MARIE VINCENT	Las vías de la democracia	79
TONI NEGRI	La república constituyente	93
HUGO CAELLO RUBÉN R. LOZANO	Nueva revolución, nueva democracia	103
TARCUS, FANJUL, CALELLO, M.-WOOD	Estado, clase y ciudadanía	113
DENIS BERGER	Internacionalismo e internacional(es)	129
MICHAEL LÓWY	Por un marxismo crítico	141

palabra



HILDA PAZ 98.

Hilda Paz, 1998

El impacto de la crisis en la política local

Las aguas políticas locales se enturbiaron sensiblemente desde la relativa calma que habían alcanzado hace un año. A mediados de 1997, en efecto, las perspectivas de reconstrucción del bipartidismo, es decir, de un régimen de dominación democrático-parlamentario sustentado en un monolítico consenso alrededor de los pilares de la reestructuración capitalista, permitían augurar un pacífico recambio de administraciones para 1999. La crisis de la administración justicialista, abierta a mediados de 1996 y alimentada durante un año a fuerza de cortes de ruta, puebladas, paros generales y movilizaciones de masas desde abajo y de disputas interburguesas y planteos corporativos desde arriba, parecía encontrar una salida. La formación de la Alianza y las propias elecciones legislativas de octubre parecían prefigurar esa salida: un recambio pacífico de administradores para que nada cambie.

Es cierto que la reconstrucción del bipartidismo aún debía salvar algunos escollos hasta desembocar en las elecciones presenciales. Sin embargo, en un marco de relativo reflujo de las luchas sociales, esos escollos podían salvarse mediante disputas intestinas en las cúpulas del PJ y la Alianza. Las extorsiones mutuas entre menemistas y duhaldistas (*show* de la reelección y plebiscitos) y las mutuas presiones entre frepasistas y radicales (*show* de las campañas porteñas y las denuncias de corrupción) podían así usurpar los noticieros y la primera plana de los periódicos durante meses... Porque sea como fuere podía contarse con que, si este *show* llegaba a mayores, allí estarían los guardianes nativos y foráneos del orden para poner las cosas en su lugar.

Pero las aguas comenzaron a enturbiarse en secreto, en vertientes distintas, justo cuando parecían calmarse. Pocos se alarmaron cuando, precisamente a mediados de 1997, un conjunto de monedas asiáticas se devaluaron inmersas en crisis de balances de pagos. Eran las monedas de unos dragones asiáticos que, meses antes, había reivindicado como modelos un inoportuno visitante argentino. Eran además monedas sobrevaluadas, ligadas a canastas de divisas dominadas por un dólar que venía revaluándose. “Nosotros cumplimos al pie de la letra con los deberes fiscales y monetarios fondomonetaristas” —se apuraron a diferenciar

se entonces los voceros del menemismo. "Nosotros somos confiables: la crisis no pasará" —insistieron.

La nueva crisis se asemejaba, hasta ese momento, a la mexicana de fines de 1994-95. A mediados de 1997, la economía argentina recién se encontraba superando las dramáticas secuelas de aquella crisis: el producto se había recuperado y el desempleo empezaba a mostrar cierto retroceso. La nueva crisis amenazaba entonces con frenar este repunte y volver a descalabrar la economía.

La respuesta menemista consistió en distinguir —hasta donde era razonable y mucho más allá de ese límite— entre ambas coyunturas. La caída de la bolsa porteña era apenas un caso de histeria contagiosa que pronto retrocedería ante la evidente buena salud de la economía argentina. El peso convertible no era como el bath, el ringgit o la rupia, no, sino una especie de argentino de oro redivivo que resistiría la tormenta y saldría indemne... repitieron nuestros fetichistas del dinero.

A su manera, el discurso menemista acertaba: ambas coyunturas son efectivamente distintas. Pero esta diferencia apenas si radica en las mayores reservas y nuevas garantías que ahora respaldan al peso convertible. Se debe más bien a que la profundidad y la extensión que está adquiriendo esta crisis a escala mundial —y sus consecuencias para las economías periféricas— supera con creces a la mexicana.

Las sacudidas bursátiles transmitidas a través de las principales plazas financieras de la región —Hong Kong y Singapur— culminaron en octubre con un nuevo *lunes negro* para los calendarios de Wall Street. Las bolsas no volverían a recuperar la calma hasta nuestros días. Pero esto era y sigue siendo, apenas, la faceta más histriónica de la crisis. En noviembre Corea y Japón —onceava y segunda potencias industriales del mundo— entraron en una abierta crisis de sobreinversión y derrumbe de rentabilidades. La economía japonesa, en recesión durante los noventa, se posicionaba así en el puesto que le correspondía: en el centro de la región asiática y por consiguiente en el epicentro de la crisis. La quiebra de grandes corporaciones y de entidades financieras vinculadas se hizo noticia cotidiana. La fuga de capitales dejó atrás a una región asiática hundida en una recesión prolongada que amenaza convertirse en una suerte de reedición de la crisis latinoamericana de la deuda. El FMI y otros organismos internacionales comenzaron a revisar sus pronósticos sobre la marcha de la economía mundial en su conjunto.

La sombra de una nueva gran depresión viene rondando, cada vez más cerca, los distintos pronósticos: caída en los precios de las materias pri-

mas y los productos semielaborados, destrucción masiva de capitales ficticios, quiebras de grandes inversores. La corporeidad de esa sombra dependerá, en buena medida, de la performance de la economía norteamericana. Pero sea como sea, aquí y ahora, importa más bien rendir cuenta de los efectos actuales de la crisis en la economía y la política argentinas.

Los países periféricos —en particular aquellos de desarrollo medio y receptores de capitales paradójicamente denominados *emergentes*— se vieron envueltos en la crisis de inmediato. A varias economías del este europeo se sumaron enseguida la rusa y las principales economías latinoamericanas —la brasileña, la venezolana, y en menor medida las mexicana y chilena— en una vorágine de huida de capitales y presiones devaluatorias. Una vorágine desencadenada, además, ante la vista de unos organismos financieros internacionales exhaustos después de sus masivas —aunque poco exitosas— intervenciones en el sudeste asiático y en Rusia y cada vez más incapaces de comandar la crisis.

El buen alumno argentino no puede escapar a esta vorágine —más aún: es ridícula la sola pretensión de que así sea. La caída de precios internacionales de las *commodities*, la pérdida de competitividad externa de las exportaciones dolarizadas combinada con el abaratamiento de las importaciones provenientes de países con divisas devaluadas, más una tendencia hacia el encarecimiento del crédito derivada del reflujo de los capitales hacia posiciones más seguras, son todos elementos que vienen prefigurando un profundo descalabro del balance de pagos para cuando se retire el colchón brasílico.

En medio de estas enturbiad as aguas deberá desarrollarse, desde ahora, el recambio de administradores. Las consecuencias inmediatas de este enrarecimiento del escenario económico sobre el proceso político en cuestión distan de ser obvias: recuérdese aquí que Menem resultó fortalecido y salió reelecto de la crisis mexicana, al igual que Cardoso de la crisis presente. Esto no implica necesariamente una nueva ofensiva reelecciónista de un menemismo que, tras una década en el gobierno, parece cada vez más disfuncional respecto de la consecución de la reestructuración capitalista en curso —es decir, las llamadas *reformas de segunda generación*. Implica más bien que la crisis puede acarrear una consolidación, una suerte de reforzamiento de emergencia, del consenso de los partidos burgueses alrededor de los pilares de la reestructuración menemista, facilitando así a corto plazo la marcha hacia un recambio pacífico de administraciones.

Pero, a mediano plazo, semejante situación puede conducir a una curiosa paradoja: que precisamente cuando termine de consolidarse un ré-

gimen bipartidista alrededor del *modelo*, el *modelo* devenga económica y/o políticamente insostenible. Por su propia naturaleza (patrón-dólar, desregulación, apertura externa), es extremadamente sensible a los avatares de la crisis mundial y sólo puede enfrentarlos de manera recesiva y deflacionaria. La desaceleración del crecimiento, la revisión de inversiones planeadas, el estancamiento del consumo y el repunte de los índices de desempleo ya se pusieron en marcha. La deflación en los precios y la caída de los salarios nominales serían los próximos pasos. ¿Qué magnitud de ajuste será suficiente para poner a salvo el *modelo* cuando la crisis alcance su punto culminante? ¿Qué solidez requerirá el régimen de partidos para implementarlo?

Los ajustes recesivos y deflacionarios parecen ir acompañados a su vez por un recrudecimiento de las luchas sociales —como igualmente sucedió cuando se hicieron presentes las consecuencias del ajuste posterior a la crisis mexicana— poniendo a el orden del día la necesidad de una opción política autónoma de los trabajadores y el conjunto de los explotados y oprimidos para enfrentar la crisis. Las movilizaciones que acompañaron la reciente votación de la ley de flexibilización laboral, en sus desesperados intentos de presionar a los bloques de los partidos burgueses para que restaran quórum, son la expresión más reciente de un vacío político donde amenaza hundirse la resistencia popular a las consecuencias del ajuste cuando éstas se hagan presentes en toda su crudeza. ¿Tendremos nosotros la capacidad de forjar, colectivamente, una opción política que articule las nuevas luchas sociales que se avecinan?

Alberto Bonnet

Buenos Aires, septiembre 1998

La crisis asiática y la inestabilidad financiera mundial*

Jesús Albarracín y Pedro Montes

Por razones aun no explicadas, el hado del capitalismo suele escoger el mes de octubre para desencadenar los *crash* bursátiles. Así ocurrió en octubre de 1929 y así volvió a suceder en el de 1987. No resulta raro, pues, que conforme se acercaba la tercera semana de octubre de 1997, en la que se cumplía el aniversario de estas crisis, el nerviosismo se apoderara de los medios financieros.

Los días previos, toda la prensa económica se había hecho eco de dichos aniversarios. Para los más de los expertos y analistas, no había razones para preocuparse porque, argúian, "la expansión económica está asentada en bases firmes", "los mercados financieros son más sólidos que en 1929", "funcionarán los mecanismos de seguridad introducidos

a raíz del *crash* de 1929 y 1987", etc. Pero para unos pocos, el paralelismo de la evolución de las bolsas con lo que sucedió en los momentos previos al *crash* de 1929 y 1987 era sorprendente. Tan sorprendente, que el viernes 24 de octubre, coincidiendo con la fecha del inicio del *crash* de 1929, la Bolsa de Nueva York cerró la sesión con importantes pérdidas y el lunes siguiente simplemente se desplomó y hubo que cerrarla precipitadamente antes de hora para evitar males mayores, sobrepasados los mecanismos de seguridad.

Lo sucedido desde entonces, y hasta el momento de escribir el presente artículo —marzo de 1998—, no puede compararse con lo que ocurrió hace diez años —caídas muy agudas y generalizadas de los mercados de valores— y, mucho menos, con el desarrollo de los acontecimientos después del "martes negro" de 1929 —desplome de las cotizaciones e inicio de la Gran Depresión—. Por un lado, con la zozobra de octubre, ha aparecido con toda su crudeza la llamada "crisis asiática" justificando de algún modo la inquietud con que algunos veían aproximarse aquellos días. Pero, por otro, como si el cie-

* Este artículo fue elaborado en los inicios del año en curso cuando la crisis financiera de 1997 parecía haberse superado y la especulación bursátil retomaba su curso ascendente. Sin embargo la nueva recaída en la crisis demuestra, como aquí se dice, que los problemas de fondo observados en la enorme inestabilidad financiera siguen vigentes.

rre forzoso de Wall Street hubiese sido una pesadilla, en mal momento no vivido, la mayoría de las bolsas occidentales han emprendido una carrera alcista tan imparable como disparatada. Estos fenómenos bastante contradictorios y chocantes, de difícil explicación, acentúan, cuando menos, la anormalidad de la situación y los rasgos fantasiosos y especulativos que ha adquirido el capitalismo. En última instancia, dejan patente que los problemas de fondo derivados de la enorme inestabilidad financiera en la que se asienta el sistema siguen vigentes.

La hipertrofia financiera

En las fases recesivas de larga duración como la actual, iniciada al principio de los años setenta por la caída de la tasa de beneficio, el capital, a falta de una rentabilidad suficiente en la esfera productiva, se dirige hacia los mercados de capitales y de divisas, lo que convierte a la especulación en una de las actividades más rentables y genera una economía financiera cada vez más separada y ajena a la economía real. Esta no es una característica de la fase recesiva actual, pues ya ocurrió en la crisis del último tercio del siglo pasado y, sobre todo, en los años treinta, pero en la actualidad este fenómeno ha adquirido unas proporciones insólitas, como consecuencia del propio desarrollo y evolución del sistema, del avance tecnológico y de la he-

gemonía del neoliberalismo y su defensa de la libertad absoluta de los movimientos de capital.

Durante los últimos años, los elevados déficits públicos y la financiación ortodoxa de los mismos han llevado a un endeudamiento público que no tiene precedentes en la historias del capitalismo. Puede estimarse que, desde el inicio de la crisis económica, los mercados de capitales se han visto engordados por activos emitidos por los Estados que superan los 10 billones de dólares. El endeudamiento bruto del sector público de los veintiún países de la OCDE, en solo dieciséis años, ha pasado del 41,7 por 100 del PIB en 1981 al 70,7 por 100 en 1997. A la deuda pública hay que sumar la de las empresas y las economías domésticas, que también ha sido creciente, levantándose sobre estos cimientos un enorme edificio financiero, con los andamiajes que proporciona la multiplicación del crédito: los Estados emiten deuda, las empresas o los fondos de inversión los compran, financiándolos con su propia deuda, y así sucesivamente en una sucesión que no encuentra fin. Surgen nuevos intermediarios, se inventan nuevos tipos de títulos, nuevas formas de financiación, nuevas operaciones, dando lugar a un proceso de innovación e ingeniería financieras que amplia, ilimitada e incontroladamente el edificio (el castillo de naipes por mejor decir) y

da todas las facilidades a la especulación. El resultado es que sobre el capital directamente productivo se ha creado una enorme montaña de papel —capital ficticio—, agrietada, susceptible de sufrir corrimientos y desplomes, que ha introducido una gran inestabilidad en el funcionamiento global del capitalismo.

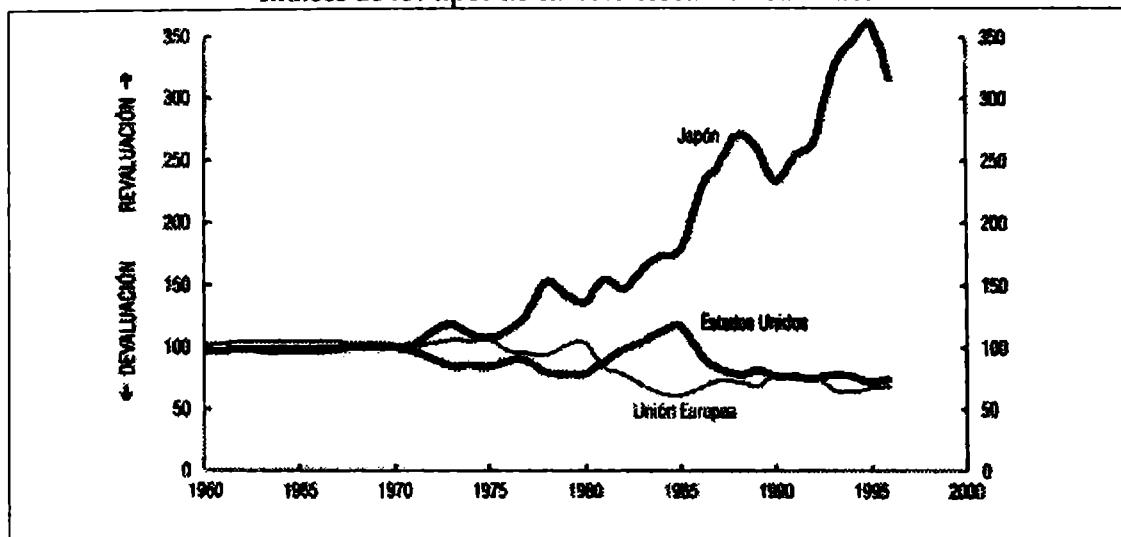
En un contexto de libertad absoluta para los movimientos internacionales de capital, la hipertrofia financiera se refleja también en las cuentas exteriores. El auge del libre-cambio y las facilidades para financiar importantes déficits de la balanza de pagos durante períodos prolongados engrosan la deuda externa de muchos países, hasta que llega el momento de la suspensión de pagos o la declaración de insolvenza. Entre 1982 y 1997 la deuda externa de los países del Tercer Mundo se ha multiplicado por tres, acercándose en la actualidad a 1,8 billones de dólares. Sobre estas bases precarias surgió la gran crisis de la deuda externa de 1982, que afectó a la gran mayoría de los países del Tercer Mundo, la recurrente crisis de México en 1995 y la actual de los países asiáticos.

Por otra parte, la expansión financiera favorece el auge de las cotizaciones en los mercados de capitales. Los elevados niveles de cotización se traducen en unas rentabilidades bajas para el capital financiero, pero este no espera obtener los

beneficios de los dividendos que pagan directamente las empresas, sino de las ganancias de capital que se derivan del auge de las cotizaciones. Los niveles de cotización se separan cada vez más de la situación real de las empresas, pero lo que lleva a invertir a los poseedores de capital financiero no es la rentabilidad real ni la estructura de las mismas, sino una especulación desenfrenada. El resultado es una sobrevaloración creciente de los mercados de capitales, que los deja a merced de que cualquier acontecimiento desencadene la crisis.

A este desarrollo de la esfera financiera, hay que añadirle, para calibrar su inestabilidad, las oportunidades que dan los avances en las comunicaciones para poder operar y especular las veinticuatro horas del día (por la mañana en las bolsas europeas, por la tarde en Nueva York y por la noche en Japón o Hong Kong). Se puede decir que se ha alcanzado una “globalización” financiera casi absoluta. Un enorme volumen de fondos especulativos se mueve por los mercados internacionales buscando una rentabilidad, ya sea en los mercados de capitales, ya sea en los mercados de divisas, en este caso con otra consecuencia no menos perturbadora: la gran inestabilidad de los tipos de cambio. Su evolución no se corresponde necesariamente con la situación real de las economías, ni si

EVOLUCIÓN DE LOS TIPOS DE CAMBIO
Índices de los tipos de cambio efectivos nominales



Fuente: European Economy.

quiera con la propia evolución de las balanzas de pagos, surgiendo dificultades crecientes para que los gobiernos puedan controlar la cotización de sus monedas, dada la envergadura de los fondos que se mueven de unas a otras, que llegan a ser insuperables cuando se desatan las olas especulativas. A este respecto, basta señalar que en los mercados de cambio se negocian cada día más de 1,3 billones de dólares, lo que supone el 85 por 100 de las reservas de todos los bancos centrales y equivale a 174 billones de pesetas, esto es, nada menos que 2,5 veces el PIB español de un año.

El hecho de que la práctica totalidad del mundo se haya convertido en un gran mercado financiero tiene algunas implicaciones importantes. Por un lado, los movimientos

especulativos han adquirido un volumen tan considerable que escapan al control de cualquier país por grande que este sea, lo que sin duda aumenta la inestabilidad. Por otro, la especulación se produce en todos los mercados (en la bolsa, en los mercados de divisas, en el inmobiliario, etc.), por lo que, como ocurre con las bolas de billar, cualquier perturbación que se produzca en uno de ellos termina transmitiéndose a los demás. Están las condiciones dadas para que, como en un polvorín, una chispa accidental desate un desastre. El último aviso proviene, como se ha indicado, del sudeste asiático.

La crisis de los “dragones asiáticos”

La crisis actual de los llamados “dra-

gones asiáticos” (Corea, Indonesia, Tailandia, Filipinas, Hong Kong, Singapur, Taiwán y Malasia) empezó en el verano de 1997 en los mercados de divisas. El 2 de julio, sumida en una profunda recesión, Tailandia, cuya moneda había mantenido durante mucho tiempo una paridad fija con respecto al dólar, se vio obligada a dejarla flotar libremente y, en un solo día, se devaluó en un 18 por 100. A partir de aquí, las monedas de los demás dragones fueron cayendo como fichas de dominó: el 11 de julio el peso filipino, el 26 de julio el ringgit malayo, el 12 de agosto el dólar de Singapur, el 26 de septiembre la rupia de Indonesia, el 14 de octubre el dong vietnamita y el 17 del mismo mes le llega el turno a Taiwán. La burbuja especulativa que se había desarrollado en todos estos países durante los últimos años hizo que la crisis pasara muy rápidamente a los mercados inmobiliarios y bursátiles, con las consiguientes repercusiones sobre los sistemas financieros, tanto internos como internacional. Los tipos de interés tuvieron que elevar acusadamente para defender las monedas y evitar las salidas de capitales, lo que provocó el hundimiento de las cotizaciones de acciones y otros valores, abriendo agujeros financieros y minando los balances de las instituciones financieras locales y los de los prestamistas internacionales atrapados.

La crisis ha tenido lugar después de varias décadas de un dinamismo considerable de los “dragones asiáticos”. Desde el final de la década de los sesenta, el PIB per cápita se ha multiplicado por cinco en Tailandia, por cuatro en Malasia, por dos en Corea del Sur y, en la actualidad, los de Hong Kong y Singapur superan al de muchos países industriales. Durante los últimos años, Asia ha atraído más de la mitad de los flujos totales de capital con destino a los países en desarrollo y sus exportaciones no han cesado de crecer, representando en la actualidad más del 13 por 100 del total de las exportaciones mundiales, cuando en 1985 solo eran el 7,6 por 100, destacando por su participación y crecimiento en el comercio mundial las manufacturas. Este dinamismo y el consecuente aumento de la participación de los “dragones” en la economía mundial es el que ha llevado a muchos autores a hablar de la tríada del capitalismo, uno de cuyos núcleos sería Japón con la constelación de estos países, y los otros, Estados Unidos, con dominio sobre la totalidad de América y la Unión Europea, con hegemonía en el viejo continente. Todo esto parece haberse venido abajo estrepitosamente con la crisis de las economías asiáticas o, cuando menos, estar originando cambios profundos en la economía mundial. ¿Cuáles son las causas?

El dinamismo de todos estos países ha estado basado en un modelo de desarrollo fuertemente desequilibrado. Son economías volcadas al exterior, porque la demanda interna no puede ser un motor de la actividad económica. Dependen en decisiva medida de las exportaciones, cuyo crecimiento ha sido posible gracias a un intenso proceso de acumulación y de asimilación de las nuevas tecnologías y la fuerte competitividad que permiten los bajos salarios, la inexistencia de protección social, etc., es decir, debido a la sobreexplotación de la mano de obra, lo que a algunos de ellos, como Corea por ejemplo, les ha colocado en un equilibrio social muy precario. Pero su dependencia del exterior no solo es muy acusada por las exportaciones, sino también por las importaciones de mercancías—tecnologías, materias primas—necesarias para mantener el sistema productivo y las exportaciones, y es dependiente también de las entradas de capital extranjero, que han sostenido las fuertes inversiones. Sus sistemas financieros, en general, son muy débiles y frágiles, y dista mucho de tener unos activos saneados, como se corresponde con países que han experimentado un intenso y desordenado crecimiento, inflacionista y especulativo. El resultado es que, como ha ocurrido, una perturbación externa puede dar al traste con el modelo de desarrollo y desencadenar la crisis.

Las exportaciones de estos países se han visto afectadas, en primer lugar, por la apreciación efectiva que experimentó el dólar desde 1995. Dado que las monedas de los “dragones asiáticos” tenían en la práctica una paridad fija con respecto al dólar (*crawling peg*) se produjo una pérdida de competitividad en todos ellos. Por otra parte, la irrupción de China en el mercado mundial ha significado la aparición de un competidor muy importante. Después de la devaluación del yuan chino en 1994, este problema se había visto considerablemente agravado. Finalmente, la larga recesión de Japón estaba afectando seriamente a las exportaciones de estos países. Todo ello se ha traducido en inflaciones elevadas, degradación de las balanzas comerciales, considerables déficit de las balanzas por cuenta corriente (en 1996, el 8 por 100 del PIB en Tailandia, 3,5 por 100 en Indonesia, 4,3 por 100 en Filipinas, 5,2 por 100 en Malasia y 4,9 por 100 en Corea), altos y crecientes endeudamientos exteriores y, en general, una quiebra del desarrollo ciertamente espectacular que estos países habían mantenido en el pasado. Es decir, condiciones suficientes para que el capital especulativo quisiera poner tierra de por medio, agravando las dificultades de financiación y de defensa del tipo de cambio. Pero en los países occidentales nadie consideró en un primer momento que

el impacto de esta crisis monetaria fuera a ser importante.

La cosa no llegó a mayores hasta que la crisis no afectó a Hong Kong. La paridad fija de la moneda de Hong Kong con respecto al dólar, legalmente establecida (*currency board*), se consideraba intocable y las autoridades monetarias estaban dispuestas a mantenerla, a pesar de la fuga de dinero e inversiones que se había producido como consecuencia de la devolución a China. La especulación no se detuvo, por lo que la defensa numantina del dólar de Hong Kong por parte de las autoridades monetarias llevó a una subida considerable de los tipos de interés. El 23 de octubre, la Bolsa de Hong Kong, la segunda de Asia después de la de Tokio, perdió un 10,4 por 100, la mayor caída de su historia, y el lunes siguiente, el 5,8 por 100, arrastrando al resto de los mercados de capitales. Desde entonces, el descenso de las cotizaciones ha sido considerable, hasta el punto de que, desde el verano de 1997 hasta el momento de escribir el presente artículo, el índice de la Bolsa de Hong Kong ha perdido casi el 50 por 100 de su valor.

La crisis de los países asiáticos, con sus raíces profundas y sus ramificaciones extensas, no ha dejado desde octubre de estar presente en los análisis y perspectivas de la economía mundial y en las preocupaciones de los gobiernos y las insti-

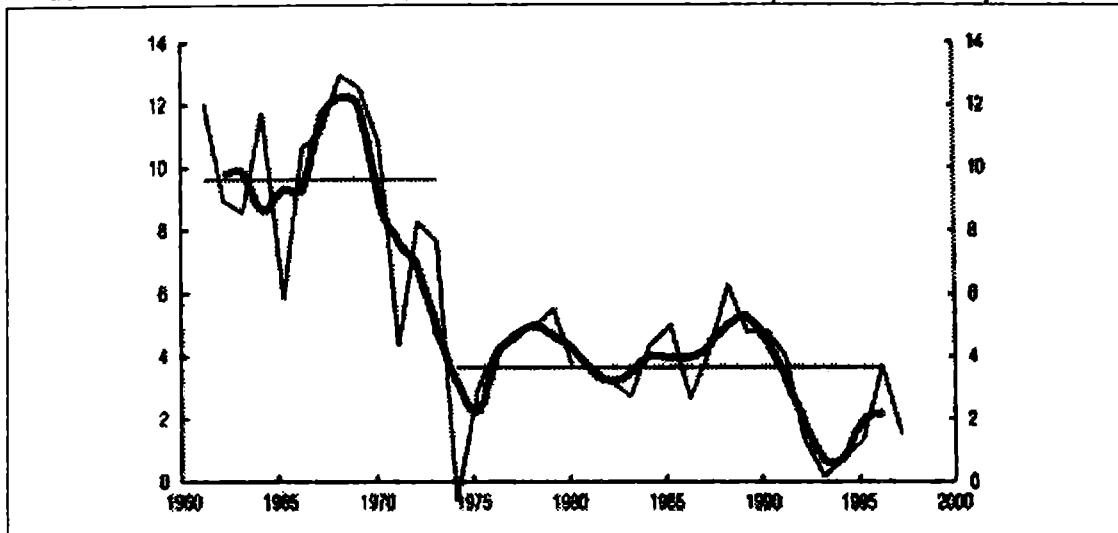
tuciones financieras y económicas. Actúa como telón de fondo del panorama financiero internacional, aunque, como se ha dicho, la inquietud que provoca no ha impedido que las bolsas occidentales hayan experimentado insólitas subidas a finales de 1997 y principios del año en curso, como si huyeran adelante, tratando de escapar de una situación que se antoja peligrosa, no sólo por lo ocurrido a los "dragones" sino también porque la crisis a quien viene afectando prolongada y profundamente es a Japón.

La inestabilidad financiera de Japón

La crisis financiera de Japón viene de muy lejos. De hecho, desde hace más de una década se viene produciendo una caída continuada de la Bolsa de Tokio. Pero en los últimos años, y particularmente en 1997, se han visto afectadas una serie de compañías de seguros, de firmas de corretaje, de bancos de inversiones, etc. (véase cuadro), que hacen que la situación financiera sea en estos momentos sumamente delicada. Las causas más importantes de esta evolución financiera son las siguientes:

—En primer lugar, hay que tener en cuenta la aguda disminución del crecimiento que se ha producido en la economía japonesa desde el inicio de la crisis económica y la tendencia al estancamiento que sufre en la actualidad. Japón había creci-

CRECIMIENTO DEL PIB EN JAPÓN
Tasas de crecimiento anuales, medias móviles de tres años, y medias de cada período



Fuente. European Economy.

do a ritmos muy elevados durante las décadas de expansión posteriores a la segunda guerra mundial (9,6 por 100 de media desde 1960 a 1973). Desde el inicio de la onda larga recesiva, las tasas se redujeron, pero todavía arrojan una media del 3,6 por 100 de crecimiento del PIB desde 1974 a 1991. En la actualidad el crecimiento de la economía japonesa es prácticamente cero e incluso en algunos momentos, durante los últimos años, ha reflejado tasas de crecimiento negativo, teniendo justificación la idea de que ha entrado en una nueva fase, en cierta medida distinta a la que están recorriendo sus competidores mundiales, tanto Estados Unidos como la Unión Europea. Japón es una economía muy expuesta y supeditada a las exportaciones y con dificultades

para convertir la demanda interna en motor de la actividad económica. Durante los últimos años, el peso de las exportaciones en el PIB se ha reducido (del 102 por 100 del PIB en 1986 al 9,3 por 100 en 1996), con los consiguientes efectos negativos sobre el crecimiento de la economía. Y en este contexto, la depreciación de las monedas del sudeste asiático y la consiguiente reducción del poder de compra de estos países afectó de forma muy importante a las exportaciones japonesas, que suponen el 44 por 100 del área, frente al 20 por 100 de Estados Unidos y al 7 por 100 de Europa, agravando su situación y perspectivas. Sin duda, para una economía acostumbrada a crecer, este descenso en el ritmo de crecimiento ha debido de tener una fuerte repercusión sobre la indus-

tria y a partir de ahí sobre el sistema financiero.

—En segundo lugar, el descenso continuo que se viene produciendo en las cotizaciones de la Bolsa de Tokio desde hace más de una década, sobre todo en comparación con lo que ha sucedido en los mercados de capitales del resto de los países industriales, también ha debido de repercutir negativamente en las instituciones financieras japonesas. Así, mientras que el índice Dow Jones de la Bolsa de Nueva York se ha multiplicado por 4,3 desde octubre de 1987 (esto es, después del *crash*) hasta febrero de 1998, el índice Nikkei de la Bolsa de Tokio ha descendido un 26 por 100 en ese mismo período. A este respecto, conviene resaltar que, sin perjuicio de las razones económicas que como estamos viendo subyacen en estos comportamientos, una evolución tan dispar como esta de los mercados de valores no deja de ser uno de esos fenómenos bastante inexplicables de la situación financiera mundial, que añade inquietud y enigmas sobre el futuro, como se verá en el siguiente apartado.

—Finalmente, la depreciación acelerada de las monedas de los dragones asiáticos provocó una desinversión en las bolsas de estos países por parte de los operadores extranjeros para evitar las pérdidas del cambio, lo que se tradujo en descensos considerables de las cotizaciones. La

pérdida de valor de las inversiones japonesas en el área debilitó a sus instituciones financieras, que soporan unos 118.000 millones dólares del total de los 750.00 millones de préstamos vivos que tiene la región. Esto ha venido a incidir sobre una situación del sistema financiero muy deteriorada y frágil. Desde hacía algunos años, algunos bancos japoneses, caracterizados por su opacidad, habían creado un sistema para camuflar las pérdidas acumuladas, basado fundamentalmente en la constitución de una red de sociedades filiales a las que se las iban transmitiendo, hasta quedar fuera del alcance de la autoridad monetaria. Todo esto se ha puesto al descubierto con la crisis que recorre al sistema financiero japonés, cuya gravedad nadie discute, quedando como incógnitas el modo de afrontarla y sus repercusiones internas e internacionales.

La sobrevaloración de las bolsas
La mayoría de los analistas financieros y, desde luego, los organismos internacionales han tendido a limitar el alcance de la crisis financiera de los dragones asiáticos y Japón y a ponerle barreras. Es como si estuviéramos en presencia de la “gripe asiática”, una enfermedad que nos han exportado, que se pasa y que si se cuida convenientemente, no deja secuelas. Esto parece confirmarse por la evolución que han seguido las bolsas después de la crisis. El ín-

LA INESTABILIDAD FINANCIERA DE JAPÓN

1994

—El Tokio Kiowa y el Anzen Credit Union colapsan y trasladan sus operaciones al Banco Tokio Kiodou, entidad de reciente creación de patrocinio estatal.

1995

—Caída del Cosmo Credit: el Banco Kiodou se hace cargo de sus operaciones.

—Colapso del Kizu Credit Union. El Banco Resolution and Collection, entidad surgida del Tokio Kiodou, asume sus operaciones.

—Fracaso de las operaciones del Banco regional Hiogo, es reemplazado por el Banco Midori.

—Se hunde el Osaka Credit Union, cuyo testigo toma el Banco Tokai.

1996

—Colapso del Banco Taiheiyo, entidad regional de segundo orden. A continuación se crea el Banco Wakashio para hacerse cargo de sus operaciones.

—Quiebra el Banco Hanwa, entidad de ámbito regional. Se crea el Banco Kii Yokin Hanri, con objeto de absorber sus operaciones.

1997

—Nissan Mutual Life Insurance pone fin a sus operaciones comerciales. Los contratos vigentes son absorbidos por la nueva Aoba Life Insurance.

—Ogawa Securities, firma de corretajes, inicia el expediente de cierre.

—Se viene abajo el Banco regional Kioto Kioei, y sus operaciones se trasladan al también regional Banco Kofoku.

—Sanyo Securities presenta expediente de quiebra.

—Caída del Banco Hokkaido Takushoku, cuyas operaciones absorbe el North Pacific. Ocupaba el número 21 por activos del ranking de la banca japonesa y cuenta con unos depósitos de 8,3 billones de yenes (10 billones de pesetas). El volumen de impagados puede ascender a un billón de pesetas.

—Suspensión de actividades de Yamaichi Securities, la cuarta agencia de valores de Japón. Contaba con un capital de 430.000 millones de yenes (cerca de 500.000 millones de pesetas), con lo que su quiebra es la de mayor cuantía del sector desde la segunda guerra mundial.

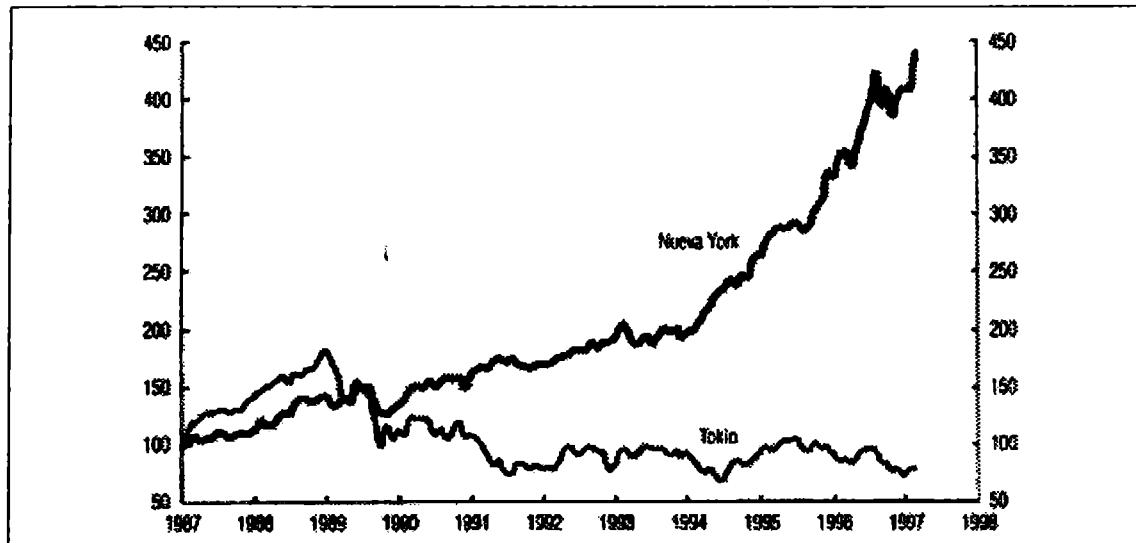
Fuente: diarios *El País* y *El Mundo*.

dice Dow Jones de la Bolsa de Nueva York cerró el mes de febrero en 8.545 puntos, casi un 15 por 100 por encima del nivel de octubre de 1997 y un 5 por 100 más que hace un año. La mayoría de las bolsas de los países industriales han seguido una

evolución similar, si no más exagerada, como la española. ¿De dónde vienen las preocupaciones?

Los expertos que hablaban de un nuevo *crash* en las semanas previas al aniversario de los de 1987 y 1989 no habían considerado la crisis asiá-

EVOLUCIÓN DE LAS BOLSAS DE NUEVA YORK Y TOKIO
 Índices diciembre de 1987 = 100%



Fuente. Índices Down Jones y Nikkei.

tica y argumentaban simplemente sobre la base de la situación de las bolsas occidentales, en particular, Wall Street. Es un hecho cada vez menos controvertido que la Bolsa de Nueva York está muy sobrevalorada, reconocido incluso por Alan Greenspan, el presidente de la Reserva Federal americana.

Los analistas financieros utilizan un indicador para medir este fenómeno: el PER (*Price Earning Ratio*), esto es, la relación entre el valor de una acción y los dividendos que produce. Cuanto más alto sea el PER de una acción, esto es, cuanto mayor sea su valor respecto a los beneficios que rinde, más riesgo se correrá comprándola, porque la acción es cara respecto a las ganancias que reporta y, por tanto, más probable será que su valor caiga en el futuro. Según J. Siegel, de la Wharton School, el PER

medio de la Bolsa de Nueva York durante el último siglo ha sido 13,7, esto es, el valor de las cotizaciones ha sido 13,7 veces superior a las ganancias que daban. O visto de otro modo, se obtenía una rentabilidad por dividendo del 7,3 por 100 ($100/13,7$) del capital invertido. Pues bien, al finalizar 1987 el PER de la Bolsa de Nueva York era de 24, es decir, el valor de las acciones de la Bolsa de Nueva York es 24 veces las ganancias que dan, rindiendo, por consiguiente, una rentabilidad media del 4,2 por 100 ($100/24$). Para que el PER volviera a los valores medios del último siglo (en torno a 12), manteniéndose los beneficios, las cotizaciones de Wall Street deberían caer ¡un 40 por 100! Todos estos son cálculos de la Wharton School, una prestigiosa institución en los círculos económicos y financieros. Pero, en fin, la

sobrevaloración se pone de manifiesto de una forma más simple: mientras que entre 1987 y 1997 el PIB ha crecido un 70 por 100 en términos monetarios y un 26 por 100 en términos reales, las cotizaciones de la Bolsa de Nueva York se han multiplicado por 4. La Bolsa de Tokio, ya se ha dicho, por ejemplo, ha caído en ese período en un 26 por 100.

En la mayoría de las bolsas europeas, la sobrevaloración que se ha ido acumulando durante los últimos años no es significativamente menor que la de Wall Street. Baste citar, como ejemplo, lo sucedido al mercado de valores español. En 1992, el PER de la Bolsa de Madrid era de 10, o sea, el nivel de cotización de las acciones suponía 10 veces la rentabilidad que las mismas reportaban, en este caso el 10 por 100. Pues bien, al finalizar 1997, el PER se había elevado hasta 29,8, ascenso que ha continuado en 1998, en cuyos dos primeros meses el índice de las cotizaciones ha subido en un 23 por 100, el ritmo más elevado de las bolsas occidentales. Para algunos sectores, como bancos y financieras, cuyo PER ha pasado de 7,7 en 1992 a 34,1 en 1997, y construcción, que se ha elevado entre esas dos fechas de 6,9 a 48,0, la sobrevaloración es aún más acusada. Aunque durante este período se ha producido una sensible reducción de los tipos de interés (las bolsas suelen subir cuando se reducen, determinando una

caída de la rentabilidad de las acciones paralela a la de los tipos de interés), es notorio que las cotizaciones han aumentado mucho más que lo que dicha reducción ha justificado, por no indicar que las subidas han continuado con fuerza en los dos primeros meses de 1998 mientras los tipos de interés han agotado ya gran parte de su margen de disminución. Las subidas están alentadas por la simple fuerza de la especulación, o de otros factores espurios ajenos al valor real de las empresas —expectativas, dinero negro, fusiones, cambios cosméticos (*split*)—, pues en estos momentos los inversores sólo juegan a que prosigan las alzas, ya que no pueden esperar obtener rentabilidades más altas por dividendos que por intereses en títulos de renta fija.

En mayor o menor grado, dándose situaciones más o menos exageradas, pero en todos los casos excesivas, la sobrevaloración es un rasgo dominante de todos los mercados de valores occidentales, en un contexto, no cabe olvidarlo para calibrar lo anómalo de las circunstancias, en que en otras partes del mundo las bolsas están sacudidas por violentos movimientos.

El FMI aparece en escena

Que la gravedad de lo que ocurre no se refleje de un modo homogéneo en los mercados no quiere decir que en los centros neurálgicos

del sistema no se tenga conciencia de los peligros de la situación, tal como deja traslucir el presidente de la Reserva Federal o como pone de manifiesto la atención y recursos que el capitalismo financiero mundial, encabezado por el FMI, está destinando a contener y amortiguar la “crisis asiática”. Esta crisis, aunque mal estudiada y peor prevista, incide sobre una situación financiera muy inestable y el riesgo de que la chispa que había saltado en Asia incendiara el polvorín financiero y perturbase gravemente la economía mundial no era despreciable.

Esta es la razón de que, una vez estallada la crisis, se haya volcado un enorme volumen de fondos sobre los “dragones asiáticos” y fundamentalmente sobre Corea e Indonesia, con los objetivos de evitar el desplome de los sistemas financieros de estos países y restaurar la confianza en la economía para atraer capitales privados. Solamente sobre Corea, el FMI pretende canalizar préstamos por valor de 57.000 millones de dólares, lo que constituye la mayor operación de “salvamento” de un país en toda la historia del capitalismo. En la operación han participado el propio FMI, imponiendo sus clásicos criterios y condiciones, un conjunto de trece de los más importantes países industriales y un grupo de destacados bancos comerciales y de inversión de ellos. Los fondos que se han canalizado sobre Indonesia,

Tailandia y el resto de los países han sido menores, pero, en conjunto, la magnitud de la ayuda financiera prestada a los “dragones asiáticos” no tiene parangón con la de ninguna otra ocasión, incluido el “salvamento” de México en 1995, y posiblemente no ha hecho sino empezar. No hay duda de que todo ello ha contribuido poderosamente a detener la crisis Y, sobre todo, a evitar que se propague a los mercados de los países industrializados. Porque los mercados latinoamericanos, entre otros, no han escapado a la conmoción, al coincidir sus economías en muchos de los rasgos que se han señalado como origen de la crisis en el sudeste asiático: fuertes déficits exteriores, altísimo endeudamiento exterior, sistemas financieros frágiles y especulativos, etc.

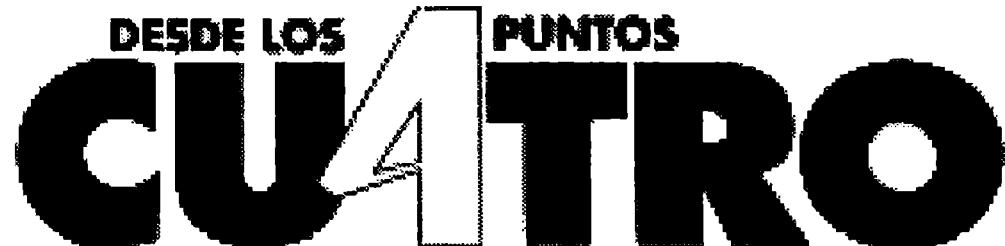
Como se ha dicho, la ayuda internacional está condicionada. La contrapartida de todos estos fondos es la imposición por el FMI de los llamados “programas de reforma estructural y financiera”, esto es, endurecimiento de la política fiscal, elevación sustancial de los tipos de interés, liquidación de un número importante de bancos, privatización de algunos grupos públicos, apertura de unos mercados hasta ahora fuertemente protegidos, etc. Las consecuencias de tales planes no tardarán en dejarse sentir en forma de reducción sustancial de los ritmos de crecimiento, fuerte aumento del

paro, cierre de empresas y disminución de la capacidad productiva de los "dragones asiáticos", que perderán gran parte de su fuerza, con sus secuelas sociales. De hecho, la inestabilidad social ya ha comenzado en Corea, Tailandia e Indonesia.

A corto plazo, los efectos para la economía mundial en su conjunto no serán dramáticos, aunque los organismos internacionales se han visto obligados a revisar a la baja sus previsiones iniciales para 1998. El FMI estima que la reducción del ritmo de crecimiento mundial durante 1998 por la crisis asiática puede ser del orden de 0,8 puntos. Pero,

al margen de sus repercusiones inmediatas, lo más destacado de la nueva crisis es que esta vez ha sido notablemente más grave y su resolución a medio plazo más incierta que las anteriores de México y Argentina. ¿Cuál será la siguiente chispa que saltará? Es difícil predecirlo. Los momentos peores de la crisis parecen haberse superado, pero la sobrevaloración de las bolsas y la inestabilidad, financiera continúan agravándose. El ambiente, como se ha tratado de mostrar, está cargado de electricidad.

Madrid, marzo de 1998



Correo de Prensa Internacional

Xola 81
Col. Alamos
C.P. 03400 México, D. F.
México
Tel/fax (5) 590 0708
csapn@laneta.apc.org

“Activistas”, “infiltrados” y “subversivos”. Oposición social y reacción oficial [Argentina, 1989-1998]

Jorge Lofredo*

El presente trabajo tiene como objetivo analizar, por un lado, a determinados grupos políticos que el Gobierno actual sigue calificando de *subversivos*, *infiltrados* y *activistas*, y por otro, a los movimientos, actores y conductas sociales que surgen en el seno de la sociedad como expresión de rechazo a las políticas gubernamentales y a lo que deviene en la encrucijada social de este tiempo: *el proceso de exclusión*. En este sentido tanto organizaciones políticas como movimientos sociales no encuentran, necesariamente, un punto de coincidencia entre sí, salvo que comparten el rótulo impuesto por los gobernantes y que ambos, con distintos fines, se oponen profundamente al actual modelo económico.

De acuerdo con esto se infiere una distinción en las formas políticas y sociales que la oposición produce donde el denominador común es, únicamente, que el Gobierno los acusa de generar actos violentos. En

un primer momento se considera a las expresiones más genuinas de rechazo, la *oposición social*, el pueblo llano, a la coyuntura nacional. Las puebladas, los saqueos y los cortes de ruta como así también las reivindicaciones gremiales: marchas, paros, huelgas y manifestaciones son su mejor exponente. Inmediatamente se asiste a un incremento de las expresiones políticas de mayor virulencia, encarnadas por grupos que signan sus praxis por una visión extrema de la política. Al final quedan por establecer las aisladas acciones de grupos que pretendieron encarar proyectos armados como vía de acción política: los casos más resonantes fueron la Brigada Che Guevara, el MTP y la ORP. Sin embargo, de estos últimos es necesario considerar la participación de los organismos de seguridad, tanto en la provocación como en la infiltración y, además, la responsabilidad de las distintas administraciones nacionales en dichas operaciones; y también la posibilidad de que *mano de obra desocupada* nostálgica de la dictadura, utilice una filiación presuntamente

* Lic. Ciencia Política. Investigador independiente, Universidad de Buenos Aires.

izquierdista para operar con fines delictivos.

Lógica gubernamental: a la caza de “subversivos”

A partir de los sucesos de Santiago del Estero en diciembre de 1993 [donde en un virtual clima de insurrección espontánea, descontento generalizado y desborde popular, un gran movimiento tomó las calles de la capital provincial y otras ciudades importantes, no sólo hizo retroceder a las fuerzas de seguridad, sino que saqueó comercios y galpones de alimentos y hasta produjo incendios en las casas de algunos legisladores y políticos locales. También la del gobernador y hasta la propia Casa de Gobierno de la provincia], el conflicto social en la Argentina ha ido en constante aumento y alcanzó sus puntos trágicos: cuatro muertos durante el *Santiagazo*; en Semana Santa de 1995 en Ushuaia, con la violenta actuación de Gendarmería Nacional contra la medida de fuerza impulsada desde el gremio metalúrgico, por el cierre de una fábrica que, durante la vorágine represiva, cae muerto el obrero Víctor Choque. Y durante la segunda pueblada en Cutral-Có, en 1997, que gracias a la desmedida intervención de la misma fuerza de seguridad matan a Teresa Rodríguez, quien no participaba del enfrentamiento.

La incesante multiplicación del conflicto no lo es únicamente en tér-

minos de reproducción cuantitativa de medidas de protesta y manifestaciones sino que la forma cómo los manifestantes enfrentan a esas fuerzas y que de hecho ha variado desde el retorno a la democracia en 1983.¹ Frente a esta evidencia, los gobiernos nacionales incurrieron en una repetida lógica, que consiste en inculpar y magnificar a grupos minoritarios y *activistas infiltrados* como causantes de disturbios y así provocar la excusa política para apelar a métodos represivos, ya que no es capaz de resolver la cuestión social en términos económicos y mucho menos en términos políticos.

Crisis I: el rechazo a la política oficial

Otro tanto ocurre cuando se trata de desvirtuar manifestaciones, marchas, convocatorias o demostraciones de protesta de signo opositor. Por ejemplo, el 9 de septiembre de 1988 se convocó a una manifestación en Plaza de Mayo por la CGT y durante el acto hubo desmanes, y como punto culminante, se produjo la rotura de vidrios y el saqueo de un negocio de ropa a pocos metros del palco principal. Se asistió a una desmedida represión policial, y a la presencia y actividad comprobada de integrantes de los servicios de inteligencia en los hechos vandálicos: ese día es recordado como el *Viernes negro*.² En diciembre de 1988 se produce ellevantamiento carapintada *Operación*

Virgen del Valle, conducido por el entonces coronel Seineldín, en Villa Martelli. En esa ocasión, grupos inorgánicos desde las afueras del cuartel apedrean a los tanques de los amotinados. Luego comienza un intercambio de balas de la Policía contra los manifestantes, mientras los sublevados tiraban, desde dentro de la unidad militar, a mansalva.³ Sin embargo, se dio capital importancia a quienes se manifestaron con piedras y a torso descubierto, lo que bastó para que en el aire flote un presunto retorno de Montoneros.⁴ En otra ocasión, el 10 de diciembre de 1988, se produjo el asalto a una sucursal bancaria del barrio de Mataderos, donde murió uno de los asaltantes. Este hecho tuvo connotaciones políticas y se señaló que era característica de una *célula de guerrilla*; instancia muy criticada puesto que actitudes de ese tipo sirven más para un golpe de estado que para una revolución, dado que significaba la excusa buscada por ambos bandos militares, carapintadas y leales, en pugna dentro de la institución castrense.⁵

El asalto al cuartel de La Tablada, el 23 de enero de 1989, por el Movimiento Todos por la Patria, resultó un *antes* y un *después* en las organizaciones de izquierda. El MTP crece numéricamente pero a su vez entra en crisis con el reconocimiento, al menos explícito, de Enrique Gorriarán Merlo en la dirección del movi-

miento, la que se convierte en un *Núcleo de Acero*,⁶ momento crucial donde se produce una importante fractura y, según la voz de quienes se retiraron, transmuta desde un partido con democracia interna hacia uno de disciplina jerárquica de cuadros. La “inminencia” de un golpe de estado se vuelve una obsesión y consideran el momento de comenzar la *lucha*; palabra altamente compleja cuando *armada* es su complemento. El copamiento del cuartel “resultó el corolario de la radicalización de un sector del grupo orientado intelectualmente por Gorriarán Merlo, pero gracias a que los alzamientos carapintadas reinstalaron la percepción de que se ponía en riesgo la incipiente democracia, disyuntiva a la que el gobierno radical, por su parte, reconocía que se enfrentaba”.⁷ En este aspecto cabe señalar que la identidad castrense también estaba en crisis, situación que se supera con la reaparición del “fenómeno subversivo”, el MTP en la visión castrense, y que salda, o al menos posterga, el debate interno y el juzgamiento por la participación de los militares en la guerra sucia de la última dictadura. En la actualidad, el MTP se encuentra esforzado en su trabajo por la libertad de los presos políticos (que incluye también a Gorriarán y Ana M. Sívori, ambos condenados), en las denuncias por fusilamientos dentro del cuartel y la falta de imparcialidad en el juicio que

condenó a sus integrantes. En su seno perdura aún la hipótesis de la toma del cuartel como modo de frenar el golpe carapintada en gestación.

El 8 de noviembre de 1990 la Brigada Che Guevara produce el asalto a una escuela del barrio de Barracas. Durante el tiroteo entre la Policía y los asaltantes cae muerta una nena de seis años que estaba en la puerta de su casa, Vanessa Perinetti [la bala provino de un arma policial], y también un activista de la Brigada. El grupo llega al asalto con los antecedentes de voladuras de cajeros automáticos y reparto de alimentos en zonas carenciadas. Para la confluencia entre los sectores que componen la Brigada, existe una visión en común o "un modo de entender los cambios sociales "según el cual" las puebladas no dependen tanto del grado de conciencia política de la gente como de que aparezca el catalizador adecuado en el momento preciso". En el mismo sentido, señalan que se produce el "surgimiento de un nuevo sujeto revolucionario: no ya el venerable proletariado [...] sino los marginales, aquéllos a los que el ajuste o bien echó del empleo o bien nunca sumará siquiera a la producción". Como análisis para la Brigada, los saqueos que ocurrieron en junio de 1989 demostraron que "los sectores están familiarizados con las armas y, cuando estalla la furia, han

demonstrado estar decididos a todo"; y, por supuesto, los brigadistas serían la vanguardia. Luego del asalto a la escuela, el grupo desapareció.

Sin embargo se infiere que los grupos de izquierda radical participan juntos únicamente en el ámbito de la lucha callejera y, por ello, el punto más elevado de enfrentamiento con el sistema es también la instancia superior de colaboración. A ellos se les atribuye, no sin razón, una interminable historia de desencuentros y divisiones intestinas, aunque el rechazo al ajuste instaría a superar antinomias en su seno. Pero no debe concebirse que forman parte de un todo homogéneo. La orientación ideológica, que impone su estrategia y táctica, abarca al trotskismo, maoísmo, marxismo, nacionalismo revolucionario, anarquismo, etc. Ello indica que las diferentes concepciones alternativas a la sociedad actual no recorren un sendero único sino que aportan una visión diferenciada aunque confluyen, eso sí, en la necesidad de la revolución social. Las formas de alcanzar una nueva sociedad y el carácter que ella contenga también es distintiva. Pero debe destacarse que grupos ideológicos afines están estigmatizados por rupturas y fracturas, desgastando fuerzas propias en infinitos debates y polémicas con sus ex camaradas.

En este contexto surge, por un lado, un endurecimiento tanto en

el discurso como en las actitudes oficiales y, por el otro, algo similar ocurre en los grupos duros, que se embarcan en una estrategia de confrontación al modelo económico actual. En el mismo sentido existe una reivindicación abierta a la agitación de los marginales, aunque no sean los más castigados por el ajuste, tal vez porque nunca han dejado de serlo; pero lo que sí se muestra es que hay un nuevo sector en franco empobrecimiento y con una irreversible tendencia hacia la exclusión social. Aquéllos no sienten amenazado su presente, pues no tienen nada que perder, pero éstos, quienes quieren retener lo poco que les queda, buscan aferrarse a lo más mínimo que se les ofrece: la estabilidad; y esto los transforma en una capa permeable al clientelismo político de los grandes partidos, especialmente en los cordones industriales más populoso y en las provincias del interior del país. Así con todo, los grupos más duros se muestran inválidos en su capacidad para movilizar amplios sectores populares, más bien aspiran a acompañar las manifestaciones tanto por organizaciones sindicales como por sus similares de Derechos Humanos.

Pero con una estrategia oficial que busca, al menos implícitamente, imponer el miedo en la sociedad, la presencia de grupos y organizaciones más radicales pueden resultar funcionales para los intereses del Go-

bierno, y sin olvidar que aquellas pueden ser objetos de infiltración por parte de los servicios de inteligencia. Más allá de esta esfera, existe un endurecimiento en el lenguaje y en las acciones de los actores sociales que se encuentran dentro de las estructuras e instituciones tradicionales, que es un reflejo del malestar de la sociedad y a la vez un indicador del cierre de los canales institucionales de participación. La Argentina sobrelleva una crisis económica de gran magnitud en términos de desempleo y exclusión social, y otra política, en cuanto a la falta de representación de los partidos políticos y pujas internas en el oficialismo, y es en este contexto donde la práctica del clientelismo político, como manifestación de superficie de la vieja forma de hacer política, sobrevive en la medida en que no se generan núcleos políticos alternativos ni desarrollo económico, y queda como única vía de progreso individual. Dentro de este paisaje se produce la emergencia de los pequeños grupos radicalizados con nulo peso efectivo - aunque más proclives a concitar la atención a través de acciones más espectaculares.

Las consignas y verborragia en sus publicaciones tienden a una lectura dicotómica de la coyuntura social y política, proclives a las prácticas antisistémicas que rayan con la ilegalidad y con una clara incitación a la lucha de clases. Se hace referen-

cia también a la práctica política como mera partidocracia a la cual dicen combatir, junto con una furiosa reivindicación del pueblo en la calle protestando. Sin embargo, y en especial por el halo de sospecha que rodea a todas las acciones de este tipo, el proceso de agudización de los conflictos no se gestó por la inconformidad exacerbada de algunos sectores y menos aún por el accionar iluminado de vanguardias extremistas. La creciente protesta es producto del aumento de la marginación de amplios sectores de la población tanto como la violencia lo está por la exclusión social pero engendradas, fundamentalmente, por el autismo gubernamental. Por todo ello, el aumento manifiesto de la violencia social no debe buscarse por el incremento de la protesta sino por la falta de dinámica política de la actual coyuntura que contiene en su seno un pasado autoritario que no termina de superarse, esencialmente en su faz represiva.

La incidencia real de los grupos más radicales, tanto como su dimensión, sustento y base social se limitan a pequeñas, aunque resonantes, acciones y a la integración en movimientos masivos y populares de reivindicación y protesta, en los cuales no tienen un predicamento efectivo. Sin embargo y aunque éste resulte el espacio ideal de manifestación para una oposición violenta, se descanta que se refiere a una imposibi-

lidad por trascender y gravitar por los canales formales de participación. En un sentido estricto, su lectura implica subrayar en forma constante un alto grado de conflicto en la sociedad argentina: "Por un lado debe profundizarse el enfrentamiento en el marco de la violencia que las masas y los sectores populares han instaurado. Y por otro [...] plantear desde nuestro propio Movimiento instancias cada vez más amplias de unidad de modo de sumar y concentrar la mayor correlación posible de fuerzas en el punto exacto de enfrentamiento con el Gobierno de los monopolios". La mera existencia de estas agrupaciones es el argumento principal para una administración que pretende revivir la violencia política; estrategia que busca imponer, en forma implícita y explícita, el miedo en la sociedad. Por ello, el Gobierno intenta volver funcional a sus intereses la presencia y acción de estos grupos, con el agravante que pueden tener un alto grado de infiltración interna.

En el ámbito de los grupos más duros no hay un discurso unificado y haciendo referencia a la unidad para enfrentar al modelo, espacio en el que la mayoría de la izquierda radical abreva. Como ejemplo, por un lado se plantea que "no estamos en una etapa prerrevolucionaria sino en un período donde las clases dominantes siguen teniendo –aunque con problemas crecientes– la iniciativa.

A esta iniciativa debemos oponerle la resistencia de todo el pueblo hasta quebrarla, trabarles así el modelo y ponerlos a la defensiva. Ese debe ser el objetivo en estos años. Para lograrlo hay que empujar la resistencia, extenderla y endurecerla, en unidad con todos aquellos que están en contra del modelo, desde los más combativos a los más moderados". En cambio por otro, se sostiene "la necesidad de alianzas con sectores revolucionarios para desarrollar ofensivas tácticas de masas tendientes a abrir una situación revolucionaria". La ultraizquierda siempre ha sido la excusa recurrente cuando se trata de endilgar responsabilidades durante la emergencia de conflictos sociales; a pesar de las permanentes diásporas, rupturas y ausencia de una trayectoria en común.

Al destacar a los movimientos masivos, no es viable considerar que donde hay movilización hay extremismo ya que, y como se vio en reiteradas oportunidades, la mayoría de los participantes opta por aislar al grupo más exaltado; y es en este sentido donde se puede afirmar que la dinámica de las piedras pierde su razón de ser en el aislamiento, lugar donde fracasan luego de haber reivindicado la movilización popular. En este espacio de participación conjunta formalizan otro de los puntos que se proclama con asiduidad: la unidad de los revolucionarios; aunque ningún indicio demuestra que tiendan

a superar el viejo vicio de la dispersión, y donde no existe unidad en la percepción del momento social, ni en las etapas políticas del país y tampoco abordan la coyuntura social en forma similar.

Como continuadora del accionar de la Brigada Che Guevara, el 4 de abril de 1996 irrumpen en escena la Organización Revolucionaria del Pueblo. Más allá que su filiación política resulta una incógnita aún indescifrable, esta fecha marca un punto de inflexión desde el retorno a la democracia: es la primera vez que se atenta contra un blanco humano. Distintas hipótesis se encauzaron para desmenuzar los objetivos del grupo, desde el "ajuste de cuentas" entre grupos de ultraderecha, *mano de obra desocupada*, pasando por un grupo foquista de extrema izquierda, hasta un acto de venganza por parte de un familiar de alguna de las víctimas a las que el médico Jorge Bergés, el *Mengele argentino*, se dedicó a torturar y matar durante la última dictadura militar. Sin embargo, este último argumento es casi imposible de ser considerado. Lo cierto es que amenazaron con desatar un guerra civil en la Argentina que desembocaría en la dictadura del proletariado, intentando así poner de manifiesto un lenguaje marxista.⁸ En la misma línea argumental el juez Ariel González Elicabe, quien investigó el atentado al torturador, señaló que "puede ser la utilización de un sello

de goma, una organización delictiva común con parecidos a las bandas de mano de obra desocupada que asaltó camiones blindados en los primeros años de democracia".⁹ Tanto en Argentina como en Uruguay, varios de sus miembros fueron detenidos luego que se conociera el intento de extorsión a la cadena de supermercados "Coto". El primer detenido logró fugarse de una cárcel de Montevideo, mientras que otros cuatro continúan presos en Buenos Aires. Queda por comprobar entonces la hipótesis de una organización de extrema izquierda infiltrada por organismos de seguridad.

Crisis II: el rechazo a la exclusión social

(I) *Saqueos: Revueltas contra el hambre*

Durante los meses de marzo y junio de 1989, en medio de una crisis hiperinflacionaria sin antecedentes, se producen los saqueos a supermercados; hechos que se producen en varias partes del país y en distintas provincias del interior, pero fundamentalmente en las ciudades de Rosario, Córdoba, y el Gran Buenos Aires.¹⁰ La modalidad del saqueo se inscribe en una dinámica aún mayor que referencia el rechazo a la exclusión social. En este sentido, lo que el saqueador procura es una acción desesperada de supervivencia dentro del sistema que lo marginaba y que no le augura sino mayor

exclusión. Por ello, las actitudes radicalizadas implican la participación de los excluidos, o aquella franja de la sociedad en vías de exclusión, en formas de acción colectiva, concertadas previamente o no, que aspiran a un presente que les es negado por los responsables nacionales y locales. Como se mencionó más arriba, las distintas administraciones transfieren la culpabilidad de la crisis en un sentido donde se pretende desconocer la raíz del problema, e inculpan a presuntos *infiltrados* la responsabilidad del malestar social. Así pues, "los curiosos personajes que mostraba la televisión controlando algunas zonas no tienen el tipo del activista político; pertenecen a esa franja oscilante entre la marginalidad y el delito que la política de estos años no hace sino incrementar".¹¹

La magnificación del *agitador* como responsable de la crisis no es exclusiva del actual Gobierno, que liga íntimamente sus intereses políticos con el más rancio neoliberalismo para reprimir, con la excusa de la reaparición de la *subversión*, ya que no resuelve la cuestión social en términos económico-políticos. Con los saqueos, la administración radical también incurrió en este argumento y responsabilizó al *activismo*, pretendiendo justificar así la presencia de las fuerzas de seguridad en materia de inteligencia interna. Asimismo, el titular y ex can-

didato presidencial del Partido Obrero, Jorge Altamira, fue detenido en la propia Casa de Gobierno tras ser acusado de ser responsable en promover disturbios y saqueos; aunque tiempo después se aseveró también que el principal partido opositor a nivel nacional y oficialista a nivel provincial, el Justicialista, instigó, organizó e intervino en los saqueos a la vez que retuvo bolsas de alimentos de los planes de acción social destinados para repartir en los sectores de mayor pobreza. Sin embargo, el dato más importante resulta de grupos operativos armados que se trasladaban en vehículos con modernos equipos de comunicaciones, violando el toque de queda, organizando saqueos e impunes a la vigilancia policial; esta última dedicada a difundir rumores sobre columnas de villeros que avanzaban para robar, saquear e incendiar otros barrios carenciados o asentamientos. Pero esto no explica que, en un primer momento, la espontaneidad de los saqueadores fue tal, dado que los grupos estaban integrados por mujeres y niños y no recorrían grandes distancias. Pero más adelante, una maniobra organizada se montó al estallido: hubo traslados en micros hacia zonas determinadas y grupo de coordinación que los orientaron hacia sus propios fines, esto es, aumentar la magnitud de la crisis, saquear comercios de electrodomésticos y fomentar la agresión

entre los propios vecinos.¹² Nunca una *operación de acción psicológica*, llevada a cabo por sectores relacionados con las fuerzas de seguridad, estuvo mejor coordinada como en esa oportunidad.¹³ El *enfrentamiento de pobres contra pobres* fue el efecto que condujo junto a otros factores, esencialmente la hiperinflación, a la tan temida ingobernabilidad y por ende una profundización de la crisis social.

Durante 1996 se repitieron algunos saqueos, aunque sin la intensidad de los de 1989, y en el caso de la provincia de Córdoba, una de las provincias afectadas, el gobernador señaló que entre saqueadores y villeros había *activistas*, aunque para frenar cualquier intento, se destinaron bolsas de alimentos para los sectores más castigados; lo mismo sucedió en Rosario y en el norte del país. En este sentido y como señaló un vocero de la organización, “el problema es más serio que en el 89, porque la pobreza ahora es mucho más estable y trágica, ya que a diario se suman miles de trabajadores desocupados que son obligados a vivir en la marginalidad”.¹⁴

(II) Cortes de ruta: La protesta a la intemperie

Tanto como los saqueos fueron la respuesta popular más acabada al proceso hiperinflacionario, los cortes de rutas resultan su similar para la estabilidad, el paradigma econó-

mico por excelencia de los años noventa. Sin embargo, ésta no puede desprenderse de su correlato natural: la exclusión social. En este sentido, "la violencia esencial inherente a la forma social 'dinero', y que ha tomado las formas de terrorismo de estado, inflación y deuda en los '70, hiperinflación y crisis de la deuda en los '80, corrupción y coerción estatal como medios de reestructurar al estado en los '90, adopta en el presente la forma de estabilidad. [...] Por lo tanto, puede decirse que la estabilidad como imaginario material ha llegado a ser el medio a través del cual el proceso de exclusión tiene lugar".¹⁵

Los cortes de ruta en el interior del país han demostrado que existen formas de enfrentamiento social, alternativo de cualquier motivación política. Con los acontecimientos de Cutral-Có y Plaza Huincul, provincia de Neuquén, a mediados de los años 1996 y 1997, se puso de manifiesto que la organización vecinal-comunal y la recreación del espacio social en tiempos de confrontación aún es efectiva. Como ha sido señalado, "la moral de los oprimidos en los momentos decisivos en que las clases adquieren conciencia aguda de su situación y convierten esta conciencia en voluntad transformadora, se constituyó en el nervio motor de la movilización".¹⁶ La movilización popular implicó una exitosa demostración de fuerza y a la vez puso al des-

cubierto una realidad que se reproduce en todo el país. En este proceso de oposición a las políticas oficiales y la presencia de los *piqueteros*, como grupo de avanzada de la protesta, se vislumbra un incremento inexorable en la resistencia social al ajuste. Con la recreación de estas formas populares de lucha, el conflicto cobra una nueva perspectiva a contramano de los profetas del neoliberalismo, donde "el proceso de desproletarización que se ha dado en los últimos años ha sido demasiado brusco y reciente como para que se hayan roto los lazos de clase [...] Por el contrario, la presencia fuera de las fábricas y empresas de contingentes de antiguos cuadros y activistas crea una posibilidad enteramente nueva de organización y movilización entre las capas de desocupados".¹⁷

En esta misma perspectiva, *piqueteros* y *fogoneros* se convirtieron en la referencia nacional de resistencia al ajuste y, vistos con los ojos de los grupos más radicalizados, se transformaron en parte de la vanguardia o movimiento de avanzada para el *proyecto revolucionario en la Argentina*;¹⁸ esto sin olvidar que están a la cabeza del reclamo popular por la vuelta al mercado de trabajo y, por extensión, a la venta de su fuerza de trabajo en condiciones de explotación capitalista. Pero más allá de las interpretaciones políticas, los cortes de ruta obligaron a las autoridades provinciales y nacionales a negociar

la creación de fuentes de empleo inclusive en condiciones denigrantes, con sueldos misérrimos, de corta duración y agravado por manejos inequitativos de esas administraciones.¹⁹

En el mismo sentido, los cortes de ruta trascendieron las localidades neuquinas y se expandieron hacia todo el país.²⁰ Más aún, la variación no resultó únicamente geográfica: otros sectores, especialmente el gremial, los adoptó como forma de acción junto a la protesta, huelgas y manifestaciones.²¹ Reafirmando que esta modalidad no sólo fue propicia en el interior, en el cordón del Gran Buenos Aires se efectuaron cortes y como así también se reprodujeron diversas organizaciones y coordinadoras, conformadas por todo el núcleo familiar abarcado por el reclamo vecinal/zonal, demanda por incumplimiento de promesas de las autoridades o, simplemente, protesta por la falta de trabajo.²² En este aspecto, el punto más alto de organización se dio en la localidad de Libertador General San Martín, en la provincia de Jujuy, con el funcionamiento de un “mecanismo de virtual democracia directa” y la participación del obispo de la provincia Marcelo Palentini, el sindicalista del Frente de Gremios Estatales Carlos Perro Santillán y los piqueteros, donde conformaron la *Comisión Coordinadora de Piqueteros*, el gobernador

Ferraro y otros funcionarios del gobierno provincial. Estos tuvieron que soportar toda clase de acusaciones (corrupción y traición), y reclamos (becas para estudiantes, atención sanitaria, subsidios, suspensión de pagos de luz, gas, agua y otros servicios, etc.), donde tuvieron que acceder a la mayoría de ellos. La Mesa de Concertación tuvo el carácter de cuerpo resolutivo con la asignación de distribuir los puestos de trabajo que se ofrecieron por medio de los planes de empleo transitorio.²³

De los dichos a los hechos

Más allá de la vocación represiva del menemismo, en su lenguaje también hay muchas evidencias de un discurso que, paulatinamente, se *blinda*,²⁴ donde se pueden resaltar, al menos, cuatro momentos culminantes: ‘*Si seguimos así, va a haber muchas más Madres de Plaza de Mayo*’, ‘*A los tibios los vomita Dios*’, ‘*El enemigo acecha*’, y ‘*Veré pasar el cadáver de mi enemigo*’. En esta misma dirección cabe consignar que la inflexibilidad, manifiesta y aparente, que el Gobierno se esfuerza en demostrar frente a los conflictos [*pueden hacer uno y mil paros que no cambiarán el modelo*, como refrán paradigmático] pero le resulta imposible, por nombrar un ejemplo, encontrar solución al conflicto suscitado con los *fogoneros* donde, luego de tildarlos de *subversivos*, se vio obligado a negociar una amplia-

ción de la asistencia social a la provincia. Pero sin prisa ni pausa, se obsesiona en la búsqueda del *enemigo que atenta contra la paz social* en distintas corporizaciones.²⁵

En julio de 1996, la Policía Federal realizó un relevamiento en toda la Capital Federal, a pedido del ministro del Interior Carlos Corach. El mismo consignó aspectos que van desde la ubicación geográfica de villas de emergencia, barrios carenciados, complejos habitacionales y asentamientos hasta los sacerdotes que actúan en ellos, como también las sociedades de fomento, comités, activistas, dirigentes villeros, jardines maternales, etc. Por todo ello tuvo el alcance de *persecución ideológica* ya que no se circumscribe a la preventión de posibles acciones delictivas comunes, sino que busca hacer coincidir actitudes antisociales con actividad política. Un dato revelador surge del informe: demuestra que no hay relación entre la presencia de *activistas* y dirigentes villeros con las zonas caracterizadas como "conflictivas" y "muy conflictivas". En el propio relevamiento se desvanece esta hipótesis pero se fuerza a mantener dicho postulado.²⁶

En otro momento, inmediatamente después de la pedrada a la casa provincial de Neuquén en Capital Federal, se dieron a publicidad dos informes de inteligencia que hacen referencia a "organizaciones de manifiesta actitud virulenta, cu-

los procedimientos podrían derivar en hechos de Alteración del Orden Público y de reacciones populares, pudiendo ir acompañadas en algunos casos de actos terroristas concretos". Ambos informes se recopilaron con panfletos y buscó englobar actividad política con acción delictiva [llamadas anónimas, asaltos tipo comando, etc.]; para calificar a la actual como "una suerte de etapa preliminar delictiva, con tendencias a generar una situación insurreccional, con intenciones manifiestas de lograr un cambio de estructuras, aun a costos intolerables en un orden democrático establecido".²⁷

Con la publicación de dos solicitadas bajo la responsabilidad del presidente Menem, que tratan sobre los cortes de ruta y los incidentes en Plaza de Mayo,²⁸ se continúa con la escalada de *demonización* y, como correlato, de *persecución* a la oposición.²⁹ En la primera afirma que "recientes actos de violencia significan claras transgresiones a normas que la misma comunidad se ha dado a través de sus leyes para asegurar el ejercicio de sus derechos"; y continúa haciendo referencia a que "uno de los exponentes de esos actos de violencia los constituyen acciones tendientes al corte de vías de comunicación". A modo de sentencia señala: "Quienes prefieren transitar el estéril camino de la violencia, el desconocimiento de las libertades y

derechos de los demás, infiltrados entre ciudadanos que de buena fe elevan sus reclamos, forzando hasta lograr una ‘reacción institucional’ a sabiendas de que los medios sólo descalificarán ‘la represión’ y no ‘la provocación’, se hallan sometidos a normas con que la misma sociedad castiga conductas que ofenden bienes jurídicamente tutelados”.³⁰ La siguiente, en la misma línea argumental, vuelve a endilgar el recurso a la violencia a “la acción coordinada de grupos con evidentes características presubversivas que, una vez más, intentan imponer el caos y la violencia en nuestra sociedad” Y, como corolario, el Gobierno alerta: “La ciudadanía y las autoridades debemos estar sumamente atentos frente a esta realidad. Los desestabilizadores intentarán aprovechar cada oportunidad”.³¹ Es evidente que, para el Ejecutivo, la sociedad juega el papel de “idiota útil”

Para hacer frente a los conflictos sociales que se avecinan, desde el Ministerio de Defensa se propuso que las Fuerzas Armadas participen para el control de posibles convulsiones, con la característica de que el mismo se prolongue hacia un sistema de seguridad para el Mercosur. En este aspecto, se trata de la vuelta de los militares a la hipótesis del *conflicto interno*, basado en prevenir *estallidos de violencia* por causa del “indigenismo, factor campesino, subversión, terrorismo, narcotráfico”, etc.³² Aunque posteriormente se desestimó la intervención militar en estos factores se reveló que el ministro de Defensa, en una conferencia del 16 de abril, consideró que estos conflictos son “exacerbados por el deterioro de la situación económica y social que afecta a importantes territorios, a poblaciones y a comunidades particulares” Estos son aprovechados, siempre en palabras del ministro, por “la presencia de poderosos actores como el crimen organizado y la mafia, aliados entre sí y explotando la vulnerabilidad que genera el marginamiento”.³³ Nótese que no se niegan las causas, el *caldo de cultivo*, aunque se magnifican las amenazas.

Conclusiones: menemismo “políticamente violento” y oposición
Se propuso una diferenciación entre dos esferas de rechazo al *status quo* en la actual coyuntura política argentina. Por un lado, se enfatizó sobre aquellos grupos y movimientos que abrevan en una propuesta radicalmente distinta y, por ende, impulsan un rechazo tajante a la actual administración nacional. Por otro, se intentó exponer las causales de la existencia y desarrollo de movimientos de oposición a las actuales políticas sin que medie, necesariamente, intención partidaria alguna. Sin embargo, y como se señaló en el comienzo, el Gobierno Nacional y las distintas administraciones

provinciales insisten en señalar que es obra de quienes “apuestan a subvertir y atentar en contra de la paz social” *

En este contexto, las elecciones del 26 de octubre de 1997, aparte de la derrota del oficialismo por la alianza opositora, remarcó el crecimiento a niveles históricos del voto en blanco, no voto y/o voto nulo.³⁴ La visión popular somete en un duro cuestionamiento a toda la dirigencia política y descree de todos ellos y de su vocación por la función pública; sin embargo demostró también que el conflicto social, como hecho de gran resonancia electoral, tuvo su correlato en las urnas: los resultados en Cutral-Có son una muestra cabal.³⁵ Seguido a esto cabe recordar que es la primera vez en la historia argentina que el justicialismo, siendo gobierno, pierde en las elecciones.

Como un nuevo paso en acallar la disidencia política y social, y donde se plantea la existencia de una oposición enemiga de la democracia y por extensión propicia a acciones violentas, el Gobierno pretende deformar la protesta social en acto delictivo, impulsando el procesamiento de dirigentes gremiales, sociales y políticos. En este sentido, “las respuestas gubernamentales al conflicto social se han ido homogeneizando en una dirección represiva y autoritaria”, donde “el crecimiento de las luchas sociales tiene su raíz en

la injusticia social, en la marginación, en la impunidad”.³⁶ En esta lógica de intimidación judicial trajo como consecuencia “la existencia de más de seiscientos procesos contra trabajadores y dirigentes del movimiento obrero en nuestro país” Así, “asistimos a una represión formalmente encadrada en términos legales, pero que no desecha la represión física directa y hasta ilegal, con el objeto de neutralizar la resistencia obrera y popular. Argentina ha oscilado en su historia entre formas de represión física y política abiertas (cuyo punto más alto es la dictadura genocida instaurada en 1976) y modalidades de represión ‘democráticas’. Por primera vez, existe una tendencia a combinar, desde el Estado, y durante un período prolongado, ambas tipologías”.³⁷

En tanto que lo que se refiere a la persecución judicial y considerado como un “caso testigo”, se llevó a cabo el juicio al sindicalista Oscar Martínez [UOM-Río Grande], por los sucesos que culminaron con el asesinato del obrero Víctor Choque. Martínez fue juzgado junto a los cinco policías acusados de “excesos, abusos de autoridad, lesiones graves y abuso de armas”, mientras que Martínez lo era de “incitación pública a la violencia colectiva, intimidación pública, daño calificado, atentado y resistencia a la autoridad y apología del crimen”. La ocasión supuso cuando durante el acto de

repudio a la muerte de Choque clamó: “vamos a arrancar de las garras de estos asesinos a nuestros compañeros”, con relación a los trabajadores presos. En la audiencia judicial, el sindicalista y los policías fueron enjuiciados conjuntamente, lo que valió considerar que, en dichos del dirigente de la UOM, era la aplicación de la teoría de los dos demonios al conflicto social. El sindicalista metalúrgico fue sobreseído mientras que algunos de los policías fueron procesados. La gravedad del caso quedó expuesta por la vocación de considerar a la protesta y a la represión en la misma esfera; o, lo que resulta lo mismo, juzgar al muerto junto a sus ejecutores.³⁸

En la actualidad, y siempre en la versión oficial, también es tarea de *ultraizquierdistas* las reivindicaciones de los organismos de Derechos Humanos, sin olvidar que existe una pesada herencia social recibida de la última dictadura militar, de la cual muchos de aquellos funcionarios ocupan puestos en el actual Gobierno, mantienen sus privilegios en el Ejército o encabezan operativos de represión de las distintas fuerzas de seguridad. En consonancia con los argumentos y dichos oficiales, a quienes se presentaron a declarar en España sobre el destino final de sus familiares desaparecidos, el Presidente les endilgó el consabido mote; y también a los organismos de derechos humanos, que produ-

cen las manifestaciones de repudio, escraches, en las casas de los represores.³⁹ Distinto es cuando éstos deben ir a declarar ante los juzgados: en ese caso, la orden es reprimir a los manifestantes.⁴⁰

Abonando la hipótesis de que el discurso del Proceso perdura hasta la actualidad, corresponde destacar tres momentos de reivindicación abierta del genocidio de la dictadura. En este sentido, el Juez Marquevich [que es quien ordena la detención y el procesamiento del ex general Videla], recibe amenazas de las que se destaca una en donde, luego de calificar de “traidor” al General Balza, se consuma la amenaza: “cuadros del glorioso ejército argentino de todas las jerarquías han decidido hacer justicia por mano propia y lo condenan a muerte a partir de este momento y será ejecutado de la misma manera que mataron los que usted defiende ahora”.⁴¹

Otra situación se la puede ubicar en el comunicado emitido por el Foro de Generales Retirados en ocasión de la detención del ex presidente militar de facto Videla. En un contexto signado por la intensificación de la campaña de escraches y con el antecedente inmediato del triunfo opositor en las pasadas elecciones, se retoma el argumento de la subversión agazapada en el ámbito cultural que, siendo ésta derrotada por las armas, se despliega contra la institución militar desde los

medios y la política. En este sentido, el Foro de Generales advierte sobre “la desembozada satisfacción de funcionarios públicos y legisladores, que incurren en apología del delito, proclamando con impúdica soberbia su pasado subversivo”. En la misma línea argumental, reivindican los indultos desde el espíritu de cuerpo argumentando que “no existe organización política posible, ni progreso de especie alguna sin la paz y la concordia. La obligación fundamental de los gobernantes es hacerlas efectivas e impedir que los intentos por perturbarlas sean explotados por una minoría, con la exclusiva intención de mantener activado un nefasto mecanismo persecutorio, apoyado en Derechos Humanos de aplicación unilateral”. A modo de advertencia castrense, el comunicado concluye : “la sociedad debe estar prevenida ante estos intentos de manipular el pasado. Esa práctica, que lejos de morigerarse se ha agudizado, podría conducir, tarde o temprano, a nuevos desencuentros”.⁴²

A continuación de esto, el capitán de fragata Fernando Peyón distribuyó en el barrio una carta abierta en ocasión del escrache en su casa. En la misma, dice que perteneció “a una élite que tuvo una honrosa y destacadísima actuación en esta guerra, la cual, tal vez, fue el factótum de la derrota de las Organizaciones Terroristas, Organizacio-

nes éstas que llegaron a tener más de cien mil hombres y que a su vez, dentro de su orgánica de superficie, tuvieron a muchas de las Organizaciones que hoy nos persiguen (Madres de Plaza de Mayo, Abuelas, Organizaciones de DDHH y otras).” Luego de caracterizar a los organismos de DDHH como organizaciones terroristas, el planteo remata: “tenga usted la tranquilidad de que mientras existan Fuerzas Armadas, de Seguridad y Policiales como las que tuvimos y como las que hoy tenemos, ninguna Organización Terrorista podrá teñir de sangre a nuestra querida Nación”.⁴³

Resulta como conclusión que desde 1983 hasta la fecha, ambos gobiernos insistieron en la corporización de presuntos *enemigos de la democracia*, donde la izquierda en general y su versión extrema en particular aparecen como las más señaladas; sin olvidar la pesada connotación ideológica que en este país tiene el calificativo de *zurdo*. En este aspecto, el gobernador Duhalde también apuesta a la descalificación cuando señala que los piqueteros cubren sus rostros para llamar la atención y captar simpatías de los grupos radicalizados. Para él, son profesionales de la protesta que no tienen una expresión electoral significativa y sus reclamos son pedidos absurdos. Sin llegar a la misma lógica pero atrapada en la dinámica electoral y frente a las acusaciones del oficialismo de que ésta

avalía acciones violentas, la cúpula de la Alianza osciló entre un tibio apoyo al paro realizado por las centrales opositoras y una estrategia de contragolpe, señalando que “el Gobierno necesita a Quebracho”. De las causas profundas de la protesta, la marginación, la exclusión social y las consecuencias nefastas del ajuste, ni una letra.

Durante los dos mandatos del presidente Menem, el *espectro subversivo* es el recurso necesario al que apela para desviar la atención de los problemas políticos, económicos y sociales que provoca por la aplicación de las medidas que sustentan a la ideología que profesa. *Recurre a ese fantasma cuando necesita magnificarlo*, en similar forma cuando enfrenta un conflicto social, *aunque en este caso lo inventa*. Y llega a su punto máximo en momentos en que ninguna de esas ocasiones le es propicia: *ahí es cuando decide producirlo*.

Buenos Aires, julio 1998

Notas

¹ Iñigo Carrera, N., Cotarelo, M. C.: “Las formas que toma la lucha social en la Argentina actual”, en *Cuadernos del Sur*, año 13, n° 25, octubre de 1997, págs. 17-26.

² “El combate de Plaza de Mayo”, en *El Periodista*, año 4, n° 208, 16-22 de septiembre de 1988, págs. 11-13.

³ *Clarín*, págs. 5-7; y *Página/12*, 5-12-1988, págs. 4-5.

⁴ La exageración alcanzó el punto de equiparar estas acciones con el propio levantamiento militar. Amato, A.: “Villa Martelli: Cuando terminó todo, empezó la violencia”, en *Gente*, año 22, n° 1220, 8-12-1988, págs. 16-19.

⁵ “Ni vivimos una etapa de auge de la lucha y la conciencia de masas, ni se han agotado las posibilidades de actuar dentro del sistema institucional. Por eso la violencia es reaccionaria, sólo idónea para apresurar la unificación castrense y brindarle la justificación más plausible para sus obsesiones”. Verbitsky, H.: “Camino de cornisa”, en *Página/12*, 13-12-1988, pág. 4.

⁶ Salinas, J. J., Villalonga, J.: *Gorrí-rán. La Tablada y las ‘guerras de inteligen-cia’ en América Latina*, Edit. Mangin, Buenos Aires, 1993; y Verbitsky, H.: “Jugar con fuego”, en *Página/12*, 29-1-1989, págs. 4-5. Esta teoría es negada por los miembros del MTP, donde aseguran que se trata del argumento principal para ser juzgados por “asociación ilícita”.

⁷ Cf. “Herejes y alquimistas. Grupos radicalizados en la Argentina”, en *Nueva Sociedad*, n° 146, noviembre-diciembre de 1996, pág. 51.

⁸ “La ORP prepara la guerra civil en la Argentina”, en *La República*, 29-4-1996.

⁹ Alarcón, C.: “Comunicados con léxico castrense”, en *Página/12*, 31-12-1996, pág. 3. En la línea argumental de considerar a la ORP como banda delictiva, véase Larrondo, R.: “Nuevas pistas ubican a la ORP lejos del terro-rismo ideológico”, en *La Nación*, 3-1-1997, pág. 13.

¹⁰ “La mayoría de los hechos se pro-

duce donde es mayor el grado de desarrollo de la división del trabajo y de las fuerzas productivas de la sociedad, donde tiene mayor peso la población industrial y comercial y, dentro de ésta, la vinculada a la industria, donde tienen un alto peso el proletariado y los pequeños patronos y donde la empresa privada predomina sobre el aparato estatal en tanto empleador". Iñigo Carrera, N., Cotarelo, M. C., Gómez, E., Kindgard, F.: "La revuelta popular de 1989-90", en *Critica*, nº 7, octubre-diciembre de 1993, pág. 126.

¹¹ Jozami, E.: "La sorpresa anunciada", en *Crisis*, nº 71, junio de 1989, págs. 6-8.

¹² Lázara, S.: *El asalto al poder*, Tiempo de Ideas, Buenos Aires, 1997, págs. 285-304.

¹³ Como ejemplo: "El rumor también jugó un papel destacado. En un primer momento, se difundió el rumor de que los supermercados estaban distribuyendo alimentos en forma gratuita, lo que precipitó a muchos a unirse a las manifestaciones y, luego de algunas dudas, a participar en los saqueos. Las mujeres y los más jóvenes, con bolsas en las manos, se concentraron frente a los supermercados para demandar la entrega de alimentos. En un segundo momento, los rumores de que bandas armadas de otros barrios vendrían a saquear a los residentes locales, produjo en efecto diferente: los hombres de cada cuadra se armaron y se organizaron para rechazar a los intrusos. Parecía entonces que la cuestión era defender a madres y hermanas de potenciales violadores y defender a honestos propietarios de los 'la-

drones de afuera'. Al entusiasmo de la participación en una empresa colectiva destinada a alimentar a los niños siguió rápidamente el miedo, la desconfianza y la lucha interna". Salvatore, R. D.: "Reformas de mercado y el lenguaje de la protesta popular", en *Sociedad*, nº 7, 1995, pág. 78.

¹⁴ "Los fantasmas del '89 se pasearon por Córdoba", en *Página/12*, 20-7-1996, pág. 12.

¹⁵ Dinerstein, A. C.: "¿Desestabilizando la estabilidad? Conflicto laboral y violencia del dinero en la Argentina", en *Realidad Económica*, nº 152, 16 de noviembre-31 de diciembre de 1997, págs. 43-44.

¹⁶ Calello, O.: "La organización desde abajo abre nuevos caminos a la experiencia popular", en *Izquierda Nacional*, nº 2, 1996, págs. 10-11.

¹⁷ Ibíd.

¹⁸ "Del maestrazo al fogonazo", en *Masas*, nº 116, 21 de abril de 1997, págs. 3-5; Guidobono, J.: "Cortes de rutas", en *Bandera Roja*, nº 26, 6 de julio de 1997, págs. 8-9.

¹⁹ El caso paradigmático es el Programa de Empleo Transitorio o de Asistencia *Trabajar* impulsado por el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Con una remuneración mensual de \$ 200, se ofreció como "parte de la solución al problema de empleo en los sistemas urbanos", pero con una inequidad distributiva increíble: la provincia natal del presidente Menem recibe, por ejemplo, trece veces más de prestaciones de lo que hubiera correspondido de acuerdo con el nivel de desocupados residentes en ese lugar. López, A.: *Programas oficiales de empleo*

clientelismo político. El caso del programa de empleo transitorio 'Trabajar'. ATE/IDEP, Buenos Aires, 1997.

²⁰ No sólo la protesta se "mudó" de localidad sino que algunos gobernadores provinciales también apelaron a la infiltración como elemento, al menos, deslegitimador de la protesta. En ocasión de los cortes producidos en Mar del Plata, el gobernador Duhalde ensayó una explicación: "Son personas con ideas políticas que no cuadran en partidos de significación electoral y pretendan alcanzar con estos actos algún tipo de trascendencia [...] Como se movilizan con fines políticos, siempre buscan una víctima para ver sus reclamos proyectados con más fuerza [...] Piden cosas absurdas e imposibles para mantener así el sentido de sus protestas es algo típico de estos grupos [...] Seguramente se presentan encapuchados con el objetivo de despertar algún grado de simpatía entre los grupos radicalizados". [“'Pedidos absurdos'”, en *Página/12*, 2-7-1997, pág. 11]. Sin embargo, la respuesta que obtuvo fue: “Queremos empleos, no migajas”, mientras la ciudad debe tolerar el 20% de desocupación. De todos modos, para el gobernador fueron “profesionales de la protesta” [*Página/12*, 5-7-1997, pág. 6]. Durante el conflicto de Cutral-Có y Plaza Huincul, el gobernador Sapag también abrevió en esta excusa: “Hay gente en el medio del desierto sin trabajo en una situación de abandono total [...] Esto es caldo de cultivo para gente que ideológicamente los está instigando [...] Hubo infiltrados en las asambleas de los docentes [aunque] la provincia, de por sí, no

tiene soluciones para la situación social”. [“El Gobierno destina fondos para socorrer a Neuquén”, en *La Nación*, 16-4-1997, pág.10]. Un día después, “la aseveración del gobernador Felipe Sapag de que el estallido social de Cutral-Có - Plaza Huincul tiene origen en grupos de activistas de ultraizquierda parece más conjetura que información. Su gobierno reconoce que no tiene informes de inteligencia para afirmar esa hipótesis”. Mariano Obarrio: “En el Neuquén se distiende el clima de agitación y malestar”, en *La Nación*, 17-4-1997, pág. 7. En otro momento y circunstancia, el entonces gobernador Snopek de Jujuy alertó sobre la aparición de una guerrilla urbana en esa provincia. El alto grado de movilización y conflictividad debido al atraso en los pagos de los salarios, resultó ser una invocación a una presunta *caza de brujas* sobre la figura del *Perro Santillán* que a una denuncia por actividades políticas subversivas. En este caso, la *guerrilla* resultó el atajo para *correr el eje* del verdadero problema. Véase: “¿Guerilla urbana en Jujuy?”, en *La Razón*, 20-12-1995, pág. 3.

²¹ “El corte de ruta como forma de lucha orgánica”, en *Clarín*, 12-7-1997, pág. 5. El 14 de agosto se llevó a cabo un paro de alcance nacional convocado por las organizaciones sindicales opositoras. Durante la jornada se efectuaron cortes de ruta y enfrentamientos menores, esencialmente en el Gran Buenos Aires, entre grupos aislados y la Policía. En este sentido, el valor político de la misma era alto ya que el Gobierno se esforzó en demostrar la presunta relación entre la Alianza opositora y la vio-

lencia: "Sembraron de violencia las calles de mi patria", reaccionó el Presidente; o "fue el paro más violento en catorce años de democracia", privilegió la prensa adversa al gremialismo alternativo [*Ambito Financiero*, 15-8-1997, pág. 1]. Lo que no se pudo negar, aunque se intentó, fue que "el sindicalismo combativo representa a los más perjudicados por las políticas públicas de la administración menemista, desde los viejos y los nuevos pobres de la clase obrera, hasta los pequeños comerciantes y autónomos arruinados". Pero "de cualquier modo, en la jornada de la víspera el sindicalismo combativo volvió a mostrar, igual que en oportunidades anteriores, suficiente legitimidad y la entidad necesaria para merecer el respeto de todos". Pasquini Durán, J. M.: "Para escucharte mejor", en *Página/12*, 15-8-1997, pág. 2.

²² El 30 de diciembre de 1997, los habitantes de Florencio Varela cortaron la ruta N° 36 a raíz del incumplimiento de un acuerdo pactado con la municipalidad de esa localidad en la creación de puestos de trabajo. En la madrugada del sábado 3 de enero, la Policía Bonaerense desalojó por la fuerza (utilizaron caballos y tanquetas) el piquete y las carpas levantados por el *Movimiento de Trabajadores Desocupados 'Teresa Rodríguez'*. Un día antes, el gobernador Duhalde señaló en una conferencia de prensa: "Voy a hablar con los miembros de la Suprema Corte para que a su vez hablen con los jueces, porque ante estos hechos la pasividad social es muy negativa". Horas después, el juez de Quilmes Oscar Hergott dio la orden de desalojo y al esperado gri-

to de *¡zurdos!*, la Policía procedió; y lo hizo pateando cabezas, destruyendo bienes personales y disparando gases lacrimógenos. *Llegaron los reyes* se les oyó decir mientras detenían a noventa personas, de las cuales once eran menores. Ante los ya clásicos rumores sobre "infiltrados" en la protesta, un hombre levantaba a su hijo de pocos meses y gritaba "¡¿Es del ERP, éste?!". Schmidt, E.: "Piqueteros a la cárcel", en *Página/12*, 4-1-1998, pág. 6.

²³ Casas, D.: "Democracia griega y realismo mágico", en *Página/12*, 31-5-1997, págs. 8-9.

²⁴ Es necesario remarcar que mientras el Gobierno endurece sus dichos, la derecha lo mantiene *blindado* desde los más oscuros años de plomo de la dictadura. Como ejemplo, el 28 de abril de 1998 durante un acto en la Feria del Libro se presentó *Subversión. La historia olvidada*, editado por la Editorial Santiago Apóstol. En el mismo se pretende una reivindicación explícita de la dictadura y contaba como participante al ex comisario Miguel Etchecolatz -condenado a veintitrés años de prisión por violaciones a los Derechos Humanos y libre gracias a la ley de Obediencia Debida- autor de otro libro que originalmente debía ser presentado [*La otra campana del Nunca Más*]. Para la presentación de *Subversión*, se repartió un volante que sentenciaba: "Recuerde: Aquí se vivió una guerra. Nunca más al nunca más". Durante el acto, varios manifestantes se presentaron para repudiar el mismo y de inmediato comenzaron los incidentes que derivó en trompadas, corridas y piedrazos. Durante el tumulto, del cual participaron

en forma directa los editores del libro, las amenazas recrudecieron desde el repetido "zurdo" hasta el macabro "van a terminar todos abajo del mar". "Incidentes durante la presentación de un libro", en *Clarín*, 29-4-1998, pág. 56 y Kolesnicov, P.: "Después de los incidentes, la polémica sigue en pie", en *Clarín*, 30-4-1998, pág. 54. Sin embargo esto no es todo. Días antes, en el acto de inauguración de la Feria, el 16 de abril, el presidente Menem pronunció el discurso de apertura. Durante el mismo, Alejandro Siwald, quien dijo pertenecer a H.I.J.O.S, irrumpió al grito de "traidor y vendepatria" mientras el Presidente hablaba desde el estrado. En medio de un despliegue policial más que importante, un grupo de personas que vivaban a Menem, donde luego se reconocieron como miembros de la Unión del Personal Civil de la Nación [sindicato alineado con la CGT], comenzó a empujar a Siwald y luego procedieron a agredirlo. Mientras los camarógrafos de TV filmaban, varios de los agresores emprendieron contra los periodistas, de los cuales dos debieron ser derivados hacia un hospital. ["Menem, como en campaña", en *La Nación*, 17-4-1998, pág. 1.] Durante los gritos contra el Presidente, y "como acto reflejo, la actitud inmediata de los hombres que custodiaban al Presidente fue sacar al manifestante del lugar. 'Ocupémonos de este tipo', dijeron entre ellos. Pero, hubo una contraorden. Primero desde los transmisores portátiles. 'Por favor, que no le peguen, no repriman' se pudo oír. Luego, del propio Menem, que desde el palco aconsejó a los policías presentes que 'a

este joven, que también es argentino, no se lo toque'. [...] Las miradas atónitas de los agentes tanto civiles como uniformados se entrecruzaban ante la nueva orden. 'Tranquilicémonos, ahora tiene que estar todo bien', ironizaban entre risas, dejando en evidencia que, presuntamente, alguna vez habría existido otra orden". Etcheverhere, D.: "Las motivaciones políticas se sumaron a la reunión cultural", en *La Nación*, 17-4-1998, pág. 16. No se debe olvidar por último que, a diferencia de los años anteriores y sin que se medie discrepancia monetaria alguna, se le negó un stand a las Madres de Plaza de Mayo, quienes sobre el cierre del evento protestaron ingresando a la Feria y luego colocaron una mesa con sus materiales en la puerta del predio.

²⁵ Dentro de esta lógica argumental, donde el menemismo se vuelve reiterativo en proclamar el surgimiento de grupos con tendencias insurreccionales o subversivas, produjo su aparición en Córdoba, el *Movimiento Nacionalista Revolucionario de los Trabajadores* o también *M-29*. Fue identificado en los actos del 24 de marzo de 1998 por su centenar de manifestantes uniformados, con pañuelos y brazaletes rojinegros. Quien está a cargo de la agrupación es el "comandante Juan" [se lo señala como perteneciente a la SIDE], aunque la cabecera nacional del grupo estaría en Capital Federal. El "comandante Juan" niega que la agrupación tenga vínculos con Quebracho y se autodefine ideológicamente como nacionalista y "profundamente humanista". Las pintadas en la capital cordobesa rezan: "Con Jesús, Evita y el Che, hacia la vic-

toria del pueblo. ¡Viva el comandante Juan!". Afirma tener una organización celular tabicada de varios miles de compañeros"; y cuando se le preguntó por el paso a la lucha armada, la respuesta fue: "Aún no estamos en esa etapa, aunque no la negamos". "Investigan a una nueva agrupación extremista", en *La Mañana de Córdoba*, 6-5-1998, págs. 1, 10-11.

²⁶ Policía Federal Argentina: *Villas de Emergencia, Barrios Carenciados, Complejos Habitacionales y Asentamientos de la Capital Federal*. Buenos Aires, 1996. Tomando como ejemplo la Villa 31 de Retiro, se hace hincapié en la presencia de partidos políticos; se resalta la presencia de concejales, abogados y curas; como así también se describe la historia y filiación política de algunas federaciones, frentes y movimientos villeros. En todos los casos, se describen los orígenes de izquierda o peronista de cada uno y remarca que "se realizan actividades de captación y aprovechamiento de los distintos problemas planteados a raíz de la tenencia de tierras a fin de potencializar los mismos en provecho de distintos partidos políticos".

²⁷ Gendarmería Nacional: *Informe*. Buenos Aires, 1997.

²⁸ El 28 de mayo de 1997 se realizó una marcha a Plaza de Mayo que tuvo como participantes a sectores universitarios, docentes, organizaciones gremiales, entidades de derechos humanos y partidos políticos. La movilización fue coordinada con anticipación y todo transcurrió con absoluta normalidad. Sobre el final, un pequeño grupo se desprendió y provocó a la Policía, que no respondió hasta veinte minutos des-

pués de empezada la pedrada. Las imágenes mostraron una bandera de la Juventud Guevarista, cuya autenticidad fue puesta en duda por la mayoría de los sectores políticos, gremiales y sociales. Mientras tanto, Quebracho se hallaba del otro lado y Patria Libre se diferenciaba de los hechos corriendo sus banderas y militantes hacia el centro de la plaza. En este aspecto se hace referencia a las internas del oficialismo, ya que el presidente Menem se hallaba de viaje y el vicepresidente en ejercicio es un aliado político del gobernador de la provincia de Buenos Aires, Eduardo Duhalde. En realidad, "el grupo agresor resultó ajeno para todos, y por eso generó especulaciones que señalaron incluso a supuestos sectores ultras vinculados al Gobierno que [...] no sólo habrían buscado darle imagen de violencia a la movilización, sino también operar en la interna del oficialismo". Como para que no queden dudas de los sucesos y sus responsables, lo que más llamó la atención "fue la precisión con que dos integrantes de ese grupo encontraron una caja de luz en la plaza y la destrozaron. Fue el final a oscuras cuando ya casi nadie quedaba en el lugar". Aulicino, E., Amigo, C.: "Cómo actuó el grupo que provocó la represión policial", en *Clarín*, 30-5-1997, pág. 10.

²⁹ Nótese como ejemplo los dichos del presidente Menem: "el Estado demandará a los organizadores, instigadores y/o responsables de los desmanes ocurridos, a los que todo el pueblo conoce" y agregó que "la promoción y el fomento de áreas críticas no se otorgará bajo presión sino mediante solicitudes que sean atendibles". Por todo

ello, el titular del Poder Ejecutivo simplifica y llega a la esperada conclusión que “el desempleo no puede ser cuestión de agitación” *Clarín*, 1-6-1997, pág. 9.

³⁰ Presidencia de la Nación: “Los cortes de rutas. La libertad de cada uno y el derecho de los demás”, en *Página/12*, 22-5-1997, pág. 13.

³¹ Presidencia de la Nación: “Los incidentes de Plaza de Mayo”, en *Clarín*, 30-5-1997, pág. 13. Sin embargo, para *The New York Times* y *The Herald Tribune*, se puede observar que “con la rápida difusión de las violentas protestas debidas al alto desempleo y la pobreza, y las elecciones parlamentarias previstas para octubre, el gobierno argentino se ve más presionado que nunca a aflojar su política económica, que trajo estabilidad fiscal y un fuerte crecimiento, pero no atinó a generar nuevos empleos ni mejores condiciones sociales”. “Alertan por la cuestión social”, en *Clarín*, 3-6-1997, pág. 16.

³² Garasino, L.: “Proponen que los militares controlen estallidos sociales”, en *Clarín*, 28-7-1997, pág. 4.

³³ Reproducido por Verbitsky, H.: “Los miedos de la transición”, en *Página/12*, 3-8-1997, págs. 12-13.

³⁴ A diferencia de las primeras elecciones luego de la dictadura, octubre de 1983, donde se registró una marca del 15.6%, octubre de 1997 tuvo un guarismo histórico de 25.8% entre quienes no votaron y lo hicieron en blanco, lo que implica ser tercera fuerza a nivel nacional. En lo que hace referencia exclusivamente al voto en blanco, en las últimas elecciones se registraron los índices más altos: 4.66%; esto es, más de 840.000 ciudadanos optaron por

esta modalidad cuando 217.000 hicieron lo propio en 1983. “Más de cinco millones de personas no fueron a votar”, en *Clarín*, 29-10-1997, pág. 24.

³⁵ La importancia de esta afirmación radica en que “los movimientos sociales como el santiagazo y los cortes de ruta no tienen dueños políticos y por lo tanto no tienen una expresión electoral automática. Pero sí se expresan electoralmente cuando quienes se dedican a esta función, o sea los partidos, son capaces de construir una propuesta que los encauce. Por lo general, los movimientos sociales no se producen en función de principios ideológicos ni de grandes programas, sino para ganar una reivindicación concreta”. Bruschtein, L.: “Matemáticas políticas”, en *Página/12*, 30-9-1997, pág. 4.

³⁶ Véase la solicitada “Por el cese de las persecuciones judiciales y el cierre de todas las causas abiertas a compañeros por su participación en las luchas populares”. Buenos Aires, diciembre de 1997.

³⁷ Comité de Acción Jurídica de la Argentina: *Situación de los derechos humanos en el movimiento obrero de la Argentina*. CTA, Buenos Aires, 1997.

³⁸ Cheren, L.: “El peligroso caso judicial del sindicalista Oscar Martínez”, en *La Maga*, año 6, n° 318, 18 de febrero de 1998, pág. 45; y Brat, E.: “La teoría de los dos demonios aplicada al conflicto social”, en *Página/12*, 6-2-1998, pág. 12.

³⁹ El escrache es una actividad que cuenta con la participación de la agrupación H.I.J.O.S [Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio] junto a Asociación de Ex Detenidos y Desaparecidos, Madres de

Plaza de Mayo-Línea Fundadora, CUT, Servicio de Paz y Justicia, Encuentro por la Memoria, Abuelas, etc., y apunta a señalar represores de la dictadura en sus lugares de residencia y ponerlos así en evidencia con los vecinos. "La idea no es identificar a los altos jefes de la dictadura, sino a los que son menos conocidos, a los que tuvieron una participación importante durante la represión, pero de los que la gente no conoce su rostro" *Graffitis* en el asfalto y en las paredes, pegatinas de carteles con las caras de los represores y manifestaciones en los domicilios forman las actividades del escrache. Jauretche, E.: "Desenmascarar a los asesinos y sus cómplices", en *La Maga*, nº 326, 15 de abril de 1998, págs. 4-5.

⁴⁰ Eso fue lo que sucedió cuando se convocó a una manifestación de repudio en ocasión a la presencia del ex almirante Emilio Massera en los tribunales. La represión fue tan desmedida hasta el punto que concluyó con un saldo de veintiocho detenidos y con el diputado Alfredo Bravo al borde de ser atropellado por un carro de asalto de la policía. Como corolario, las imágenes de la TV mostraron a un manifestante ilesa arrastrado hacia un celular de la Policía Federal pero, al día siguiente, deformado por golpes en su rostro y cuerpo. Todo ello "para evitarle

huevazos al ex dictador". *Página/12*, 20-3-1998, pág. 3.

⁴¹ "Terrible carroña", en *Página/12*, 9-7-1998, pág. 7.

⁴² Cf. Foro de Generales Retirados: "Derechos Humanos unilaterales" 18-6-1998.

⁴³ Peyón, F.: "A los señores vecinos del barrio de Villa Urquiza". 15-7-1998. Sobre el final de la actividad, miembros de las fuerzas de seguridad de civil infiltrados en la movilización provocaron disturbios que terminaron con disturbios y detenciones violentas de varios integrantes de H.I.J.O.S. Al respecto, María del C. Verdú, abogada de la Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional, señaló: "la mayoría de los detenidos son dirigentes de primer nivel de H.I.J.O.S lo cual demuestra, evidentemente, una selectividad en esta detención, que no puede resultar casual". Y agregó que la distribución de la carta indignó más a los vecinos y eso provocó una mayor presencia en el escrache. En definitiva, la actitud de las fuerzas de seguridad pone en evidencia que "esta política de los escraches molesta tanto a las autoridades. Porque es la forma en la cual se manifiesta de la mejor manera, la más clara, el reclamo del juicio y castigo de los organismos de Derechos Humanos forma parte de la conciencia social".

Los Sin Tierra contra el corporativismo*

Entrevista con João Pedro Stedile

Apartir de los años 70 surgió en el Brasil una serie de movimientos sociales, saludados auspiciosamente como una señal de vitalidad de las luchas populares. Hoy, entretanto, la mayor parte de esos movimientos se encuentra desmovilizada o plenamente integrada a las estructuras del poder vigente. Una excepción notable es el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST), cuya trayectoria siguió caminos propios y esto lo sitúa actualmente como referencia imprescindible para la práctica política de izquierda en el Brasil.

João Pedro Stedile, uno de los veintiún coordinadores nacionales de ese movimiento, explica en esta entrevista algunas de las razones del éxito del MST, trata de las dificultades que presenta la transferencia de esa lucha hacia las ciudades y sugiere la construcción de un proyecto político para el Brasil, lo que no deja de reponer en el orden del día la cuestión del socialismo.

I. Motivos del éxito del MST

Una causa social no corporativa
Es difícil analizar la evolución de los movimientos sociales en general; somos parte de uno de ellos y vemos mucho la lucha a partir de nuestra realidad. En cuanto al MST, la evaluación interna que hacemos sobre nuestro éxito —que también puede ser temporario— se asienta, primero, en el hecho de que nos movilizamos en función de una causa que es justa. La lucha contra el latifundio, contra las desigualdades sociales en el campo y contra la miseria rural, es una causa justa no solamente para los que luchan por ella sino, sobre todo, porque se trata de una causa social no corporativa. Si hubiésemos reducido nuestra lucha apenas a la conquista de la tierra, repitiendo una lucha que siempre existió en Brasil (desde que los portugueses llegaron aquí y se adueñaron de la tierra) tal vez no hubiésemos concitado la solidaridad y la simpatía que recibimos actualmente de la sociedad y de las organizaciones sociales. Lo que más nos diferenció —al menos de la tradicional lucha por la tierra— tal vez

* Revista *Praga*, núm. 4, diciembre 1997.

sea el hecho de que conseguimos levantar una bandera y superar el corporativismo, mostrando a la sociedad que se trata, fundamentalmente, de una causa justa. Esto ha motivado a que las personas se aglutinen en torno a nuestra bandera.

Un movimiento permanente

Un segundo factor es que se trata de una lucha prolongada en la medida en que enfrentamos injusticias derivadas de problemas estructurales del capitalismo. No es como un movimiento corporativo que casi siempre es temporario y se desmoviliza tan pronto consigue lo deseado: salario, vivienda, asfalto, etc. En el caso del MST, nuestra lucha es permanente pues la derrota del latifundio y de las injusticias sociales en el campo sólo puede darse al final de un largo proceso. Tómese como ejemplo la lucha contra la esclavitud, que fue muy parecida a la nuestra. De hecho, aunque todos estuvieron en contra del esclavismo, precisamos de casi cuatrocientos años para eliminarlo del Brasil. Además, abriendo un paréntesis, todavía pagamos el precio de la esclavitud porque, en rigor, nuestros latifundistas de hoy aún mantienen la ideología y la cultura esclavista, al menos en relación con el tratamiento dispensado a las personas.

Los métodos de lucha

Otro factor que contribuyó a la per-

sistencia del MST es nuestro método de lucha. Siempre juzgamos que sólo podríamos avanzar si conseguíamos comprender que únicamente la lucha de masas puede alterar la correlación de fuerzas. Es más: una lucha de masas que fuese verdaderamente nacional. Los grandes desafíos que enfrentamos desde el inicio, en el MST, consistían en procurar la superación de la experiencia histórica de la lucha de los *posseiros* (que aglutinaba apenas a pequeños grupos familiares) y de los sindicatos (que restringía la lucha a las fronteras de su municipio). La lucha por la tierra tiene que ser masiva, desarrollarse por medio de grandes ocupaciones de tierra, marchas y manifestaciones. Sólo así se consigue politizar la lucha, insertarla en la lucha de clases en general y, sobre todo, sólo por esa vía es posible implementar un proceso que conduzca a la concientización de los propios participantes.

Sin una lucha de masas, por mayor que sea, el radicalismo individual no desemboca en conciencia de clase. Nuestra historia está llena de ejemplos de *posseiros* que lucharon con las armas en la mano para conquistar un pedazo de tierra, pero que después vendieron ésta por monedas. Eso significa que, a pesar del radicalismo aparente de la lucha, aquella forma de combate no generaba organización social ni conciencia política y, por lo tanto, desde el

punto de vista de la lucha de clases, no acumulaba en favor de la transformación social. Es por eso que la lucha de los *posseiros* en Brasil —aunque se haya mantenido viva, de forma heroica, máxime en la época de la dictadura militar— no resultó en nada.

Desde el inicio intentamos orientarnos con esa idea de que son los movimientos y las luchas de masas los que hacen que la Historia avance. Más allá de eso, como ya dije, esa lucha debe ser trabada en el ámbito nacional. El latifundio es nacional, la legislación es nacional, la burguesía agraria es nacional. Sin un movimiento y una organización verdaderamente nacionales no tendríamos cómo contraponernos a la burguesía y al *status quo*. Y éste es nuestro esfuerzo: un esfuerzo gigantesco que todavía no conseguimos completar, teniendo en cuenta las dificultades inherentes a las dimensiones geográficas continentales del Brasil y la raíz cultural marcadamente regional de nuestro movimiento campesino.

Los principios de organización

Otro factor que pudo haber contribuido para el éxito de nuestro movimiento es que, desde el comienzo, intentamos adoptar, en el MST, “principios organizativos” teniendo en cuenta tres vertientes: a) la experiencia histórica de los propios campesinos brasileños —estudiamos

cómo eran los sindicatos, las ligas campesinas, las luchas por la tierra en general—; b) la experiencia histórica de la clase trabajadora contra sus explotadores; c) la experiencia del trabajo de base de la Iglesia Católica, de las pastorales, de la CPT, pero sobre todo de la “iglesia progresista” que adoptó la visión de la teología de la liberación. Del análisis de esas tres vertientes elaboramos una síntesis que tratamos de ir llevando a la práctica; principios organizativos como, por ejemplo, adoptar siempre la idea del colegiado político o, como nosotros decimos, dirección política colectiva.

Toda nuestra organización, inclusive en la base, se da por medio de comisiones. Evitamos tener presidente, tesorero, secretario, etc. No se trata apenas de la formalidad porque, después de todo, es preciso que alguien se encargue de las finanzas. Pero ocurre que en nuestra cultura, lamentablemente, si un individuo es presidente ya tiene la mitad del camino recorrido para autodenominarse jefe del movimiento, o bien principal responsable. De este modo aprendemos a evitar que surja un único líder de masas. Normalmente, distinguimos liderazgo de masas respecto de dirección política. Además, cuando una persona comienza a proyectarse como el principal líder de masas de un proceso político, se convierte en blanco con más facilidad ya que, en

el universo agrario brasileño, fatalmente sería asesinado.

Una consecuencia de estos principios es la necesidad de que todo se dé por medio de una división de tareas. Eso crea un vínculo permanente con el trabajo de base, con el contacto con las masas. La mayoría de nuestros dirigentes, inclusive aquellos con responsabilidades nacionales, viven en asentamientos o en campamentos. Este vínculo directo procura evitar que ellos se desvien ideológica, política o económicamente.

Por otra parte, priorizamos valores éticos que juzgamos fundamentales en la construcción de un proyecto diferenciado como, por ejemplo, la solidaridad, el desapego a los bienes materiales, etc. Buscamos también —en la línea de la iglesia— propagar el espíritu misionero; la idea de que, si en algún lugar existe la necesidad de ayudar a los compañeros a organizarse, yo me dispongo a ir. Entonces, en el MST, hay muchas transferencias de militantes, lo que posibilita que la acumulación de experiencia histórica de la clase trabajadora de un lugar dado venga a ser transportada por militantes y líderes, aun cuando en otro lugar no haya producido todavía aquella acumulación. Esto facilita el avance de la lucha de clases. Por lo demás, sin ese espíritu misionero, difícilmente la organización habría crecido tanto.

La formación ideológica

También entendemos como esencial la formación ideológica de los militantes. Para nosotros, los cursos de capacitación son tan importantes como la ocupación de tierras. Nuestro punto de partida es la experiencia histórica: ninguna organización crece si no forma sus propios militantes a su imagen y semejanza. El pueblo provee luchadores y, a partir de estos militantes que las luchas populares generan, formamos nuestros cuadros por medio de cursos, comprensión teórica, estudio y dedicación, lo que, generalmente, demanda mucho tiempo, a veces años. Nuestros cursos procuran ser bastante prolongados, dentro de las restricciones económicas. A nivel nacional, en promedio, duran dos meses, pero tenemos cursos intercalados de hasta tres años en los que los militantes estudian durante dos meses, luego vuelven a sus tareas habituales por igual período y el siguiente bimestre retoman el curso. En el caso de los cursos más breves tratamos de combinar enseñanzas prácticas y teóricas, mientras que en el caso de los cursos intercalados los militantes hacen la escuela secundaria y, al mismo tiempo, completan su formación política.

Lamentablemente se diseminó en la izquierda brasileña una práctica de pequeños cursos o seminarios de fin de semana que no pasan

de un turismo sindical; allí las personas van más para tomar una "caipirinha" y reencontrar amigos que para hacer una formación teórica seria. Nadie se forma en seminarios de fin de semana ni en cursillos de tres días.

Otro principio que buscamos adoptar siempre es el de la disciplina pues si las personas —que son parte de la organización— no tuvieran un mínimo de respeto a sus normas, dicha organización no funcionaría. La disciplina que adoptamos no es la militar, jerárquica, de respeto a los superiores, sino en relación a las decisiones del colectivo. Para nosotros la disciplina representa un valor, un principio organizativo, pero jamás una forma de severidad del tipo de "tenés que someterete".

La base social

La lucha contra el corporativismo se debe dar todo el tiempo y en todos los lugares. Tenemos tres tipos de situación en nuestra base social: 1) el sin tierra en general, que se está preparando para una ocupación y que vive en su comunidad rural; el individuo participa de las reuniones, se está politizando y, además, se está preparando para una acción; después, 2) tenemos los campamentos, el estallido de una forma de lucha más constante, la ocupación de la tierra; por último, 3) tenemos los compañeros asentados, aquellos

que ya conquistaron su tierra.

El MST participa de estas tres fases; continuamos organizando y aglutinando a esos compañeros inclusive después de la conquista de la tierra. Nuestros objetivos abarcan la conquista de la tierra, la resolución del problema más inmediato; la lucha por la reforma agraria, por la restructuración de la propiedad latifundista y, por consiguiente, de la agricultura; y también la lucha por los cambios sociales ya que sabemos que la reforma agraria no va a ocurrir sin que haya otros cambios en nuestra sociedad.

El movimiento, entonces, existe para eso: para que el compañero, aun después de la conquista de la tierra, consiga mantenerse organizado en la lucha por la obtención de aquellos otros objetivos y, sobre todo, para que continúe el proceso de conscientización social y de politización. Si él sólo se conformara con la posesión de la tierra no precisaría del MST pues ese tipo de lucha podría ser conducida por el sindicato. ¿Cómo se consigue eso? Con trabajo ideológico, formación y lucha.

En los asentamientos

Aun cuando se logra un pedazo de tierra, no terminan la dificultades ni los problemas de la vida material. Ahora bien ¿cómo se resuelven esos problemas?; ¿cómo conseguir escuela para el asentamiento, mejores pre-

cios para sus productos, crédito rural? Hay dos caminos clásicos: la opción por el burocratismo amarillo o el camino de las luchas masivas. Nuestra orientación es que para que los asentados continúen organizados deben planificar luchas masivas para obtener aquello que precisan. Si el intendente no quiere poner una escuela primaria en el asentamiento, van todas las familias —y no apenas el líder— a pelear contra el funcionario. Si no tenemos créditos en determinado asentamiento, todo el mundo se moviliza para luchar por el crédito y así en cada situación.

Los compañeros asentados continúan haciendo cursos de formación política e ideológica. El hecho de que ellos tengan la tierra no supone, a priori, una propensión mayor al corporativismo, al contrario: hemos visto que cuando ellos salen de aquel nivel de miseria absoluta, cuando pasan a alimentarse mejor, cuando ubican a sus hijos en la escuela, los compañeros se politizan todavía más. Es que el individuo, cuando está muy cerca de la lumpenización, está más sujeto a los peligros del corporativismo. La situación de lumpen lo obliga a ser muy "oportunista", a querer resolver su problema hoy mismo si eso fuera posible. Ellos no poseen ninguna visión de largo plazo. Lamentablemente, el campesinado pobre todavía está muy próximo del lumpen. Nuestro esfuerzo pasa por

sacarlo de la pobreza casi absoluta en la que vive y traerlo para un escalón más alto. Es por eso que, para nosotros, es mejor trabajar con los asentados que con los sin tierra.

II. Un proyecto para el Brasil

Del campo a la ciudad

El mayor potencial de transferencia de nuestra lucha reside en el hecho de que el pueblo brasileño, y la clase trabajadora en general, aprenden muy fácilmente con ejemplos. No aprenden a luchar en cursillos. La pedagogía de masas se da por medio de ejemplos, con cosas prácticas. Es evidente que nuestras ocupaciones de latifundios deben estar inspirando a centenares de líderes en las ciudades que, en función de eso, pasan a reflexionar sobre su propia práctica. A nuestros compañeros les satisface saber, generalmente por medio de la televisión o por los diarios que, aun sin ningún contacto directo con nosotros, existen otros sectores sociales urbanos que se valen de esos métodos de lucha masiva como forma primordial de resolución de sus problemas.

¿Vanguardia de la oposición?

Nosotros rechazamos el calificativo de "vanguardia". No queremos ser "vanguardia". No planificamos la marcha de abril a Brasilia con la intención de liderar un proceso político. Hasta teníamos dudas acerca

de su resultado en las instancias del poder. Tan es así que no habíamos solicitado una audiencia con el presidente, ni elaborado una pauta de las reivindicaciones. Nuestro objetivo era romper el cerco que el gobierno estaba armando contra nosotros. Durante un año, el gobierno intentó aislarlos atacándonos en la televisión día y noche. Jungman llegó a calificar a José Rainha como bandido en un programa de la TV Manchete. Y cuando hubo una orden de detención le mandó un telegrama al juez para felicitarlo.

Sabíamos que sólo conseguiríamos derrotar esa política de aislamiento aliándonos con la sociedad; colocando a la sociedad contra el gobierno. Nuestro objetivo era, al recorrer doscientas cincuenta y cuatro ciudades, hacer esa ligazón con la sociedad. El proyecto consistía, básicamente, en dar charlas y conscientizar a la población sobre la reforma agraria y el neoliberalismo. Procuramos hacerla reflexionar acerca de las cuestiones que eran el eje de la marcha: Tierra, Trabajo y Justicia.

Durante el transcurso de la marcha ésta creció de tal manera que creó una coyuntura política que no preveíamos: la marcha se convirtió en una avalancha de cien mil personas. En rigor de verdad no eran todos sin tierra ya que éstos continuaron siendo los dos mil que salieron caminando al principio. Los demás

eran militantes de la ciudad, sindicalistas, personas del PT, del PDT y del PSB que tomaron la marcha como un símbolo de la lucha contra Fernando Henrique Cardoso. Sin dudas fue algo importante. Pero, en nuestra evaluación, nosotros no nos convertimos en vanguardia, apenas fuimos referencia de lucha.

El modelo de las élites

El Brasil está en una encrucijada histórica producida, claramente, por las élites. Estas, por medio de F.H. Cardoso, buscan repetir lo que ocurrió en 1930 en la historia del país aunque, como diría Marx, ahora como farsa. ¿Cuál es la similitud con 1930? Es la primera vez, en muchos años, que las élites brasileñas crearon un consenso en torno de un líder político que, a su turno, consiguió aglutinar tras de sí a todas las fracciones de esas élites.

El modelo de desarrollo, el proyecto de industrialización por la vía de la substitución de importaciones, entró en crisis desde la segunda mitad de los años setenta. Las élites no consiguieron salir de la crisis a pesar de la aplicación de medidas y políticas económicas puntuales como las intentadas por Funaro y Maílson. Para enfrentar una crisis que era estructural ellas percibieron que tenían que partir hacia otro modelo, lo cual demandaba mucho más que simples políticas económicas temporarias. De ahí el Real, la

rigidez del cambio y las tasas estratoféricas de los intereses. Están intentando aplicar en el Brasil un nuevo modelo que subordina totalmente nuestra economía, que nos transforma en un mero mercado para las multinacionales (que nos meten sus mercaderías) y para el capital financiero internacional (que consigue lucros elevadísimos con los intereses pagados por el gobierno).

La tentativa de las élites de implementar ese modelo se da por medio de un proceso lento y gradual, porque no hubo una revolución como en 1930, ni una transferencia del poder para los militares como en el Perú de hoy (que costó quince mil muertos y cinco mil presos). Aun en la Argentina esa implementación está siendo hecha en base a la represión, con trescientos ochenta presos políticos y un Estado autoritario capitaneado por Menem. En Brasil, como todavía tienen que respetar ciertas reglas democráticas, ese proceso va lento. No me voy a detener aquí en las contradicciones del modelo porque, para nosotros, lo principal, el punto sobre el cual cabe reflexionar, es que estamos en una encrucijada.

Un proyecto popular

Las élites precisan implementar ese nuevo modelo; se trata, por lo tanto, de algo más que de una adhesión puntual a una política neoliberal. Buscan reorganizar toda la eco-

nomía en función de ese objetivo mayor. El resultado de eso, sin embargo, es una subordinación completa al capital internacional. Ya no es más una política de alianza con ese capital, como fue en el modelo de industrialización por la vía de la substitución de importaciones. Ahí había una alianza, el famoso trípode: capital nacional, capital estatal y capital extranjero. Ahora no: la relación es de subordinación simple y pura.

Ante esta situación, las fuerzas populares, sociales, sindicales, políticas —la izquierda en general— precisan producir un proyecto político alternativo a ese que está ahí, en el poder. No basta con tener un plan de gobierno, como tampoco basta con hacer una crítica al neoliberalismo. Es preciso construir un proyecto político nacional alternativo. Ese es el mayor desafío que tenemos hoy: elaborar un proyecto político alternativo, nacional, popular, entendido como proceso histórico.

La teoría

Primero es preciso una elaboración teórica porque las ideas no fluyen. Es necesario plantear sobre el papel cuáles son los problemas más graves de la sociedad brasileña, presentar una explicación de sus motivos y de la incapacidad de la burguesía para resolverlos. Sintéticamente: podríamos hablar de la desigualdad, de la pobreza, de la injus-

acia social, de la concentración de la renta, del desempleo y de las mazelas sociales resultantes de todo eso (visibles, además, en la carencia de educación, salud y vivienda). Incluso, cabe presentar, desde un punto vista teórico, soluciones para dichos problemas. Es decir; para resolver el problema de la miseria en el Brasil, ¿qué es lo que debe ser hecho desde el ángulo económico o de la democracia del Estado? Todo esto depende de una elaboración teórica y de un debate político.

Nosotros estamos convocando a los intelectuales para que se manifiesten, para que estudien. Esa elaboración teórica tiene que tener fundamentación científica, tiene que partir de un conocimiento profundo de la realidad brasileña. Los intelectuales de izquierda precisan recuperar urgentemente la trayectoria de grandes pensadores brasileños como Florestan Fernandes, Caio Prado Júnior y Celso Furtado. Hay una interrupción en esa trayectoria (por diversos motivos), y porque algunos de ellos han muerto. Es necesario, por lo tanto, retomar esa tradición y ojalá que la revista contribuya a eso.

No se trata de un panfleto discursivo, ni de una tesis académica (que compruebe apenas algunas hipótesis), como tampoco de un plan de gobierno que aglutine una serie de reivindicaciones para hacer propaganda electoral. Es por eso

que los planes de gobierno de Lula nunca sirvieron, porque ni él los leía. Eran siempre un mamotreto de ciento noventa y cuatro páginas con un montón de promesas del tipo de "yo voy a construir tantas casas, tantas escuelas con tantos alumnos", etc. Pero un proyecto no es eso.

La práctica

Otro componente de nuestro proyecto político, concomitante a su construcción, es la premisa de que todo necesita ser conducido por medio de la lucha de masas. Son las luchas de masas las que alteran la correlación de fuerzas en la sociedad, como resultó evidente en el caso de la reforma agraria, lo que se aplica (obviamente lo copiamos de ahí) a la lucha de clases en general. De nada serviría tener un grupo de intelectuales haciendo un proyecto ideal si la clase trabajadora no estuviera luchando.

La elaboración teórica de un proyecto político puede, a su vez, servir como estímulo al movimiento de masas. En este sentido todavía caben las enseñanzas de los bolcheviques. Ellos fueron pioneros en el uso de la pedagogía de masas, fueron los primeros en explicar con pocas palabras un proyecto político. En su propaganda de masas resumieron el proyecto en tres palabras: pan, paz y tierra, que aglutinaron al pueblo. Así, una vez elaborado nuestro proyecto —e identifica-

dos claramente los problemas y las soluciones—los diversos movimientos pueden partir para la propaganda de masas presentando para el pueblo, de manera pedagógica, las soluciones.

Juntando el huevo con la gallina

El movimiento de masas tiene, por lo tanto, un papel fundamental que precisa ser activado permanentemente en la construcción de ese proyecto político. Se trata de un gran desafío, principalmente porque (haciendo aquí una autocritica) la mayoría de los movimientos sociales sólo hace en la actualidad lucha corporativa. Aunque también se puede decir que sólo hacen lucha corporativa porque no tienen un proyecto político claro. Así, quedamos entre el huevo y la gallina: sólo hace lucha corporativa porque carece de un proyecto político, y la gente no tiene un proyecto político porque sus luchas son corporativas. Aquí es donde está el desafío: unir el huevo con la gallina y no quedarnos a descubrir cuál de los dos está antes. De este modo, los movimientos de masas, que hoy son corporativos, podrán incluir un ingrediente más: la lucha estratégica por un proyecto político alternativo. Esto debería—al mismo tiempo pero también como consecuencia del proceso—desembocar en una acumulación orgánica de la clase trabajadora que fuese superior al nivel actual.

Lo preocupante hoy es que, a pesar de la importancia del PT, de la CUT, del MST, de la CMP (Central de los Movimientos Populares) y de la pastoral social de la iglesia progresista, por sí mismas estas cinco herramientas no están dando cuenta de aquella necesidad estratégica. Entonces, tenemos que pensar en una acumulación orgánica que aglutine a todos los movimientos.

El PT y la crisis

El papel del que hablamos podría haber sido desempeñado por el PT. Ocurre que el PT, en su trayectoria histórica —y no por voluntad propia— acabó priorizando la lucha electoral, que es importante aunque mostró ser insuficiente. El PT se transformó, entonces, en un partido electoral de izquierda. Lo que nosotros necesitamos ahora es construir una “acumulación orgánica” que une ese partido de masas, popular, con visión socialista pero electoral, con nuestra central sindical, con los movimientos populares, con las iglesias progresistas y con el movimiento rural. Sólo así podremos alterar el rumbo de la lucha de clases en el Brasil.

Los medios de comunicación le exigen al PT un proyecto para gerenciar la crisis. Pero creo que es generalizar mucho si decimos que el PT quiere administrar la crisis porque yo soy del PT, de la secreta-

ta agraria, y no quiero administrar ninguna crisis: lo que quiero es provocar la mayor crisis. Entonces no se puede generalizar. El PT tiene siete u ocho grandes corrientes y cada una de ellas tiene una evaluación diferente. Aquella con la cual me identifico no tiene esa visión.

El movimiento obrero

No creo que el corporativismo esté necesariamente más establecido entre los trabajadores industriales. Esto también depende mucho de la lucha ideológica. Es preciso huir del simplismo que dice que el movimiento sindical, hoy en crisis a causa del desempleo, se tornó corporativista. El movimiento obrero brasileño, aunque congregue a una minoría de la población y se restrinja cada vez más, todavía tiene un papel muy importante. No es verdad que los obreros están preocupados apenas con sus empleos. Si se hiciese un trabajo ideológico, si fueran presentadas propuestas organizativas, ellos se movilizarían nuevamente. Nosotros, los del MST, hemos ayudado a muchos sectores obreros en la ocupación de sus fábricas. Hemos percibido que cuando ellos marchan hacia la lucha actúan más rápido que nosotros, que venimos del campo. Podemos someter a la crítica la práctica sindical, tanto la de la CUT como la de los sindicatos (en este punto cada uno tiene su evaluación y no es nuestro

objetivo explicitarla aquí); es claro que hay errores que necesitan ser superados, pero no por eso vamos a tirar afuera al niño (el proletariado) con el agua sucia.

El error de las izquierdas clásicas, que se vincularon a Moscú o al trotskismo, tal vez consistió en intentar hacer, en el Brasil, apenas un trabajo político volcado únicamente a los obreros. Eso no deja de ser importante, pero la amplia mayoría de nuestra población no consiste en obreros. Un proceso revolucionario de cambios sociales en el Brasil tiene que ser un proceso eminentemente popular, capaz de organizar y movilizar a millones de personas, pobres y trabajadoras, que no están vinculadas al sector fabril. Lo principal, sin embargo, Marx ya lo decía, son las ideas del proletariado. Su fuerza de masas puede ser hasta minoritaria, como en el caso de las revoluciones rusa y china, pero la ideología del proletariado debe ser preservada. Esto vale también para el Brasil.

Una conferencia nacional

En el MST estamos empeñados en esa misión de contribuir a ese proceso de construcción de un proyecto político alternativo. Vamos a motivar a nuestros amigos intelectuales para que准备n textos, organicen reuniones y conferencias municipales y provinciales, a fin de discutir esos desafíos. Aspiramos, de

ese modo, a que sea posible convocar, junto con otras fuerzas y para fin de año, a una conferencia nacional que discuta un proyecto político alternativo para nuestro país y que, incluso, sirva como herramienta, como soporte o instigador en el proceso electoral de 1998. Necesitamos que las elecciones presidenciales sean un debate acerca de proyectos para nuestra sociedad y no una confrontación de carismas electorales entre Lula y Fernando Henrique; o entre planes de gobierno para ver quién promete más casas populares, más asentamientos, etc. Si no escapamos de eso no vamos a conseguir derrotar a la burguesía.

III. Un horizonte socialista

Implementando la división del trabajo
En el campo estamos intentando desarrollar las fuerzas productivas. Para ello adoptamos como camino la implementación de la división del trabajo. Esta división genera con rapidez un aumento muy grande de la productividad del trabajo, en comparación con el trabajo individual (y fue esto lo que hizo la revolución industrial). En la agricultura existe un tabú respecto de ello, principalmente en la izquierda, porque la estancia capitalista aplica la división del trabajo, la cooperación agrícola, y el trabajador sólo entra como mano de obra en una determinada etapa del trabajo.

En efecto, en la izquierda clásica, o en la populista, predominó la idea de que sería difícil aplicar la división del trabajo en la agricultura y que, por lo tanto, partiendo de lo que es posible hacer para ayudar a la alianza del obrero con el campesino, había que dejarle a éste su propiedad individual. El desarrollo de las fuerzas productivas, por lo tanto, sólo le correspondería a la industria. Nosotros no concordamos con esto. Creemos que la agricultura también tiene potencial para desarrollar de un modo rápido las fuerzas productivas y que es posible aplicar la división del trabajo aun entre campesinos.

Una confusión de izquierda

Hay también una confusión en los medios de izquierda con respecto a las implicancias de la voluntad del campesino —que quiere ser dueño de la tierra— y el proceso productivo de división del trabajo. El campesino quiere unir las dos cosas porque, en su cabeza, la idea de ser dueño de la tierra tiene un contenido mucho más antropológico y cultural que en el caso del capitalista. El campesino precisa de la tierra como una reserva de seguridad para su familia y para su cultura y, además, como un elemento imprescindible para su sobrevivencia. En su imaginario ideológico todo eso tiene el mismo peso que el sueño obrero de la casa propia. Nunca nadie

de la izquierda dijo que por causa de ese sueño del trabajador de la ciudad, de tener su casa propia, dicho trabajador se hubiera convertido en un pequeño burgués o que hubiese estorbado el desarrollo del socialismo. Tener una casa es admitido como algo natural, como una necesidad. Y en la cabeza del campesino funciona del mismo modo: él ve la tierra como una necesidad básica.

Ahora bien, en lo atinente al proceso productivo, no encontramos ninguna dificultad para implementar la división del trabajo. La mayor dificultad con la que nos topamos es la escasez del capital. Cuando las familias son muy pobres y no tienen ningún capital acumulado resulta muy difícil implementar la división del trabajo.

Para un futuro socialista

Es claro que se podrá decir que todo eso no tiene nada que ver con el socialismo y, de hecho, así es. Pero el camino que nosotros estamos recorriendo es ése: primero hay que estimular el desarrollo de las fuerzas productivas en el campo; lo cual puede no resultar en socialismo sino, apenas, en capitalismo avanzado. Entretanto, y aunque vivamos en un sistema capitalista, buscamos que el resultado del trabajo, en esas nuevas formas organizativas de la producción, quede en manos de quien trabaja.

Simultáneamente, creemos que

lo principal en la lucha por el socialismo es la organización de los trabajadores como una ideología socialista. Es preciso que ellos entiendan que los graves problemas estructurales que tenemos en nuestra sociedad son parte natural de la lógica del capitalismo, y que sólo podremos superar dichos problemas con otro modo de producción más avanzado. Sin embargo, no juzgo que vamos a llegar necesariamente al socialismo desarrollando apenas pequeñas experiencias localizadas, autogestionarias o como se las quiera llamar. Es más: podemos llegar a una situación en la que, aun teniendo en el asentamiento experiencias socialmente benéficas que hagan que los trabajadores se queden con el resultado de su trabajo, la mentalidad de ellos no sea predominantemente socialista.

Para un futuro socialista es más importante hacer un trabajo ideológico y político permanente que pensar en formas alternativas de organización de la producción. Es necesario que la clase trabajadora, en tanto que tal, enfrente esos desafíos de lucha contra el capitalismo y contra el Estado capitalista.

Quebrar el monopolio de la comunicación

La cuestión de los medios de comunicación, esencial para el avance de nuestra lucha, tiene dos caras. Una es el problema actual de la existen-

cia de un monopolio de la comunicación. Todos concuerdan en que ese monopolio es incompatible con una sociedad democrática. Un proyecto popular y alternativo para el Brasil debe incluir, en mi opinión, la estatización de los bancos —es imposible hacer cualquier cambio sin meterse con el capital financiero— y la democratización de los medios de comunicación. Concretamente: es preciso hechar mano de la Globo, del SBT, etc. Esa es una cara de la moneda. La otra pasa por el trabajo político permanente con las masas, por un esfuerzo de comunicación que, a su vez, depende principalmente del trabajo de base.

Es prácticamente imposible promover cualquier movilización de masas sin que antes se haya hecho un trabajo de base. Este, para nosotros, es aquel esfuerzo permanente, metódico, cotidiano, de juntar pequeños grupos de familia, de aglutinar personas por estancia, por comunidad rural o por capilla, para discutir los problemas. Eso es lo que posibilita después una movilización. Nadie consigue movilizar al pueblo llamándolo por la radio, tal como piensan hoy parcelas ponderables del movimiento social y sindical. Es una ilusión creer que basta distribuir panfletos o anunciar en la radio para que algo ocurra. Sin organización de base nada ocurre.

En cuanto a la comunicación, primero quiero hacer una crítica.

Ciertos dirigentes de la izquierda brasileña cayeron en la ilusión de que el único, o el mejor, vehículo para comunicarse con la clase trabajadora es el de los medios de comunicación monopolizados por la burguesía. Se trata de un enorme equívoco porque los medios de comunicación de la burguesía, aun prestándole atención, dan la versión o el énfasis ideológico que ellos quieren. Esto no significa que no se deba participar en dichos medios. Sin embargo, entendemos que para nosotros lo principal es crear nuestros propios medios de comunicación para llegar a la clase trabajadora sin depender de la burguesía. Es preciso, evidentemente, hacerla de la forma más masiva posible. Todo el mundo dice que es imposible tener radio y televisión pero, sin plantearnos esa meta, con seguridad nunca llegaremos a alcanzarla. Es difícil conseguir una emisora de radio, pero si pensamos en tener un programa ya resulta más fácil. Es muy difícil tener un canal de televisión abierta, pero tener uno de cable no lo es tanto. En fin, entendemos que las organizaciones de los trabajadores deben intentar la obtención del mayor número posible de medios de comunicación. También estimulamos en nuestra base la creación de todo tipo de comunicación: radios, diarios, revistas e incluso murales.

IV. La reforma agraria

Reorganizar la producción

En nuestra evaluación, el problema agrario en el Brasil no se reduce a la cuestión de la concentración de la propiedad de la tierra. Esta continúa siendo el problema básico, pero el capitalismo se desarrolló de tal manera —y las desigualdades sociales también— que para pensar hoy en la reforma agraria hay que tener en cuenta no sólo la reestructuración de la propiedad de la tierra, sino, incluso, otros factores de la agricultura y el medio rural. Nuestro programa propone una reforma agraria que, además de acabar con el latifundio y con la definición actual de la propiedad de la tierra, reorganice también la producción agropecuaria utilizando la tierra prioritariamente para la obtención de alimentos —que atiendan las necesidades de nuestro pueblo— y no, como se hace hoy, para la exportación.

De la tierra a la agroindustria

Una reforma agraria en el Brasil tiene que venir unida con la democratización o, por lo menos, con una ruptura de la estructura monopólica que domina la agroindustria. El agricultor de hoy no produce más alimentos, produce materia prima, ya que todo alimento pasa por la agroindustria antes de llegar a la mesa del trabajador. De nada sirve distribuir la tierra si la industria con-

tinúa monopolizada. La explotación apenas se desplazaría para el monopolio que fija el precio de la producción puesto que la renta, en vez de quedársela el estanciero, sería canalizada para el dueño de la agroindustria.

La reforma agraria que queremos pasa también por la descentralización de la agroindustria, tanto en términos de poder como en términos físicos y geográficos. No hay problema tecnológico que dificulte la implantación de pequeñas fábricas en la mayoría de los municipios brasileños (tal como existen en Europa). Se trata de una forma de distribuir la renta, democratizar la producción y el progreso para el medio rural.

Otro elemento importante en nuestro proyecto es la generación de un nuevo modelo tecnológico para la agricultura, lo cual es un problema para los agrónomos. El paquete tecnológico utilizado actualmente en la agricultura brasileña —mera copia de otra realidad— fue traído por las multinacionales desde Europa, Estados Unidos y Canadá. El tipo de máquinas agrícolas, los agrotóxicos, etc., están más adaptados para aquellas realidades. Los “bichitos” brasileños, por ejemplo, son más resistentes porque aquí no tienen el invierno que allá ayuda a matarlos.

Romper dos cercas

Por último, uno de los puntos cen-

trales de nuestro programa de reforma agraria es el acceso a la educación. Entendemos que este acceso es tan importante como el acceso a la tierra. En la sociedad moderna, en el mundo de hoy, las personas que no tuvieran acceso al conocimiento científico, o al conocimiento en general, van a ser explotados siempre.

De manera que una parte importante de nuestro ideario, y de nuestra lucha, lo constituye la meta de democratizar al máximo la educación para los adultos y, sobre todo, para

los niños y los adolescentes. Ellos tienen la oportunidad, aun estando en el medio rural, de tener acceso a la escuela formal. Y es por eso que, para nosotros, las dos principales cercas que precisamos superar son la del latifundio y la de la ignorancia. Sin eso no conseguiremos hacer la reforma agraria, ni mucho menos soñar con el socialismo.

San Pablo, diciembre 1997

(*Traducción del portugués:* Carlos Girotti.)



HERRAMIENTA

Revista de debate y crítica marxista

En quioscos y librerías del centro - Facultad de Filosofía
y Letras - Ciencias Sociales

Suscripción por 3 números: \$ 20

Chile 1362 - 1098 Capital Federal - Tel./Fax: 381-2976

e-mail: herramientapinos.com

Chicos, en directo al nombre de André Gide



**Crealidad
económica**

ADE

Hipólito Yrigoyen 1116 piso 4 1088 Buenos Aires

¿Adiós a la Revolución? La modernidad democrática de la izquierda*

Caio Navarro de Toledo**

A Florestan Fernandes



Intelectuales y partidos políticos de izquierda, en los tiempos actuales, han hecho de la democracia el principal tema de sus preocupaciones teóricas y la cuestión central de su agenda política. Como observó recientemente un sociólogo inglés, «la izquierda se rindió a la democracia». Reflexionando sobre la cultura política en el Occidente capitalista, P. Hirst concluye que «la izquierda intelectual en Europa y en los EUA adoptó la democratización como esencia de sus reivindicaciones políticas».¹

En el Brasil, hasta mediados de los años 60, la izquierda estaba movilizada en torno a las reformas sociales, del nacional-desarrollismo, del socialismo y de la revolución. La cuestión democrática aparecía subordinada o de importancia secundaria en la reflexión teórica en la lucha ideológica de esos tiempos. Se creía que la democracia política sólo tendría sentido y relevancia para las grandes masas trabajadoras a partir del momento en que sus reivindicaciones básicas e inmediatas fuesen ampliamente atendidas. Mientras el desarrollismo económico y las reformas sociales de carácter estructural no se efectivizasen, la democracia política no dejaría de ser «formal» o «abstracta» para el conjunto de los trabajadores y de las masas populares. Para la izquierda de orientación marxista, la democracia política exigía, como condición previa y necesaria, la realización de la democracia social y económica. Dependiente y subordinada, la democracia política jamás podría tener un valor en sí misma.

A partir de los años 70, el marco teórico es enteramente distinto. El análisis crítico del «socialismo real», iniciado décadas atrás por teóricos y militantes (marxistas, socialdemócratas y otros), particularmente en el

* *Critica Marxista*, vol. I, núm.1, San Pablo, 1994.

** Profesor del Departamento de Ciencia Política del Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas de la Unicamp.

exterior, así como la dura experiencia de la dictadura militar después de 1964, contribuyeron decisivamente para que la izquierda brasileña «rehabilitase» la cuestión de la democracia. En rigor, la crítica de la llamada visión «instrumental» y «tacticista» de la democracia parece estar hoy ampliamente consolidada al interior del pensamiento político de la izquierda latinoamericana.²

Para significativos sectores de la izquierda, la defensa de la democracia no debe tener más un valor táctico, en cambio debe adquirir un valor estratégico, un valor en sí mismo.

En una formulación que tiene el mérito de la claridad y de la polémica, un calificado intelectual y dirigente político del Partido de los Trabajadores sintetizó el compromiso de sectores de la izquierda brasileña con la democracia: «(...) la democracia política es un fin en sí. Un valor estratégico y permanente. Si esta tesis es socialdemócrata, paciencia. Seamos socialdemócratas».³

Siendo la modernidad identificada hoy con la democracia, y ya no con la revolución, tal izquierda se afirma como moderna. Crítica radical de la «izquierda revolucionaria» –designada siempre con las adjetivaciones de «primitiva» y «anacrónica»–, la izquierda «moderna» pasa gradualmente a privilegiar como interlocutores a los sectores socialdemócratas y a los llamados demócratas radicales (liberales progresistas y marxistas confesadamente antieninistas).⁴

Como fue observado, el ensayo de Carlos Nelson Coutinho, *A democracia como valor universal* estaría en el origen de las postulaciones de la izquierda «moderna» en el Brasil. Posteriormente, *¿Por qué democracia?*, de Francisco Weffort, contribuyó igualmente para la difusión de las tesis más representativas, de ese sector de la izquierda, sobre el valor y el significado de la democracia en el capitalismo contemporáneo.⁵

En su ensayo, Coutinho argumenta que el marxismo –al contrario de las interpretaciones liberales o de orientación stalinista– siempre valoró el tema y la realidad política de la democracia. Solamente lecturas reduccionistas y economicistas pudieron identificar la democracia con la dominación burguesa. Como un ideal político, la realización de la democracia fue buscada desde las primeras comunidades históricas y en diferentes formaciones económico-sociales. La democracia es, así, un valor universal. Las objetivaciones de la democracia se tornan valor universal en la medida en que contribuyen «para explicitar los componentes esenciales contenidos en el ser genérico del hombre», tanto en el capitalismo como en el socialismo. En otras palabras, Weffort señala: «¿Por qué la

democracia es un valor universal?». Por la razón muy simple de que sus conquistas, después de haber llegado a los trabajadores, refieren a todos los hombres».

Destacando la contribución teórica de Norberto Bobbio, y en las sendas abiertas por Coutinho, Weffort considera que la democracia, en los tiempos actuales, tiene un carácter subversivo: «El programa de una democracia moderna en el Brasil es de una verdadera revolución». Como se observó anteriormente, si ayer la radicalidad se llamaba Revolución social, hoy ella está subsumida en la «invención» de la democracia.

Siendo un valor general, la democracia en las sociedades modernas habría perdido su (otro) naturaleza clasista. Sería, pues, un anacronismo denominar a la democracia política (moderna) burguesa, no tendría sentido que los trabajadores lucharan por la realización de una democracia obrera. Si esos conceptos, en los inicios del capitalismo, tuvieran algún valor explicativo, actualmente estarían despojados de cualquier sentido teórico y político. Parodiando el famoso pasaje de Engels, los conceptos de «democracia burguesa» y de «democracia proletaria» deberían estar, al lado de la roca y del machete de bronce, en el museo de las antiguedades obsoletas...

En verdad, como aseveran los dos autores citados, la democracia moderna, además de no ser más burguesa, es, por el contrario, «instrumento del proletariado y de las masas populares contra la burguesía» (Weffort). En el interior de esa democracia moderna, la lucha política se configura básicamente como una auténtica batalla entre hegemonías. Tanto para Weffort como para Coutinho, queda abierta la posibilidad de realización —en plena vigencia del modo de producción capitalista— de una hegemonía popular u obrera dentro de la democracia moderna (Coutinho prefiere las expresiones «democracia de masas» y «democracia de base», inspirado en los comunistas italianos).

Para Weffort, la viabilidad de la hegemonía popular es incontestable, pues la democracia moderna es una nítida creación de las luchas populares y de los trabajadores en general. El dice: «Llamar a las modernas democracias europeas actuales de burguesas sólo es posible a costa de un enorme empobrecimiento del análisis y, por consiguiente, de la perspectiva política. Sería más correcto decir que son democracias bajo hegemonía burguesa e, incluso, hegemonía en permanente disputa por parte de los trabajadores. El problema de los trabajadores en las democracias modernas es conquistar la hegemonía en el campo de una democracia que consideran suya».⁶

En la perspectiva de esos autores, la profundización de la democracia política — posible gracias a las luchas emprendidas por los trabajadores — puede conducir a esta clase a detentar el comando político y la dirección ideológico-cultural sobre el conjunto del Estado y de la sociedad civil. En su ensayo, Coutinho cree en la posibilidad de eliminar el dominio burgués sobre el Estado con el fin de que ocurra «el pleno florecimiento de los institutos políticos democráticos». El Estado al «ampliarse» — al contrario de lo que pensaban los clásicos, afirma Coutinho, «dejó de ser el instrumento de una clase para convertirse en una arena privilegiada de la lucha de clases». ⁷

La negación de la naturaleza de clase de las instituciones políticas vivientes en el capitalismo, como también la afirmación de la posibilidad de la hegemonía popular en los regímenes democráticos modernos, implica la admisión del carácter neutro de los aparatos represivos e ideológicos existentes, sean estatales o privados. Eso significa que no habría límites impasables u obstáculos estructurales para la acción de las masas populares y de los trabajadores en sus luchas por la ampliación y expansión del orden político democrático.

Para esos autores, la batalla por la hegemonía pasa no tan sólo por la conquista de la sociedad civil como también por la continua penetración popular en el seno del aparato del Estado capitalista. Así, la democratización del Estado y de la sociedad civil se haría indistintamente, en los órganos de represión (Fuerzas Armadas, policía, etc.), en los aparatos ideológicos o de hegemonía.

Esta «democracia de masas» a ser alcanzada, en pleno orden capitalista, anticiparía la sociedad socialista radicalmente democrática a ser realizada en el futuro. La estrategia política para la transición al socialismo se configura así: la expansión ilimitada de la democracia política — permitiendo la amplia realización de las reformas sociales y económicas — implicará la emergencia de la nueva sociedad. En esta perspectiva, el orden burgués no pudiendo compartir la democracia de masas — resultado de la asociación de la democracia representativa con la democracia directa — se transformará cualitativamente en dirección al socialismo. Tal como aparecía sintetizado en un programa de los PC en décadas pasadas: «El socialismo se constituirá en una etapa superior de la democracia y de las libertades: la democracia llevada a sus últimas consecuencias». ⁸

Un segundo núcleo de cuestiones residiría en un examen del tema de la hegemonía popular en la construcción de esa nueva democracia y como estrategia en la lucha por el socialismo.

La hegemonía popular, como se observó, es concebida no tan sólo en el plano de las instituciones formalmente políticas del capitalismo contemporáneo como también —principalmente— en el terreno de la cultura y de la ideología. En los términos gramscianos, se habla de hegemonía civil, la conquista del consenso sobre la sociedad civil. Críticos agudos del llamado reduccionismo clasista y del economicismo —atribuídos a la Tercera Internacional—, tales autores postulan y afirman la posibilidad de la hegemonía popular y obrera aun antes de la conquista del Estado capitalista y previa a la transformación de la estructura de las relaciones de producción dominantes. Innecesario recordar que Gramsci es aquí invocado para legitimar y apoyar esta perspectiva teórica-estratégica.

Otra cuestión relevante para destacar en esa interpretación es el presupuesto —en rigor de verdad implícito— por el cual la dominación burguesa en el capitalismo contemporáneo se realizaría básicamente por medios consensuados, y ya no más predominantemente por medios represivos o coercitivos. La democratización ampliada del Estado retiraría gradualmente de éste su otrora carácter represivo dominante, tal como fue acentuado en los trabajos de los clásicos. Un teórico comunista italiano expresó este punto con especial claridad: «El Estado, de simple instrumento de clase, construido y generado esencialmente por la coerción, se tornó otra cosa. Prevalecen los aparatos de hegemonía, mientras los propios aparatos represivos sufren transformaciones».⁹

De los dos presupuestos antedichos -la posibilidad de la hegemonía de los trabajadores sobre el conjunto de la sociedad civil y del Estado y la concepción de la hegemonía como el más importante instrumento de la dominación burguesa- se deriva una tesis de orden estratégico, conforme observó P. Anderson: la lucha fundamental a ser emprendida por los trabajadores en el capitalismo contemporáneo sería la de la conquista de la hegemonía.¹⁰

G. Vacca, otro importante teórico italiano, sintetizó esta posición: «(...) la única perspectiva realista para la revolución socialista no es más la conquista y la sustitución integral de los aparatos del Estado, sino su transformación y orientación radicalmente diversas. El terreno fundamental de la lucha es el de los aparatos de hegemonía (escuela, iglesia, mass media, justicia, instituciones políticas y administrativas, familia, etc.).¹¹

En su ensayo pionero, Coutinho se vale de la noción de «guerra de posición» para designar la batalla por la hegemonía en el seno de la sociedad civil. En un libro posterior,¹² prolonga el campo de la «guerra de posición». Inspirado en la última obra de N. Poulantzas, conforme aclara,

habla de la necesidad de una «batalla de posición» en el interior del Estado. En ambos libros, la «guerra de posición» siempre es pensada en oposición/negación a la llamada «guerra de movimiento». En sus términos, defiende el «carácter procesal» de la transición contra el «carácter explosivo» de la revolución socialista.

Es incontestable el peso de la cultura y de la ideología en la sustentación del orden social, pero no se puede negar, todavía hoy, el papel determinante de la violencia y de la coerción en la manutención y en la reproducción del sistema capitalista. En las situaciones agudas de la lucha de clases se evidencia el papel decisivo y central de la fuerza en la preservación del orden burgués. Como dice Anderson: «(...) el desarrollo de cualquier crisis revolucionaria traslada necesariamente el elemento dominante –en el seno de la estructura del poder burgués– de la ideología hacia la violencia. La coerción se torna al mismo tiempo determinante y dominante en una crisis límite y las fuerzas armadas ocupan inevitablemente el primer plano en todas las esferas de la lucha de clases con la perspectiva de la instauración real del socialismo». ¹³

Desde otro lado, la posibilidad de la hegemonía popular u obrera sobre el conjunto de la sociedad implicaría una extensa utilización de los aparatos públicos y privados de la hegemonía. Se puede coincidir con los críticos del reduccionismo cuando observan que la hegemonía no se resuelve con la simple detentación y control de los aparatos ideológicos, caeríamos en pleno campo del idealismo si supusiéramos la realización de la hegemonía por fuera y en la ausencia de esas instituciones.

¿En las sociedades democráticas contemporáneas, los principales y decisivos aparatos de hegemonía están enteramente abiertos y accesibles a las clases trabajadoras y populares? O entonces: ¿las diferentes clases sociales están en igualdad de condiciones para utilizarlos en la producción y difusión de sus posiciones ideológicas y culturales? Sabemos que esos aparatos no son monolíticos, ni funcionan como meros vehículos de las ideologías dominantes; en ellos igualmente se reflejan las contradicciones sociales y ahí se puede tratar la lucha ideológica de clases. Sin embargo, no se debe perder de vista la cuestión de los límites y del alcance de esa lucha dentro de dichos aparatos.

Tómese el caso de los medios de comunicación masivos (mediante los cuales se difunden y se producen las informaciones, los valores, las opciones políticas y electorales; donde se forjan nuevos comportamientos sociales y hábitos culturales etc.). Es, pues, de preguntarse: ¿la más extensa democratización de los medios de comunicación masivos (públicos y pri-

vados), en la vigencia del orden capitalista, permitirá la vehiculación, permanente y sistemática, de valores antiburgueses y de una cultura política de orientación socialista y popular? ¿Qué decir, incluso, de la hipótesis que esos medios difundieran, en el límite, interpelaciones masivas anticapitalistas y revolucionarias? En los régimenes democráticos más avanzados, esa posibilidad no se puede vislumbrar ni desde lejos.

Para algunos analistas, por detrás de esa concepción de la hegemonía popular bajo el orden burgués, habría un modelo construido a partir de la Revolución Francesa. Puesto que la burguesía, en pleno Antiguo Régimen, consiguió ser dirigente cultural e ideológico antes de la toma del poder del Estado, entonces ¿por qué semejante situación no podría darse con el proletariado? De todos modos, esta hipótesis pareciera desconocer que en el capitalismo, al contrario de lo que ocurrió con la burguesía durante el Antiguo Régimen, el proletariado está estructuralmente expropiado de los medios esenciales de la producción cultural e ideológica. Así, incluso en la fase de transición al socialismo, en ciertos campos y durante determinado tiempo, la clase culturalmente dominante continuará siendo la burguesía y no las clases trabajadoras.

De estos comentarios no se debería concluir que hay que subestimar o negar la importancia de la estrategia de la hegemonía en la lucha por el avance de la democracia y en la transición al socialismo. Para nosotros, la batalla por la hegemonía es condición previa y necesaria, nunca suficiente, en la lucha por el socialismo. Por hegemonía entendemos la capacidad de articulación —bajo la dirección de las clases trabajadoras— del conjunto de interpelaciones democráticas y populares existentes en el seno del orden burgués.¹⁴ Por interpelaciones democráticas y populares concebimos las más diferentes demandas sociales protagonizadas por una pluralidad de sujetos y movimientos: feministas, ecologistas, étnicos, homosexuales, etc. No teniendo necesariamente vinculaciones de clase, tales demandas y movimientos apenas alcanzarán un sentido político anticapitalista, en la medida en que sean articulados por fuerzas políticas comprometidas con el socialismo.

La capacidad hegemónica no se identifica, pues, con una mítica «misión histórica» de la clase obrera, ni se deduce de la conciencia de un sujeto portador *a priori* de la idea de la Revolución. La realización de la hegemonía dependerá exclusivamente de la capacidad política e ideológica que la clase trabajadora demuestre en la lucha social. Como ninguna batalla social está ganada de antemano, la posibilidad de que aquellas demandas sean articuladas (o neutralizadas) por los sectores dominantes

(liberales y conservadores) nunca estará descartada de la escena política. O sea: la cuestión de la hegemonía (liberal, conservadora o socialista) no se resuelve sino al interior de la lucha social y política. En esta perspectiva, el socialismo no es una etapa inexorable del desarrollo social e histórico. Continuará siendo la más bella de las utopías elaboradas por el pensamiento social mientras no encuentre protagonistas competentes (política e ideológicamente) para realizarla históricamente. De igual modo, no se puede contestar la relevancia de la estrategia de la «guerra de posición» en el seno del Estado burgués. La complejidad y extensión del Estado moderno impiden que se puedan tomar en serio las tácticas meramente insurreccionales del tipo de «cerco al Estado-fortaleza». Solo algunos ingenuos voluntaristas defenderían, aún hoy, asaltos arrojados a los «palacios de invierno» como la vía principal para instaurar el socialismo.

En la formulación de H. Weber, «el Estado no es un bloque monolítico, sin fisuras, que las masas enfrentarían desde afuera, por medio de varias confrontaciones, y que deberían destruir al final de una lucha abierta, insurreccional». ¹⁵ El Estado está atravesado por contradicciones de clase; su democratización, por otra parte, puede permitir a las clases populares y trabajadoras la conquista de importantes espacios dentro de él.

No obstante, sería una ilusión pensar que las clases y fracciones vengan a ocupar posiciones semejantes, o de equilibrio, en su interior. Como aclara el mismo autor: «Las clases dominantes controlan puntos estratégicos del Estado —ellas detentan la realidad del poder; las clases dominadas ocupan (o pueden ocupar) posiciones subalternas en tanto que personal de los diversos aparatos de Estado, o como representantes populares en las asambleas electas, pero son generalmente posiciones que detentan un poder extremadamente limitado». Poulantzas, aun en su última fase intelectual, no dejó de reconocer que las masas populares no consiguen tener posiciones de poder autónomo dentro del Estado capitalista: «Ellas ahí existen en tanto que dispositivos de resistencia, como elementos de corrosión o de acentuación de las contradicciones internas del Estado». ¹⁶

Al postularse que la democracia moderna en el capitalismo es el producto y la consecuencia de las luchas populares, se pasa a la conclusión equivocada de que, en los tiempos actuales, la democracia es fundamentalmente un poder exclusivo de las clases trabajadoras. O sea, la democracia política serviría prioritariamente a las masas trabajadoras, no a sus opresores. Se subestima así la realidad de que el funcionamiento regular de las instituciones democráticas (elecciones regulares, pluralismo partidario, libertades políticas, etc.) ha contribuido igualmente a la legitimación

del orden burgués. En este sentido, los análisis de los clásicos del marxismo todavía conservan su pertinencia teórica: la realización de la democracia representativa, en el orden capitalista, constituye y difunde la ideología del Estado neutro y del Estado representante de la totalidad de la población. Como sintetizó Anderson, la ideología de la democracia burguesa «forma la sintaxis permanente del consenso inducido por el Estado capitalista».¹⁷

No se pueden contestar las realizaciones sociales del Estado democrático burgués. Ellas no son puros espejismos o ficciones para las clases trabajadoras; frecuentemente son tangibles y muy concretas. Como es siempre relevante subrayar, la supresión de la democracia política es particularmente desastrosa para las clases trabajadoras y populares. Pero, esa misma democracia -necesariamente clasista en el marco del orden capitalista, al contrario de lo que juzga la izquierda «moderna»- ha sido también un poderoso instrumento para la garantía y reproducción del orden desigual, en la medida en que sus efectos ideológicos han contribuido para privar a la clase trabajadora de la posibilidad de concebir un otro tipo de Estado y de sociedad. Si los regímenes democráticos permiten efectivas conquistas sociales y políticas para las masas populares, su idealización ha tenido un efecto mistificador y contrarrevolucionario. En este sentido, los críticos de la concepción de la «democracia como valor universal» no deben intimidarse con la acusación que sufren de ser «instrumentalistas» o adeptos «poco confiables» de la democracia.¹⁸ Sí, la democracia política no es sinónimo de dominación burguesa ni es una conquista descartable o supérflua para las clases trabajadoras. Tal como lo recordara recientemente A. Callinicos, la izquierda marxista no debe ignorar la democracia (política) liberal, «considerándola como una mera fachada cuya substitución (...) por el fascismo o por una dictadura militar, es una cuestión indiferente para los socialistas».¹⁹ No obstante, siendo necesariamente limitada y limitadora -al interior del capitalismo- la democracia no debe ser venerada ni fetichizada por los socialistas. El valor de la democracia política, en el orden del capital, reside en las posibilidades abiertas para los trabajadores y capas populares de organizarse políticamente mejor y combatir la hegemonía cultural e ideológica de la burguesía. La democracia crea, así, las mejores condiciones para que los trabajadores luchen por la construcción de una sociedad sin privilegios y sin discriminaciones.²⁰ Es en este sentido, pues, que la institucionalidad democrática debe ser consolidada y permanentemente ampliada. Llamar «instrumentalista» a esta posición implicaría la suposición de que, en el orden capitalista, los trabajadores

deben comprometerse con la democracia, básicamente por razones éticas y humanitarias. ¿O creen los críticos del «instrumentalismo» que la burguesía –en las circunstancias históricas y políticas en que se interesa por el mantenimiento de la institucionalidad democrática– estaría poseída por los edificantes ideales de justicia, del bien común y de la razón universal?

Otro punto a ser retomado en esta crítica es la afirmación de la posibilidad de una creciente democratización al interior de las instituciones estatales y de la sociedad civil; en el límite, la creencia en la realización de una democracia de carácter popular en pleno orden capitalista. De este modo queda supuesto que las clases propietarias admitirán –sin apelar al poder represivo del Estado– las reformas profundas y las transformaciones sociales en la dirección¹ de una democracia bajo hegemonía popular. ¿Admitirán algún día los capitalistas someterse a las decisiones democráticas de los trabajadores dentro de sus fábricas? En el plano de las estructuras ¿es posible concebir la universalización del principio de elegibilidad en todos los niveles del Estado burgués: elección de los magistrados, de la burocracia civil, de los oficiales de las Fuerzas Armadas? Como Miliband recientemente nos recordó: «(...) con su penetración en el sistema (capitalista, CNT), los socialistas han de hacer una crítica permanente a las limitaciones y fallas de la democracia burguesa, a su estrechez y formalismo, a sus tendencias y prácticas autoritarias». Más que eso, la crítica socialista debe revelar siempre el carácter sustantivamente no democrático de la sociedad burguesa: «(...) no son solo los arreglos políticos que deben ser blanco de críticas serias y convincentes; también el ejercicio del poder arbitrario en todos los aspectos de la vida –en las fábricas, oficinas, escuelas- donde quiera que el poder afecte la existencia de las personas».²¹

Concluyendo, entendemos que es un grave error político, en la discusión sobre la transición, desvincular –como hacen los adeptos de la izquierda «moderna»– la «guerra de posición» de la «guerra de movimiento». Gramsci ha sido invocado para sustentar la interpretación según la cual la «guerra de posición» sería la vía real y única del proceso político en dirección al socialismo. Preferimos otra lectura de Gramsci: aquella que no lo desvincula de los principales teóricos y militantes del socialismo revolucionario. En esta visión, sería suicida la estrategia política que excluyera la «guerra de movimiento» de la «guerra de posición». Una intérprete de la obra de Gramsci, C. Mouffe, alineada actualmente con las tesis de la «democracia radical», no deja de reconocer que «la guerra de movimiento no es sino un momento del proceso de transición, momento que debe ser preparado por la guerra de posición».²²

En la crítica sistemática y permanente a la concepción instrumentalista de la democracia y a la llamada «cultura golpista», los autores de la izquierda democrática le dedican poca atención al tema de la ruptura política revolucionaria. En rigor de verdad, hay aquí, prácticamente, un silencio teórico.²³ Para nosotros, la cuestión de la violencia no debe ser formulada en forma abstracta, ni encarada como un momento inevitable y necesario del proceso histórico. Pero no por eso ella debe ser descartada de la reflexión teórica en virtud de un compromiso radical que la izquierda debería tener con la democracia política. El escamoteo de ese tema en la reflexión intelectual y en la discusión al interior de los partidos y organizaciones socialistas puede significar, en la práctica, una renuncia a la transformación de la institucionalidad burguesa. ¿En nombre de qué los militantes socialistas —en su formación intelectual y política— deben privarse del examen de la cuestión de la violencia en la historia? Conociendo el poco empeño que las clases dominantes en el Brasil han puesto en la defensa del orden democrático (al contrario, nunca han vacilado en valerse de la violencia concentrada, por la vía institucional y privadamente, contra los avances populares) las izquierdas no pueden sucumbir a las ilusiones de la socialdemocracia y de la liberaldemocracia. Postular y enfatizar el camino democrático en dirección al socialismo no significa, necesariamente, adoptar una política «reformista». No obstante, es inaceptable concebir el proceso político basado solo en esta posibilidad estratégica. ¿No sería una idealización de la lucha social el creer devotamente que los dominantes aceptarán en paz las transformaciones sociales radicales, sometiéndose a la voluntad democrática de las mayorías?

¿La censura al debate sobre la cuestión de la ruptura política es el precio a pagar con el fin de ser admitido en el foro de la modernidad democrática? No se debe hacer la apología de las armas, ni concebir la política como una simple extensión de la guerra; pero, igualmente, no se justifica adoptar la no violencia como dogma o principio ético. Quien todavía hoy afirme la posibilidad histórica del socialismo no puede descartar el derecho legítimo que tienen los trabajadores de responder a la violencia sistemática de los dominadores. Negándose, por principio, a admitir la utilización de la contraviolencia revolucionaria —en caso de que las circunstancias de la lucha de clases les vinieran a imponer esta radicalidad— los socialistas estarán, en la práctica, abdicando de la posibilidad de la construcción de un «orden social en el que la democracia (sea) finalmente liberada de las limitaciones que le son impuestas por la dominación capitalista».²⁴ En el orden capitalista todo es posible de transformarse en mercadería:

objetos, ideas, instituciones. Parafraseando el análisis que Marx hizo del fetichismo, se puede afirmar que la democracia, en la esfera del capital, también es capaz de producir «sutilezas metafísicas» y encantamientos religiosos. Es de lamentar que muchos socialistas hoy se transformen, en la práctica, en los más celosos sacerdotes de la democracia política liberal. Al cultivar la democracia, la izquierda es saludada y conmemorada por sus nuevos interlocutores políticos e ideológicos. Tornándose «confiable» para liberales y socialdemócratas, pasa a aceptar (y a ostentar) placenteramente la designación de «moderna» y «civilizada». Cabe preguntarse si, en esta auténtica conversión democrática —típica de la «ruta de Damasco»— la izquierda «moderna» no está reescribiendo, con nuevas tintas, las meneadas tesis del socialismo a lo Bernstein. En esta perspectiva, ayer como hoy, a los socialistas no les quedaría más que luchar por la defensa de la democracia, el nombre de la (única) revolución posible en nuestros tiempos.

(*Traducción del portugués: Carlos Girotti / Florencia Girotti.*)

Notas

¹ Paul Hirst, *A democracia representativa e seus limites*, J. Zahar Ed., 1993, pp. 8.

² Entre sus ensayos que defienden esta tesis, pueden ser citados: Tomás Vasconi, "Democracy and socialism", en *South America, Latin American Perspectives*, vol. 17, nº 2, 1990; Robert Barros, *The left and democracy: recent debates in Latin America*, Telos, 1986; y Agustín Cueva, "La cuestión democrática en América Latina: algunos temas y problemas", en *Estudios Avançados*, vol. 2, nº 1, 1988.

³ Marco Aurélio García, "A social-Democracia e o PT", *Teoria & Debate*, nº 12, nov. 1990. En esa revista de estudios del PT, numerosos artículos han postulado esta concepción de democracia política. En su mayoría, escritos por militantes e intelectuales ligados a las tendencias internas «Articulación» y «Un proyecto para el Brasil». La revista *Presença*, dirigida por conocidos intelectuales, otrora vinculados al PCB, tal vez sea el más importante núcleo teórico-ideológico en el que el tema de la «modernidad democrática» tiene su más amplia e incontestable hegemonía. La revista *Teoria & Política*, en su inicio, de orientación marxista-leninista, tiene, actualmente, abiertas sus páginas para colaboradores que se alinean con las tesis de la izquierda «moderna»; es notoria la proximidad de los editores de la publicación con la tendencia «Un proyecto para el Brasil», en la que se reúnen figuras expresivas de la dirección nacional del PT, tales como José Genoíno, Eduardo Jorge, Tarso Genro y otros.

⁴ Teniendo espacio garantizado en los medios editoriales y en la prensa grande, políticos e intelectuales de la izquierda «moderna» no se cansan de exaltar las virtudes de la democracia. Haciendo coro con los ideólogos liberales, denominados

nan a la izquierda, que piensa diferente, como «paleolítica», «jurásica» y otras expresiones del imaginario civilizado del Occidente...

⁵ En la observación de Marco Aurélio Nogueira, uno de los editores de la revista *Presença*, el ensayo de C. N. Coutinho se habría constituido en un auténtico «divisor de aguas» al interior del marxismo brasileño. Cf. «Gramsci, a questao democrática e a esquerda no Brasil», en: C. N. Coutinho, y M. A. Nogueira (orgs.), *Gramsci e a América Latina*, Paz e Terra, 1988. El entusiasmo de Nogueira lo llevó a afirmar que el artículo citado «impulsó realineamientos teóricos fundamentales y, sobre todo, ayudó a consolidar, entre muchos revolucionarios, una cultura política democrática y una visión moderna del socialismo». El ensayo pionero de Carlos Nelson Coutinho, «A democracia como valor universal» fue publicado, por primera vez, en la revista *Encontros com a Civilização Brasileira*, no. 9, de 1979. Posteriormente, fue publicado en libro por la editorial Salamandra, en 1984. El libro de F. Weffort, *¿Por que Democracia?*, es de 1984.

⁶ F. Weffort, *op. cit.*, pp. 38

⁷ C. N. Coutinho, *op. cit.*

⁸ La cita está en F. Claudin, *L' eurocommunisme*, Paris, Maspero, 1977.

⁹ L. L. Radice, «Um socialismo a ser inventado», en *Encontros com a Civilização Brasileira*, nº 9, 1979.

¹⁰ Perry Anderson, *As antinomias de Antonio Gramsci*, Ed. Jorues, 1986. Como queda evidenciado en este artículo, acompañamos de cerca la crítica de Anderson a las interpretaciones que buscan –en la discusión sobre la cuestión de la hegemonía– distanciar a Gramsci del «socialismo revolucionario».

¹¹ G. Vacca, *apud* L. L. Radice, *op. cit.*

¹² C. N. Coutinho, *A dualidade dos poderes*, São Paulo, Brasiliense, 1985.

¹³ P. Anderson, *op. cit.*

¹⁴ Tomamos de Laclau y Mouffe la noción de hegemonía como capacidad de articulación de las interacciones democráticas y populares existentes al interior de una formación social compleja. Sin embargo, como se podrá verificar, discrepamos con estos autores en lo atinente a la indeterminación clasista de la hegemonía socialista postulada por ellos. Igualmente, la crítica que aquí se hace a la fetichización de la democracia representativa liberal en el capitalismo contemporáneo, también está dirigida a ellos. Cf. nota siguiente.

¹⁵ H. Weber, «Entrevista con Nicos Poulantzas», en *Teoria & Política*, S. Paulo, Nº 4, 1980.

¹⁶ *Idem*.

¹⁷ P. Anderson, *op.cit.*

¹⁸ Florestan Fernandes, intelectual y dirigente político del PT, no alineado en relación a las corrientes internas, es un crítico contundente de la «izquierda moderna»: «Hace tiempo, marxistas importantes se tornaron disidentes o abandonaron las antiguas posiciones en nombre de la democracia. (...) hay, en la esencia de la concepción socialista una relativización del concepto de democracia».

cia. La democracia es, sin duda, un valor, pero ella no escapa a las determinaciones de la sociedad civil. Por eso no puede ser representada como un valor en sí mismo, ni, mucho menos, como un valor absoluto». *Em defesa do socialismo*, julio 1990, edición del autor.

¹⁹ Alex Callinicos, *A vingança da História*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1992, p. 124. Coincidimos, pues, con la crítica que el autor hace al italiano Antonio Negri para quien «democracia es una forma agotada, con una función puramente oscurantista, un término general para un sistema de poder enteramente dominado por las fuerzas colectivas del capital». Cf. nota 35, p.162.

²⁰ Para el pensamiento socialista, la democracia política será siempre precaria e inconsistente mientras no existan otras estructuras sociales y económicas igualitarias. Para los liberales progresistas y los socialdemócratas, la democracia es un fin en sí mismo y puede ser plenamente compatible con la existencia de la miseria, de la desigualdad y de la explotación social. A. Touraine y Bresser Pereira, respetados intelectuales progresistas, comparten este punto de vista cuando afirman, respectivamente: «La democracia no es un tipo de sociedad; sólo es un tipo de régimen político» (Alain Touraine, *Palavra e Sangue. Política e sociedade na América Latina*, Campinas, Ed. de la Unicamp, 1988), «La democracia es un tipo de régimen y no una utopía» (*Ideologias econômicas e democracia no Brasil*, Estudos Avançados, mai./jun. 1989).

²¹ Ralph Miliband, «Reflexões sobre a crise dos regimes comunistas», en: Robin Blackburn, *Depois da queda. O fracasso do comunismo e o futuro do socialismo*, Paz e Terra, 1992. En un artículo reciente, en el que examina la relación entre democracia y socialismo, Décio Saes entiende que en la democracia socialista y proletaria, las masas trabajadoras participarían activamente «no solo en la elección de la burocracia estatal y en el ejercicio de un riguroso control sobre ésta, sino también en la desestatización creciente de la formación social donde se construye el socialismo» (A superioridade da democracia socialista, *Princípios*, N° 26, 1992).

²² Chantal Mouffe, «Hegemonía, política e ideología», en: Del Campo, J.L., (org.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Siglo XXI, 1985. C. Mouffe y E. Laclau, en un trabajo conjunto, *Hegemony and Socialist Strategy* (Londres, Verso, 1985), se colocan abiertamente en el campo del llamado «post marxismo» y de la «democracia radical».

Nótese que, en la revista de estudios del PT, al contrario de la revista *Presença*, se publican artículos críticos a la concepción de la democracia como valor universal y a la estrategia de la hegemonía identificada sólo con la «guerra de posición». Entre otros, pueden ser citados: Juarez Guimarães, «A estratégia da pinça», *T & D*, N° 12, 1990; y Ronald Rocha, «A democracia profana», *T & D*, N° 11, 1990.

²³ En uno de los primeros artículos críticos al ensayo de Coutinho, Márcio Naves señaló este punto: «Lo que el discurso de Coutinho no es capaz de produ-

ir es la noción de ruptura. De este modo, queda impedido de establecer, tanto una línea de demarcación nítida entre la democracia burguesa y la democracia socialista, como también se torna incapaz de pensar una estrategia revolucionaria, liberadora del dominio de la ideología burguesa» («Contribuição ao debate sobre a democracia», en: *Temas de Ciências Humanas*, N° 10, 1981). Sobre el tema de la violencia, la tendencia «Un proyecto para el Brasil» tiene una posición muy nítida. En una de sus tesis, presentada al I Congreso del PT, después de cuestionar la reestructuración de la ONU —«que precisa ser democratizada y adquirir poder real»— propone que el Partido se afirme «como una organización adepta a la no violencia». No deja de ser ilustrativo que intelectuales y militantes vinculados a la tendencia PPB, consistentemente y con mucho entusiasmo, pasen a endosar la ética kantiana y las formulaciones de autores como A. Heller, H. Arendt, J. Habermas y otros. El tema de la ética en la política es una preocupación permanente, abordado bajo la óptica de un humanismo abstracto que poco tiene que ver con una perspectiva crítica y materialista.

²⁴ R. Miliband, *op. cit.* pp.34-35. La cuestión de la relación entre socialismo y democracia no fue objeto de este artículo. Pero, para que no queden dudas, firmo que el socialismo sólo se consolidará con la plena democratización de la sociedad y del Estado. La democracia es un valor para el socialismo; pero el carácter revolucionario del socialismo dispensa la fetichización de cualquier institución. Solo en el socialismo, con la articulación de los ideales históricos de la libertad y de la igualdad, de forma sólida y consistente, la democracia podrá ser un proceso perfectible, indefinido y permanente.

Revue internationale pour l'autogestion

UTOPIE CRITIQUE

dialéktica

Secretaría General C.E.F.y L. • Revista de Filosofía y Teoría Social

con estas manos
con estas manos
he
construido
tu centro.
mi
rostro

con estas manos
con estas manos

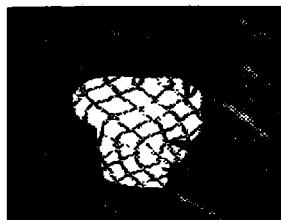
la lucha
continua en alto

tu no podrás construir ninguno

Sebastián Rosso, 1998

Las vías de la democracia

Jean Marie Vincent*



En el mundo contemporáneo la democracia es, casi en todas partes, una democracia representativa parlamentaria, muy a menudo marcada por rasgos autoritarios, es verdad, pero sobre todo es una democracia ligada al Estado nacional. No está organizada como una federación de municipalidades o de regiones autogobernadas: por el contrario, está inserta en el marco de la soberanía estatal nacional, es decir, colocada bajo la preeminencia real de las instituciones estatales centrales que ejercen una tutela más o menos pesada sobre las otras instituciones.

El Estado, que posee el monopolio de la violencia física legítima, pone en orden la violencia interna mediante la proscripción de la violencia abierta contra los individuos y la legitimación de los dispositivos disciplinarios presentes en las formas económicas y sociales dominantes. Al mismo tiempo pone en orden la violencia externa organizando o previniendo los choques con otros Estados y diciendo también quiénes tienen el derecho de viajar por el territorio nacional o de instalarse en él. Hay enemigos externos o enemigos internos que se deben combatir y la simbología del Estado nacional es en gran medida una simbología simultánea de la inclusión y de la exclusión, de lo dentro y de lo fuera. El Estado no es el defensor de un interés general ideal sino que es el intérprete privilegiado y el ejecutor del interés nacional (mantener la inclusión y la exclusión) que se sitúa más allá de las confrontaciones entre los partidos y los movimientos de opinión.

La representación maestra del interés nacional como autorrepresentación del Estado se subordina así la representación política democrática, le fija límites y le exige someterse a ciertas regias (el consenso, el respeto incondicional a las instituciones). De ese modo el campo de la política se circunscribe a la formulación de intereses subordinados al interés nacional.

* *Futur Antérieur*, núm. 38, París, 1996-4.

Sin duda, los partidos y los sindicatos pueden formular «proyectos de sociedad», perspectivas de un futuro diferente. Pero en el marco de su trabajo cotidiano de representación deben esforzarse por elevar los «intereses» de sus mandantes a la dignidad de la representación nacional, es decir, deben actuar sobre intereses económicos reales (por ejemplo, el interés de los asalariados por vender bien su fuerza de trabajo) y sobre significados ligados a la historia específica de los grupos que tienen que representar. Deben hacer sacrificios al «economismo» de una sociedad centrada sobre lo económico de la valorización del capital, al mismo tiempo que producen valorización simbólica (historias más o menos míticas sobre actos fundadores) para justificar los lazos permanentes de representación entre los representantes y los representados.

La representación política integra al Estado a la vez mediante una conflictividad limitada entre los poseedores de capitales y los propietarios de la fuerza de trabajo y mediante un acceso diferenciado a la dignidad política nacional en función de contribuciones simbólicas específicas. Existe en eso una dramática social de gran eficacia que permite conciliar la necesaria estabilidad del Estado y la movilidad inevitable de las relaciones sociales en un contexto de metamorfosis incessantes de las condiciones de valorización.

Por supuesto, eso no quiere decir que sea imposible la aparición de dificultades serias. Por el contrario, son relativamente frecuentes, en particular cuando los conflictos de clase se agudizan y cuando los fenómenos de desclasamiento y de expulsión de las relaciones de trabajo se multiplican. La rigidez relativa de las estructuras y de las intervenciones estatales entra entonces en contradicción con el desplazamiento rápido de las relaciones sociales y a plazo más o menos breve se producen desequilibrios. Por consiguiente hay que volver a definir periódicamente las modalidades de intervención del Estado y las relaciones de representación (reorganización de los partidos y de los tejidos asociativos) para conseguir nuevos equilibrios.

En este sentido, no es exagerado afirmar que estamos ante una especie de ley de compatibilidad entre el funcionamiento estatal, la representación política y los movimientos de valorización del capital en la medida en que son momentos autónomos de un complejo proceso unitario. Los comportamientos burocrático-monárquicos de las élites administrativas no corresponden siempre a las actitudes que se observan en las actividades económicas, pero por su regularidad y su previsibilidad crean las condiciones espacio-temporales propicias para la valorización y la representa-

ción. Del mismo modo el vigor de la acumulación privada del capital es indispensable a los poderes públicos para procurarse los medios de financiar su propio funcionamiento y la vida política.

La representación política, por último, debe dar a los diferentes grupos sociales la posibilidad de articularse entre sí así como con las instituciones estatales teniendo en cuenta relaciones de fuerza cambiantes y desplazamientos simbólicos ininterrumpidos en los mundos sociales vividos. Para que haya un equilibrio dinámico es necesario en efecto que las tres esferas sociales se provean respectivamente lo que necesitan para reproducirse. No es necesario insistir, a este respecto, sobre las prestaciones del Estado y de la economía. Todos se convencen fácilmente de que las contribuciones estatales y económicas para la reproducción social son decisivas.

Por el contrario, a menudo se subestima el papel esencial de la representación política. Algunos tienden a ver solamente un conjunto de procedimientos destinados a designar dirigentes (ver, por ejemplo, las tesis de J. Schumpeter). De este modo ignoran la importancia de los procesos identificadores que se realizan en los debates y confrontaciones políticas. Cuando grupos sociales entran en escena en los juegos de la representación política, se dan puntos de referencia para decir cómo se ven y cómo ven a sus socios-adversarios en las relaciones políticas de conjunto. De este modo se asignan lugares en las instituciones y con relación al Estado, y por consiguiente, en el conjunto de la sociedad.

Sin duda, es posible comprobar que muchos grupos están insatisfechos por los resultados que obtienen. Los sectores económicamente débiles sólo reciben en general prestaciones muy limitadas que afectan poco su situación de explotados. Pero sea cuales fueren las frustraciones que se manifiestan en la representación política, ésta sigue siendo atractiva mientras garantice un mínimo de reconocimiento social a quienes se sitúan al pie de la escalera. De cierto modo, la representación política crea una comunidad política nacional que supera las barreras de clase relativizándolas en el plano simbólico y sobrevalorando tanto los peligros externos como los riesgos de desagregación social que provienen del interior.

Esta alquimia sutil, esta mezcla sorprendente de expresiones verdaderas y de historias imaginarias, de redoblamiento y negación de las realidades sociales, está hoy en discusión. En su fase actual de mundialización, el capital no se detiene ya en el marco nacional como marco primero y privilegiado de su despliegue y valorización. Por supuesto, no rechaza al Es-

tado nacional como elemento organizador de zonas de valorización (creación y mantenimiento de infraestructuras, formación de mano de obra calificada, etc.), pero no convierte ya a ese Estado en el elemento mediador fundamental de la relación de trabajo y, por lo tanto, de las relaciones sociales. Presiona para que la contractualización de las relaciones entre capitalistas y asalariados escape a la tutela estatal y a la intervención de las grandes centrales sindicales. Si se siguen los discursos de los representantes más calificados del sector patronal, es el mercado (bajo todas sus formas) el que debe convertirse en el elemento mediador-formador de las relaciones sociales. En particular debe convertirse en el vector de una monetarización de los intercambios sociales y, por consiguiente, de la propia socialidad.

No se trata ya de buscar la integración subordinada de los individuos a un Estado paternalista, sino de someterlos más directamente a las relaciones sociales de las mercancías y del dinero. Los individuos ya no deben identificarse con las figuras emblemáticas de las instituciones estatales y políticas, sino con las figuras efímeras que dominan los mercados y con las configuraciones coyunturales (conjunción de fuerzas y de ocasiones). Para ellos, el Estado debe transformarse en un Estado «barato», es decir, que tiende a ser cada vez más funcional para los movimientos de valorización y cada vez menos protector. Debe despojarse poco a poco de una parte de los atributos de la soberanía (acuñar moneda, decidir la guerra) para integrarse en los juegos económicos transnacionales en los que los mercados financieros tienen un peso decisivo.

Esta ofensiva de los representantes del capital contra el Estado como principal agente del control social está, es verdad, lejos de haber conducido al desmantelamiento del Estado-providencia o Estado social. Pero ha tenido la suficiente fuerza como para hacer entrar en crisis las prácticas políticas habituales y las relaciones entre el Estado y los ciudadanos. Los partidos tienen dificultades para cumplir con su oficio de representación política porque los intereses a los que dan forma y llevan a la escena son cada vez menos considerados a nivel de las políticas públicas. No responden a sus mandantes los cuales, a su vez, creen cada vez menos que la participación política pueda llevar al reconocimiento social efectivo,

El espacio público se encuentra en una situación de casi implosión. Eso se hace evidente, se deshilachan los contenidos de las confrontaciones y está lleno de sonidos que ya no se escuchan o que ya no quieren decir nada. La escena política, en gran medida, no es más que un teatro de sombras en el cual la representación política ha quedado reducida a apoyarse en simu-

laciones o simulacros porque las cosas esenciales suceden en otros ámbitos.

El Estado sigue allí pero se sustraer a los movimientos de la opinión pública y a las discusiones sobre las estrategias a seguir, aceptando imposiciones capitalistas cada vez más pesadas sobre su propio funcionamiento. El Estado debe hacerse un Estado flexible, tendido por entero hacia la rentabilización de sus propias actividades. Sus servidores en realidad no deben presentarse ya como los principales sostenes de una moralidad pública correspondiente a las exigencias éticas de una comunidad política que reúna lo esencial de la sociedad.

El Estado, así comprendido, no puede ya sintetizar, unificar, los procesos identificadores y de reconocimiento que trabajan en la representación y en las confrontaciones sociales. A partir de tales premisas los individuos y los grupos no pueden ya, o pueden muy difícilmente, encontrar su lugar, y la sociedad política entra en un estado de desequilibrio permanente y de regresión de los intercambios políticos.

En tal contexto, los gobernantes tienen una clara tendencia a hacer política afirmando que ya no hay ninguna política posible porque ya no hay opciones que se puedan debatir, sino simplemente orientaciones que se imponen por sí mismas. Hacer política equivale en cierto modo a convencer a quienes se supone que son ciudadanos mayores de que no deben participar sino formalmente en la política y sólo para una reafirmación formalista de derechos políticos que no tienen alcance efectivo. La representación política debe organizar su propia degradación como ritual de retirada de la política, como liturgia que celebra la virtud de debates o de confrontaciones que ya no tienen validez. La política a nivel de las instituciones no es, por lo tanto, más que una antipolítica que organiza, más o menos sistemáticamente, la desmoralización de la mayoría. No actúa ya sobre las relaciones de poder, sino que produce y reproduce relaciones de impotencia a nivel del espacio público y de la representación.

Todo eso está en parte enmascarado por la existencia de debates sobre problemas llamados de la sociedad, como la delincuencia, la inseguridad, la toxicomanía, la inmigración, en los que se puede ver enfrentarse políticas llamadas de prevención, de represión reforzada o de reinserción. Pero esas políticas de encantamiento abarcan casi siempre objetos desrealizados, cortados de sus raíces sociales (la delincuencia y la criminalidad, como producción y reproducción de ciertas relaciones sociales) y encuentran su terreno de alimentación en las angustias o los miedos de los que dejan de hacer pie en la vida cotidiana, ven su jerarquía social amenazada y ya no encuentran la familiaridad de su mundo social vivido de costumbre. En una sociedad

que les es cada vez más extraña, se les incita a buscar chivos expiatorios, explicaciones imaginarias a sus dificultades y, en resumen, a vivir la política de un modo alucinado o como una pesadilla con los ojos abiertos.

La proliferación cancerosa de la antipolítica asesta evidentemente golpes muy duros a las prácticas democráticas. Si la política que está degenerando no puede traer una renovación de la vida social, sino que solamente puede acompañar los efectos desastrosos de la mundialización, los intercambios democráticos, particularmente en ocasión de las competencias electorales, pierden buena parte de su sentido. Eso significa en particular que los que no quieren renunciar retirándose de la política, se ven colocados en una situación imposible y deben exigir más democracia mientras la representación política gira en el vacío o se limita a reproducir relaciones de poder regresivas. Ellos aparecen, por lo tanto, o bien como Casandras que quieren exorcizar la mala suerte, o como voluntaristas que pierden el sentido de la realidad y de lo que es factible. Pueden sin duda llegar a todos los que tienen nostalgia de la representación política tal como ésta se manifestaba cuando el Estado-Providencia estaba en su apogeo. Pero no pueden indicar los medios para volver atrás, al viejo buen tiempo de antaño, pues eso es simplemente imposible.

Por eso, para salir del callejón sin salida actual, se deben aplicar nuevas prácticas políticas que rompan deliberadamente con las viejas costumbres de subordinación al Estado y a la economía. Cualquier política que reconoce la prioridad del Estado y hace de éste el árbitro supremo, se somete en efecto a una lógica de reproducción de las relaciones de poder en la sociedad. Al postular en abstracto que el Estado puede resolver todos los problemas sociales, ella se somete de hecho a una verdadera compulsión de repetición, a la repetición infinita de «reformas» que no cambian nada fundamental en el funcionamiento de la sociedad (particularmente la relación capital-trabajo). Ella se inclina así, sin darse cuenta, ante el altar del economicismo ambiental imperante, es decir, ante la dominación de lo económico (de la valorización) sobre las relaciones sociales.

Cuando se intenta liberar la política, también hay que cuidar que no caiga en la trampa de una retórica de la política pura o en la de la afirmación política que se cree omnipotente. La política no puede romper con sus propios demonios sino mediante un difícil trabajo sobre sí misma, sobre sus objetivos y sobre las modalidades de su acción. Es necesario, antes que nada, que descubra el carácter problemático de los intereses a partir de los cuales se articula. Incluso cuando la política es una política de defensa de los intereses de los dominados y de los explotados, puede ser

sólo una defensa estrecha de lo que liga a los explotados a su propia explotación (por ejemplo, la valorización «economista» de la fuerza de trabajo). Pero no hay que engañarse: no se trata de oponer intereses «históricos» a intereses «inmediatos». Lo que está en discusión es la formulación de intereses o de objetivos que, sin dejar de lado las exigencias vitales más urgentes, no se limiten al horizonte social actual sino que encaren otros modos de vivir en común y de dar forma a las relaciones sociales.

La finalidad de una política renovada no es oponer a lo existente otra sociedad abstracta, sino dar a la mayoría los medios para controlar sus relaciones y conexiones sociales. En esta perspectiva la producción social no debe ser considerada ya como una producción de valores económicos, sino como una producción ricamente articulada de relaciones sociales que es, naturalmente, producción de bienes y de servicios, pero también y sobre todo producción simbólica de comunicaciones, de intercambios y de relaciones entre las personas. Una política renovada evidentemente no debe renunciar a intervenir sobre lo económico, pero no puede hacerlo a partir de consideraciones estrechamente económicas, lo que equivale a decir que la intervención sobre la economía debe tener objetivos que trasciendan la producción de valores y que se fijen como meta subordinar la esfera de la producción a orientaciones que son externas a ésta (por ejemplo, vivir mejor en común, dedicar más tiempo a actividades culturales, etcétera).

Por supuesto, se pueden formular objeciones fundamentales a esas perspectivas. Existe en particular el riesgo de caer en la mala utopía que consistiría en rechazar todo desarrollo tecnológico, condenar toda forma de crecimiento y toda riqueza social. Pero si se quiere reflexionar sobre esto, se percibirá que el fin de la dominación de la economía de la valorización puede abrir la vía a una economía de intercambios de servicios, a modalidades diferentes de crecimiento y de satisfacción de las necesidades que nada tendrían que ver con la austeridad de una sociedad espartana.

Hoy es difícil imaginar relaciones interindividuales que no estén marcadas por el cálculo y por diferentes modos de evaluación y de apreciación bajo la égida del valor económico. Eso, sin embargo, no prohíbe interrogarse sobre otras relaciones que descansarían sobre intercambios simbólicos liberados del economismo y el desarrollo multilateral de las manifestaciones vitales de los individuos. Ahora bien, si cada uno dispusiera de un ingreso suficiente para vivir, la fuerza constreñidora de las relaciones de evaluación disminuiría considerablemente y dejaría mucho más espacio a la creatividad en las relaciones sociales y a medidas o dispositivos sociales que garantizaran el pluralismo de la acción.

Desde ahora es posible comprobar que la combinación de las fuerzas productivas humanas (que el capital se apropiá) tiene como efecto desarrollar la productividad social en una escala hasta hoy desconocida. ¿Acaso no está permitido pensar que esta productividad social, cuyas fuentes son las interdependencias cruzadas, la fortísima dinámica de la producción de los conocimientos y la multiplicación de los intercambios, puede ser utilizada para instaurar otras relaciones sociales? Sin duda, para eso se necesita una revolución copernicana en los comportamientos que reemplace el combate competitivo por la emulación social para resolver problemas y enriquecer las relaciones entre los individuos y los grupos. Pero tal reorientación no es tampoco una mala utopía, puesto que es la única respuesta posible a las tendencias a la autodestrucción cada vez más potentes en la lógica del capitalismo actual, y no trata de imponer un organigrama a la sociedad ni de prescribirle un futuro cerrado.

En esta perspectiva, la política ya no puede conformarse con administrar mejor lo existente, sino que debe transformarse también en una intervención permanente sobre las relaciones sociales y dentro de ellas, para combatir allí todas las tendencias a la disociación y crear en su seno lazos sociales. En ese sentido, no puede ser solamente confrontación de juicios o procesos de sumas de voliciones y reacciones, pues debe asumir el malestar de los individuos tanto en lo social como en lo político.

En la sociedad capitalista las subjetividades, en efecto, están comprimidas entre la explotación de sí mismo (las conductas de valorización) y la explotación del otro, al mismo tiempo que superan el confinamiento que se les impone (el encierro paranoico en la valorización) mediante los lazos que establecen entre ellas, mediante las capacidades de actuar que ellas desarrollan. Los desplazamientos incessantes de las relaciones de producción y las desestructuraciones consecutivas de los mundos vividos no dejan jamás en reposo a las subjetividades. Ellas son, la mayoría de las veces, empujadas, molestadas, en sus intentos de gozar de la llamada plenitud de la personalidad solipsista (de la valorización) y deben vivirse, sea en un activismo sin horizonte, sea en la discontinuidad y la inquietud.

La política, por lo tanto, debe dirigirse a los individuos como a subjetividades que necesitan más socialidad para adquirir los medios para vivir, es decir, para vivir de manera diferente. El problema no consiste en adherirse a orientaciones o a programas que definen en abstracto el bien común, sino en hacer salir a los individuos de su aislamiento con respecto a los demás para que puedan, a partir de sus propias preocupaciones, construir una fuerza colectiva no opresiva.

Así concebida, la política no puede ser ya una contribución rutinaria a la reproducción de las relaciones de poder en la sociedad. Por el contrario, debe tratar de trasformarlas, aumentando el poder de acción de la mayoría (la multitud en vías de articulación y agregación) y disminuyendo el peso de las restricciones y de la violencia que toda una serie de instituciones ejerce sobre los individuos y los grupos sociales. La política no puede suprimir todas las formas o manifestaciones de *potestas*, es decir, de poder coercitivo, pero debe privilegiar claramente la *potentia*, es decir, la potencia de la acción común. Por eso no debe aceptar más que el Estado sea el lugar donde los intercambios políticos se condicionan o sancionan.

El Estado, organizador del consenso y de la representación política es, de hecho, el prisma obligado en el que hasta ahora se retractan los pedidos de intervención, las búsquedas de transacciones, las tentativas de reformas de las relaciones sociales y todo lo que se refiere a las relaciones entre los grupos sociales. El Estado rechaza en la misma medida en que legitima y procede a selecciones permanentes en función de su superposición a la pirámide social de los poderes y para defender el monopolio de sus aparatos reales. El Estado, en su forma actual de constitución, representa una verdadera carrera de obstáculos para la confrontación política. Por eso una política verdaderamente renovada no puede someterse a las disciplinas estatales.

Sin embargo, esto no significa que se deba recomendar un repliegue o una regresión de las intervenciones públicas, ni una improbable afirmación de la sociedad civil contra la sociedad política. Lo que debe imponerse al Estado y a las instituciones estatales es una política desestatizada y se debe acabar con sus prácticas burocráticas autoritarias. Políticas públicas que subordinan los organismos administrativos e insuflan un nuevo espíritu a los servicios públicos asumen efectivamente para la colectividad un significado completamente diferente al de las políticas decididas por las élites inaccesibles que debía soportar. Entonces se vuelve muy difícil oponer la «ligereza» de la iniciativa privada al servicio de la valorización, a la supuesta pesadez del sector público.

La cuestión de la propiedad también adquiere una dimensión diferente: una propiedad pública desestatizada, es decir, una verdadera propiedad social basada en la cooperación y la concertación, flexible en su reglamentación y en sus modalidades de creación, puede contrastar notablemente con la propiedad capitalista, que es acaparamiento y trae consigo la exclusión de la mayoría del derecho de disponer sobre los medios de producción y de comunicación. Desde esta óptica, las relaciones entre lo

público y lo privado pueden ser vistas con un ángulo diferente: debería ser *público* todo lo que pertenece a la producción social, debería ser *privado* todo lo que es el campo de la formación de los individuos, de la organización de su vida, los medios y modalidades de su inserción en la sociedad (incluida su propiedad personal).

Sigue en pie, evidentemente, el hecho de que los explotados y los oprimidos, a pesar de su resistencia y de sus luchas, no son espontáneamente portadores de una nueva socialización política. Como todos los miembros de la sociedad actual, sufren lo que Marx llama la subsunción real bajo el comando del capital, es decir, los efectos de sumisión inducidos por el conjunto de las formas y dispositivos de la valorización y su objetividad fetichizada. Los flujos tecnológicos que sirven para la acumulación del capital, las superposiciones e interdependencias a las que dan lugar, aparecen efectivamente como fuerzas irresistibles porque han sido colocados fuera del alcance de quienes los ponen en movimiento.

No hay en esto ninguna magia: la tecnología y los arreglos sistémicos propios de los movimientos del capital funcionan como una segunda naturaleza debido a las formas de vida en las que se insertan los individuos, y más particularmente los asalariados. Cuando los miembros de la sociedad quieren reproducirse como seres singulares, deben buscar realizarse implicándose en los mecanismos de la valorización. Deben actuar de acuerdo con la teleología del valor, es decir, conducirse racionalmente privilegiando los comportamientos valorizantes respecto a los otros. No es posible realizarse sino reprimiendo o evacuando las experiencias y las aspiraciones que perturban la autovalorización. La conducción racional de la vida termina por convertirse en obsesiva, negadora total o parcialmente de lo que le parece irracional, lo que no le impide al mismo tiempo ocupar irracionalmente (desde el punto de vista de la multilateralidad del individuo) y afectivamente los instrumentos y el campo de la valorización. Se produce como consecuencia de las relaciones que se podrían calificar de relaciones de consanguineidad y de connivencia entre el conjunto de los dispositivos y arreglos de la subsunción real y los asalariados dominados.

Sin duda, se puede observar que los sistemas en movimiento del capital se levantan frente a los agentes de la producción como potencias extranjeras. Pero no se debe olvidar que esa extrañeza no excluye, como lo hemos visto ya, la proximidad y la familiaridad. La segunda naturaleza es constringente y todos saben que es necesario obedecer a sus leyes para obtener resultados, al mismo tiempo que es un terreno para desplegar las

subjetividades, su éxito y sus fracasos: es objetivada, pero también subjetivable.

La acción colectiva no deroga esta fenomenología del valor y la subsunción real si se queda en los límites de una valorización colectiva de la fuerza de trabajo. Evidentemente, no se puede negar que la reunión (o la coalición) de individuos hasta entonces aislados hace aparecer en filigrana formas sociales nuevas (en particular la asociación solidaria). Sin embargo, esas formas embrionarias no pueden cristalizarse como formas de vida opuestas a la subsunción mientras están dominadas por los movimientos del capital. Para que las cosas marchen en forma diferente es necesario, en efecto, que la acción solidaria asuma y exprese todo lo que hay de no-conforme en lo vivido reprimido y en las experiencias de los individuos, y que lleve a rechazar la unicidad de sentido impuesta a las relaciones sociales por las formas de vida de la valorización, todo eso con el objetivo de favorecer la producción de significados plurales en las prácticas de los individuos y de los grupos. Las potencias del actuar colectivo deben en cierta medida hacer aparecer siempre más lo posible contra la objetividad fetichizada de las acciones de la subsunción.

Tales desplazamientos suponen, por consiguiente, como lo demostró muy bien Jean Robelin,¹ una ampliación de la política. Ésta no debe reducirse a opciones entre programas y equipos; por el contrario, debe facilitar nuevas inversiones subjetivas y la búsqueda de nuevas identidades individuales y colectivas. La política no debe ser el todo de la sociedad pero, para ampliar su horizonte, no tiene que detenerse en las situaciones establecidas ni tampoco fijarse como objetivo contener las contradicciones sociales. Debe ser, eminentemente, una actividad para la transformación permanente de las relaciones sociales y de la individuación, sin asignarse nunca como perspectiva la creación de una sociedad perfecta o el fin del conflicto entre los hombres.

Tal concepción, no hay que engañarse, obliga a ver de modo diferente los problemas de la representación política, no para negarle toda justificación o invalidarla en su totalidad, sino para darle otras bases y otras reglas. La representación política, tal como se desarrolló en el marco del Estado nacional con preocupaciones sociales, está en efecto sujeta a dos limitaciones fundamentales.

En primer lugar, las diferentes representaciones (o escenificaciones de los intereses de grupo) deben someterse a límites de homogeneización, de integración por lo menos puntual a lo ya instituido. Los textos, los relatos producidos en las operaciones de representación, si pueden dis-

tinguirse unos de otros y marcar diferenciaciones, no deben, sin embargo, alejarse demasiado de las normas preestablecidas destinadas a poner freno, cuando no a proscribir, la irrupción de nuevos poderes instituyentes.

A esta primera limitación se agrega una segunda, que tiene su fuente en las desigualdades en el acceso a la representación (ingresos, cultura, etc.) y sobre todo en las mismas desigualdades de representación. Los regímenes electorales, las modalidades de organización de los partidos y de las agrupaciones con vocación política, los modos de difusión de las informaciones, tienden innegablemente a privilegiar a ciertas capas de la sociedad en detrimento de las demás. El ciudadano —por excelencia aquel que mantiene una relación positiva con la política—, es ante todo un hombre (sexo masculino) que dispone de un mínimo de poder y de prestigio ya antes de expresarse políticamente; y que, con la representación, puede redoblar los efectos de poder que ejercita sobre su medio. Él es quien constituye la mayoría de los representantes y cuando no es más que un representado, tiene muchas más posibilidades de hacerse escuchar que aquellos cuya ciudadanía es restringida. Esta realidad a veces es trastornada por la irrupción de movimientos de masas, pero no es fundamentalmente transformada mientras no sean cuestionadas las estructuras elitistas de la representación. La representación política, dominada por estas limitaciones, engendra obligatoriamente en su funcionamiento, y por él, apatía, desafección. Es habitual que los polítólogos deploren la débil tasa de participación política en ciertas elecciones y en las organizaciones políticas. Pero no hay que engañarse, pues los llamados voluntaristas a una mayor participación o incluso las puntas altas de participación en ciertas coyunturas, no pueden cambiar nada esencial, es decir, la mayor participación de tinos y la menor de otros.

Para que exista verdaderamente mayor actividad política entre quienes participan con poca o muy poca intensidad, es necesario antes que nada modificar los canales de la expresión política, en especial las organizaciones políticas permanentes que son los partidos. Estos, en efecto, están estatizados en muy amplia medida y transmiten a su base muchas limitaciones institucionalizadas, incluso cuando son fuerzas de oposición. Además, reproducen en su seno la jerarquización del campo político de la representación, a través de la diferencia que hacen entre los dirigentes, militantes, miembros simples y simpatizantes (particularmente en los partidos llamados de masa).

Demasiado a menudo se trata de explicar esos fenómenos solamente por la corrupción material, olvidando las ventajas en poder y en prestigio

que se pueden adquirir participando en los órganos dirigentes (que también están jerarquizados) o en los órganos operativos de los partidos. Todos los que se entregan «a la causa» e invierten en ella sus energías retiran una promoción simbólica que les eleva por sobre la gente común y las masas. Son los iniciados, los que saben o participan en un saber superior con relación a los que no pueden saber. Son, por consiguiente, quienes difunden la buena nueva, es decir, la que viene desde arriba y que se puede diseminar en todas partes simplificándola o modulándola para obtener efectos.

A partir de tales premisas, la participación de la mayoría de los representados no puede superar el nivel de adhesión a orientaciones más o menos abstractamente definidas y a jefes políticos más o menos carismáticos. Parafraseando a G. Deleuze y a F. Guattari en *Mille Plateaux*, uno puede sentirse tentado a decir que la macropolítica predomina sobre la micropolítica, es decir, sobre todas esas reacciones, todos esos movimientos en la base de la sociedad que son separaciones con respecto a las relaciones institucionalizadas de representación.

Todos los aparatos que están instalados en el accionar de la macropolítica (estatal o paraestatal), en general se dan perfecta cuenta de que, por lo menos en parte, hay que dejar actuar a la micropolítica o, más precisamente, a las micropolíticas que no tienen lazos entre sí. Para que las macropolíticas sean creíbles, es necesario en efecto que parezcan dictadas por preocupaciones que llegan desde abajo. Sin embargo, esas preocupaciones no deben aparecer como movimientos supraindividuales, como desplazamientos con respecto a la política institucional que impliquen relaciones transindividuales y relaciones de grupos. El representado debe seguir siendo un individuo cuyos lazos sociales deben pasar por el reconocimiento que les conceden las macropolíticas. O, dicho de otro modo, el espacio público no debe ser poblado por singularidades que viven en lo múltiple y de multiplicidades que se abren paso a través de singularidades, sino por representados separados, incluso atomizados, en su expresión política.

Por eso es necesario dinamizar el espacio público mediante las micropolíticas si se quiere modificar profundamente las actividades políticas. Los partidos, en particular, deben dejar de tener privilegios en la representación con respecto a las iniciativas de los ciudadanos, a las coaliciones temporales que se fijan objetivos limitados. Para eso es necesario que todas las formas de asociación política puedan tener los medios para hacer conocer sus posiciones. Es necesario igualmente que se faciliten los

procedimientos refrendarios y de democracia y se ayude a los movimientos y a las acciones en pro de la transformación de las relaciones sociales.

En definitiva, la lucha contra la lenta agonía de la democracia, así como la lucha por su expansión y florecimiento, no pasan por la propagación de esquemas institucionales ideales, sino por el cuestionamiento concreto del estado de cosas existente y de los mecanismos de la reproducción social. La política democrática es una política que se niega a reverenciar el *statu quo*, aunque sepa que no todo es posible en cualquier momento. Es una política instituyente para sacudir las rutinas y encontrar soluciones a los conflictos que atraviesan los procesos sociales. Al mismo tiempo está buscando fórmulas de concertación y de asociación transnacionales para conjugar los esfuerzos más allá de las fronteras. Ella favorece la autodeterminación individual en la autodeterminación colectiva.

La democracia, en el fondo, no se reduce a procedimientos sino que es, en lo sustancial, una gramática de la libertad política, pues establece las reglas que permiten expresarse a todos y a cada uno. Es también una pragmática de la liberación porque combate a todas las formas de opresión.

Notas

¹ "La rationalité de la politique", *Annales littéraires de l'Université de Besançon*, 1995.

París, diciembre 1996

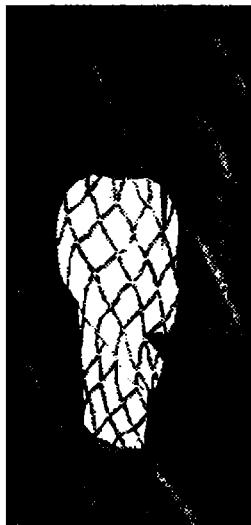
(Traducción del francés: Guillermo Almeyra.)

Viento del Sur

Revista de ideas, historia y política

La república constituyente

Toni Negri



Toni Negri es, indudablemente, uno de los más originales e interesantes exponentes del pensamiento político revolucionario de nuestros días. Sus escritos, sin embargo, son relativamente poco conocidos en nuestro medio. El artículo que publicamos a continuación, aparecido originalmente en la primera entrega de Riff Raff (Padova, abril de 1993) y posteriormente en el número 16 de Common Sense (Edimburgo, diciembre de 1994), constituye una excelente introducción a las ideas políticas de Negri. El lector interesado en la problemática esbozada en este texto puede consultar The constituent power, ensayo donde Negri reconstruye —aunque pueda parecerlo, no exageramos— la noción de poder constituyente de Maquiavelo a Lenin (El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad, Madrid, Libertarias-Prodhusi, 1994).

Toni Negri es preso político, desde el 1 de julio del corriente, en la prisión italiana de Rebibbia. Esta publicación quiere ser, además, un gesto de solidaridad militante y una exigencia de libertad.

“A cada generación su propia constitución”

Cuando Condorcet sugiere que cada generación debe producir su propia constitución política, por un lado se está refiriendo a la posición de la ley constitucional en Pensilvania (donde la ley constitucional descansa sobre la misma base que la ley ordinaria, proveyendo un método simple para crear anto principios constitucionales como nuevas leyes), y por otro lado está inticipando la constitución revolucionaria francesa de 1793: “*Un peuple a toujours le droit de revoir, de reformer et de changer sa Constitution. Une génération ne peut assujeter à ses lois les générations futures.*” (Un pueblo tiene siempre el derecho de rever, reformar y cambiar su constitución. Una generación no puede sujetar a las generaciones futuras a sus propias leyes). (Artículo XXVIII)

En el umbral de los desarrollos presentes en el estado y la sociedad, como fueron originados por la revolución, la ciencia y el capitalismo, Condorcet entendió que cualquier bloqueo preconstituido de la dinámica de la producción y cualquier restricción de la libertad que vaya más allá de los requerimientos del presente, necesariamente conduce al despotismo. Para decirlo de otra manera, Condorcet entiende que, una vez que el

momento constituyente ha pasado, la fijación constitucional deviene un hecho reaccionario en una sociedad que está fundada en el desarrollo de las libertades y en el desarrollo de la economía. Así, una constitución no debería garantizar la legitimidad sobre la base de la costumbre y la práctica o las costumbres de nuestros ancestros o las ideas clásicas de orden. Por el contrario, una vida en un proceso constante de renovación puede formar una constitución —en otras palabras, puede ponerla continuamente a prueba, evaluándola y conduciéndola hacia las modificaciones necesarias. Desde este punto de vista, la recomendación de Condorcet de que “cada generación tendría su propia constitución” puede ser puesta al lado de la de Maquiavelo, quien propuso que cada generación (a fin de escapar de la corrupción del poder y la “rutina” de la Administración) “retornaría a los principios del Estado” —un “retorno” que es un proceso de construcción, un conjunto de principios— no una herencia del pasado sino algo nuevamente fundamentado.

¿Debería nuestra propia generación estar construyendo una nueva Constitución? Cuando reflexionamos sobre las razones que los primeros creadores de constituciones dieron de por qué una renovación constitucional era tan urgente, las encontramos enteramente presentes en nuestra propia situación hoy. Raramente la corrupción de la vida política y administrativa fue tan profundamente corrosiva; raramente ha habido tal crisis de representación; raramente la desilusión con la democracia ha sido tan radical. Cuando la gente habla de una “crisis de la política”, están diciendo efectivamente que el estado democrático no funciona más —y que de hecho ha devenido irreversiblemente corrupto en todos sus principios y órganos: la división de poderes, los principios de garantía, los simples poderes individuales, las normas de representación, la dinámica unitaria de los poderes y las funciones de la legalidad, la eficiencia y la legitimidad administrativa. Ha habido un llamado al “fin de la historia”, y si tal cosa existe podemos ciertamente identificarlo en el fin de la dialéctica constitucional a la cual el liberalismo y el estado capitalista maduro nos ha amarrado. Para ser específico, como desde los 30, en los países del capitalismo occidental comenzó a desarrollarse un sistema constitucional que podríamos llamar la constitución “fordista”, o la constitución laborista del *Welfare State*, este modelo ha entrado ahora en crisis. Las razones de esta crisis son claras cuando uno echa una mirada a los cambios en los sujetos que han olvidado el acuerdo original alrededor de los principios de esta Constitución: por un lado, la burguesía nacional, y por otro lado, la clase obrera industrial organizada en los sindicatos y los partidos socialistas y comunistas. Entonces el sistema libe-

ral-democrático funcionó de tal manera de dominar las necesidades del desarrollo industrial y de compartir el ingreso global entre estas clases. Las constituciones pueden haber diferido más o menos en sus formas, pero la “constitución material” —la convención básica que cubre el reparto de poderes y contrapoderes, del trabajo y del ingreso, de los derechos y las libertades— fue substancialmente homogénea. La burguesía nacional renunció al fascismo y garantizó sus poderes de explotación en un sistema de reparto del ingreso nacional que —computándolo en un contexto de crecimiento continuo— hizo posible la construcción de un sistema de bienestar para la clase obrera nacional. Por su parte, la clase obrera renunció a la revolución.

Ahora, en el punto en que la crisis de los 60 concluye en los eventos emblemáticos de 1968, el estado construido sobre la constitución fordista cae en crisis: los sujetos del acuerdo constitucional original sufrieron en efecto un cambio. Por un lado, las distintas burguesías devinieron internacionalizadas, basando su poder en la transformación financiera del capital, y volviéndose ellas mismas abstractas representaciones del poder; por otro lado, la clase obrera industrial (como resultado de radicales transformaciones en el modo de producción —victoria de la automatización del trabajo industrial y la computarización del trabajo social) transforma su propia identidad cultural, social y política. Una burguesía multinacional y basada en las finanzas (que no ve ninguna razón por la que debería cargar el peso de un sistema de bienestar nacional) es acompañada por un proletariado intelectual, socializado —que, por un lado, tiene una riqueza de nuevas necesidades y, por otro lado, es incapaz de mantener una continuidad con las articulaciones del compromiso fordista. Con el exhaustamiento del “socialismo real” y el registro de su desastre en la historia mundial a fines de 1989, aún los símbolos —ya largamente una letra muerta— de una independencia proletaria en el socialismo fueron definitivamente destruidos.

El sistema jurídico-constitucional basado en el compromiso fordista, fortalecido por el acuerdo constitucional entre la burguesía nacional y la clase obrera industrial, y sobredeterminado por el conflicto entre las superpotencias soviética y americana (representaciones simbólicas de las dos partes en conflicto en el marco de cada nación individual) se han agotado. No hay más una guerra de largo plazo entre dos bloques de poder a nivel internacional, en la que la guerra civil entre clases puede ser enfriada mediante la inmersión en la constitución fordista y/o en las organizaciones del *Welfare State*, no existen más, en los países individuales, los sujetos que podrían constituir esta Constitución y que podrían legitimar sus expresiones y sus símbolos. El escenario completo está ahora radicalmente cambiado.

Entonces ¿cuál es la nueva Constitución que nuestra generación está yendo a tener que construir?

2. "Armas y dinero"

Maquiavelo dijo que a fin de construir el estado, el Príncipe necesitaba "armas y dinero". Entonces, ¿qué armas y qué dinero están siendo requeridas para una nueva Constitución? Para Maquiavelo, las armas son representadas por el pueblo (*il popolo*), en otras palabras la ciudadanía productiva que, en la democracia de la comuna, deviene un pueblo en armas. La pregunta es: ¿qué *popolo* o pueblo podría ser tenido en cuenta hoy para la creación de una nueva Constitución? ¿Tenemos una generación abriendose a sí misma a un nuevo compromiso institucional que irá más allá del welfare state? ¿Y en qué términos estaría dispuesta a organizarse a sí misma, a "armarse" a sí misma, para este fin? ¿Y qué decir acerca del "dinero"? ¿La burguesía financiera multinacional está queriendo considerar un nuevo compromiso constitucional y productivo que vaya más allá del compromiso fordista —y si es así, en qué términos?

En el sistema social del postfordismo, el concepto de "el pueblo" puede y debe ser redefinido. Y no sólo el concepto de "el pueblo", sino también el concepto de "el pueblo en armas" —en otras palabras, esta fracción de la ciudadanía que mediante su trabajo produce la riqueza y entonces hace posible la reproducción de la sociedad en su conjunto. Se puede reclamar que su propia hegemonía sobre el trabajo social sea registrada en términos constitucionales.

La tarea política de arribar a una definición del proletariado postfordista está ahora bien avanzada. Este proletariado encarna una sección substancial de la clase obrera que ha sido reestructurada en el proceso de producción que está automatizado y en procesos de control a través de computadoras que son centralmente conducidos por un proletariado intelectual en permanente expansión, el cual está crecientemente comprometido directamente en el trabajo que está relacionado con computadoras, comunicativo y en términos amplios educativo-formativo. El proletariado postfordista, el *popolo* o "pueblo" representado por el obrero "social" (*l'operaio sociale*), está imbuido en y constituido por una interacción continua entre la actividad tecno-científica y el duro trabajo de producir mercancías; por la empresarialidad (*entrepreneuriality*) de las redes de trabajo en las cuales la interacción es organizada; por la combinación y recomposición crecientemente cerrada del tiempo de trabajo y de vida. Aquí, simplemente a manera de introducción, tenemos algunos elementos posibles de

la nueva definición del proletariado, y lo que deviene claro es que, en todas las secciones donde esta clase está siendo compuesta, es esencialmente *intelectualidad masiva* (*mass intellectuality*). Más —y esto es crucial— otro elemento: en la subsunción científica del trabajo productivo, en la creciente abstracción y socialización de la producción, la forma de trabajo posfordista está volviéndose crecientemente cooperativa, independiente y autónoma. Esta combinación de autonomía y cooperación significa que *la potencialidad empresarial* (*potenza imprenditoriale*) del trabajo productivo está por ende completamente en las manos del proletariado posfordista. El verdadero desarrollo de la productividad es lo que constituye esta enorme independencia del proletariado, como una base intelectual y cooperativa, como una empresarialidad económica. La pregunta es: ¿lo constituye esto como empresarialidad política, como autonomía política?

Sólo podemos intentar una respuesta a esta pregunta una vez que nos hayamos preguntado qué queremos decir por “dinero” en este desarrollo histórico. En otras palabras, en el mundo de hoy, ¿qué sucede con la burguesía como clase y con las funciones productivas de la burguesía industrial? Bien, si lo que hemos dicho sobre la nueva definición del proletariado posfordista es verdad, se sigue que la burguesía internacional ha perdido ahora sus funciones productivas, que está deviniendo crecientemente parasitaria —una suerte de iglesia romana del capital. Se expresa ahora a sí misma sólo a través del comando financiero, en otras palabras un comando que está completamente liberado de las exigencias de la producción —“dinero” en el sentido pos-clásico y pos-marxiano, “dinero” como un universo alienado y hostil, “dinero” como panacea general— lo opuesto del trabajo, de la inteligencia, de la inmanencia de la vida y el deseo. El “dinero” no funciona más como mediación entre trabajo y mercancía; no es más una racionalización numérica de la relación entre riqueza y poder; no es más una expresión cuantificada de la riqueza de las naciones. Frente a la autonomía empresarial de un proletariado que ha abrazado materialmente en sí mismo también las fuerzas intelectuales de la producción, el “dinero” deviene la realidad artificial de un comando que es despótico, externo, vacío, caprichoso y cruel.

Es aquí que el nuevo fascismo se revela a sí mismo —un fascismo posmoderno, que tiene poco que ver con las alianzas mussolinianas, con los esquemas ilógicos del nazismo o la cobarde arrogancia del petainismo. El fascismo posmoderno busca abrazarse a las realidades de la cooperación del trabajo posfordista y busca al mismo tiempo expresar algo de su esencia en una forma que es puesta patas arriba. De la misma manera que el

viejo fascismo imitaba las formas organizacionales del socialismo e intentaba transferir el impulso del proletariado hacia la colectividad en el nacionalismo (nacionalsocialismo o la constitución fordista), así el fascismo posmoderno busca descubrir las necesidades comunistas de las masas posfordistas y transformarlas, gradualmente, en un culto de las diferencias, de la persecución del individualismo y la búsqueda de identidad - todo en un proyecto de crear jerarquías despóticas superpuestas constantemente, inexorablemente dirigidas a ahondar diferencias, singularidades, identidades e individualidades unas contra las otras. Cuando el comunismo es respeto de y síntesis de singularidades, y como tal es deseado por todos aquellos que aman la paz, el nuevo fascismo (como expresión del comando financiero del capital internacional) produce una guerra de todos contra todos, produce religiosidad y guerras de religión, nacionalismo y guerra de naciones, egos corporativos y guerras económicas...

Así, volvamos a la cuestión de "las armas del pueblo". Nos estamos preguntando: ¿qué es esta Constitución que nuestra nueva generación está yendo a tener que construir? Esto es otra manera de preguntar cuáles son los balances de poder, los compromisos, que el nuevo proletariado posmoderno y la nueva clase de empleados multinacionales está teniendo que instituir, en términos materiales, en función de organizar el próximo ciclo productivo de la lucha de clases. Pero si lo que hemos dicho es cierto, ¿tiene aún sentido esta pregunta? ¿Qué posibilidad existe ahora de un compromiso constitucional, en una situación donde un enorme nivel de cooperación proletaria está en el polo opuesto de un enorme nivel de comando externo y parasitario impuesto por el capital multinacional? Una situación en la cual el dinero está en oposición a la producción.

¿Tiene sentido preguntarnos aún cómo pueden ser reciprocamente calibrados derechos y deberes, dado que la dialéctica de la producción no tiene más a los obreros y al capital mezclados en la conducción de la relación productiva?

Podríamos acordar todos en que la pregunta no tiene sentido. Las "armas" y los "dineros" ya no son de forma tal que puedan ser puestos juntos a fin de construir el estado. Probablemente el welfare state representa el episodio final de esta historia de acuerdos entre aquellos que comandan y aquellos que obedecen (una historia que —si hemos de creer a Maquiavelo— nació con el "dualismo de poder" que instalaron los tribunos romanos en relación a la República).

Hoy todo está cambiando en el campo de la ciencia política y la doctrina constitucional: si es el caso de que aquellos que una vez fueron los

“sujetos” son ahora más inteligentes y están más “armados” que reyes y clases empleadas, ¿por qué buscarían una mediación entre ellos?

3. Formas de estado: lo que no es “poder constituyente”

De Platón a Aristóteles y, con algunas modificaciones, hasta los días presentes, la teoría de las “formas de estado” (*state forms*) nos ha llegado como una teoría que es inevitablemente dialéctica. Monarquía y tiranía, aristocracia y oligarquía, democracia y anarquía, cediendo unas a otras, son así las únicas alternativas en las que el ciclo del poder se desarrolla. En un cierto punto del desarrollo de la teoría, Polibio, con indudable buen sentido, propuso que estas formas deberían ser consideradas no como alternativas, sino más bien como complementarias. (Aquí se refiere a la constitución del Imperio Romano para mostrar que había instancias en las cuales diferentes formas de estado no sólo no se contraponían unas a otras sino que podían también funcionar juntas: podían ser funciones de gobierno.) ¡Los teóricos de la constitución americana, junto con aquellos de las constituciones democrático-populares del stalinismo, todos tranquilamente se reconocían a sí mismos como polibianos! El constitucionalismo clásico y contemporáneo, en donde todos los prostituidos del Estado de Derecho felizmente se revuelcan, no es otra cosa que ¡polibiano!, monarquía, aristocracia y democracia, puestas justas, forman la mejor de las ¡repúblicas!

Excepto que el supuesto valor científico de esta dialéctica de las formas de Estado no va mucho más allá de la familiar apologética clásica de Menesio Agrippa, cuya posición fue tan reaccionaria como cualquier otra, dado que implicaba una concepción del poder que era orgánica, inamovible y animal (ya que requiere de las diferentes clases sociales trabajar juntas para construir una funcionalidad animal). ¿Podríamos entonces darlo por perdido como siendo de no valor? Quizás. Pero al mismo tiempo hay un valor en reconocer a estas teorías por lo que son, por la manera en que han sobrevivido sobre los siglos, los efectos que han tenido sobre la historia, y el efecto diario de inercia que ejercen prové un útil recordatorio del poder de la mistificación.

La ideología del marxismo revolucionario también, aunque derribando la teoría de las formas de estado, no obstante termina afirmando su validez. La “abolición del Estado”, *pace* Lenin, asume el concepto de estado tal como éste existe en la teoría burguesa, y se plantea a sí mismo como una práctica de confrontación extrema con esta realidad. Lo que estoy diciendo es que todos estos conceptos —“transición” tanto como “aboción”, la “vía pacífica” tanto como la “democracia de masas”, la “dictadura

del proletariado” tanto como la “revolución cultural”— todos estos son conceptos bastardos porque están impregnados de una concepción del estado, de su soberanía y de su dominación —porque se consideran a sí mismos como medios necesarios y procesos inevitables a ser perseguidos para la captura del poder y la transformación de la sociedad. La dialéctica mistificadora de la teoría de las formas de estado se convierte en la dialéctica negativa de la abolición del estado: pero el núcleo teórico permanece, en la forma absoluta y reaccionaria en que el poder del estado es afirmado. “Toda la misma vieja mierda”, como dijo Marx.

Es tiempo de salir de esta cristalización de posiciones absurdas —a las cuales se les da un valor de verdad exclusivamente por su extremismo. Es tiempo de preguntarnos si no existe, desde un punto de vista teórico y práctico, una posición que evite la absorción en la esencia opaca y terrible del estado. En otras palabras, si no existe un punto de vista que, renunciando a la perspectiva de aquellos que querrían construir la constitución del estado mecánicamente, es capaz de mantener la amenaza de la genealogía, la fuerza de la praxis constituyente, en su extensividad e intensidad. Este punto de vista existe. Es el punto de vista de la insurrección diaria, de la continua resistencia, del poder constituyente. Es un romper con, es un rechazo, es imaginación, todo como la base de la ciencia política. Es el reconocimiento de la imposibilidad, en nuestros días, de mediar entre “armas” y “dinero”, entre el “pueblo en armas” y la burguesía multinacional, entre producción y finanza. Como nosotros comenzamos a dejar el maquiavelismo detrás nuestro, somos firmemente de la opinión de que Maquiavelo podría haber estado de nuestro lado. Estamos empezando a alcanzar una situación donde no estamos más condenados a pensar en política en términos de dominación. En otras palabras, lo que está bajo discusión aquí es la verdadera forma de la dialéctica, la mediación como un contenido de dominación en sus varias diferentes formas. Para nosotros, está definitivamente en crisis. Hemos de encontrar maneras de pensar políticamente más allá de la teoría de las “formas de estado”. Para plantear el problema en términos maquiavélicos, debemos preguntarnos: ¿es posible imaginar la construcción de una república sobre las bases de las armas del pueblo y sin el dinero del príncipe? ¿Es posible encargar el futuro del estado exclusivamente a la “virtud” popular y no al mismo tiempo a la “fortuna”?

4. Construyendo los soviets de la intelectualidad masiva

En el período en que hemos entrado ahora, en el cual el trabajo inmaterial

está tendiendo a volverse hegemónico, y que está caracterizado por los antagonismos producidos por la nueva relación entre la organización de las fuerzas de producción y el comando capitalista multinacional, la forma en la cual el problema de la Constitución se presenta, desde un punto de vista de la intelectualidad masiva, es el de establecer cómo puede ser posible construir sus soviets.

A fin de definir el problema, comencemos remarcando algunas de las condiciones que hemos asumido antes.

La primera de estas condiciones deriva de la hegemonía tendencial del trabajo inmaterial y así de la reapropiación cada vez más profunda del conocimiento técnico-científico por el proletariado. Sobre esta base, el conocimiento técnico-científico no puede ser más puesto como una función mistificada de comando, separada del cuerpo de la intelectualidad masiva.

La segunda condición deriva de lo que referí más arriba como el fin de toda distinción entre vida de trabajo y vida social, entre vida social y vida individual, entre producción y forma de vida. En esta situación lo político y lo económico devienen dos lados de la misma moneda. Todas las miserables viejas distinciones burocráticas entre sindicato y partido, entre vanguardia y masa, y así sucesivamente, parecen desaparecer definitivamente. La política, la ciencia y la vida funcionan juntas: es en este marco que lo real (*il reale*) produce subjetividad.

El tercer punto a considerar emerge de lo que ha sido dicho más arriba: en este terreno la alternativa para el poder existente es construida positivamente a través de la expresión de potencia (*potenza*). La destrucción del estado puede ser encarada sólo a través de un concepto de reapropiación de la administración. En otras palabras, una reapropiación de la esencia social de la producción, de los instrumentos de comprensión de la cooperación productiva y social. La administración es riqueza consolidada y puesta al servicio del comando. Es fundamental para nosotros reapropiarnos de esto, reapropiándolo por medio del ejercicio del trabajo individual puesto en una perspectiva de solidaridad, en la cooperación, en función de administrar el trabajo social, en función de asegurar una reproducción siempre más rica del trabajo inmaterial acumulado.

Aquí, por consiguiente, es donde los soviets de la intelectualidad masiva nacen. Y es interesante notar cómo las condiciones objetivas de su emergencia armonizan perfectamente con las condiciones históricas de la relación antagónica de clase. En este último terreno, como sugerí más arriba, no hay ninguna posibilidad más de compromiso constitucional. Los soviets serán definidos por ende por el hecho de que expresarán

inmediatamente la potencia, cooperación y productividad. Los soviets de la intelectualidad masiva darán racionalidad a la nueva organización del trabajo y harán al universal commensurable con él. La expresión de su potencia será sin constitución.

La República constituyente no es entonces una nueva forma de constitución: no es ni platónica ni aristotélica ni polibiana, y quizás no es más ni siquiera maquiavélica. Es una República que viene antes del estado, que viene fuera del estado. La paradoja constitucional de la República constituyente consiste en el hecho de que el proceso constituyente nunca se cierra, que la revolución no alcanza un fin, que la ley constitucional y la ley ordinaria remiten a una fuente única y son desarrolladas unitariamente en un único procedimiento democrático.

Aquí estamos, finalmente, ante el gran problema del cual todo parte y hacia el cual todo tiende: la tarea de destruir la separación y la desigualdad y el poder que reproduce la separación y la desigualdad. Ahora, los soviets de la intelectualidad masiva pueden plantearse a sí mismos esta tarea, construyendo, por fuera del estado, un mecanismo en el cual una democracia de todos los días pueda organizar la comunicación activa, la interactividad de los ciudadanos, y al mismo tiempo producir subjetividades cada vez más libres y complejas.

Todo lo anterior es sólo un comienzo. ¿Es quizás demasiado general y abstracto? Ciertamente. Pero es importante que comencemos una vez más a hablar sobre el comunismo –en esta forma–, en otras palabras, como un programa que, en todos sus aspectos, vaya más allá de las miserables reducciones que hemos visto actualizadas en la historia. Y el hecho de que es sólo un comienzo no lo hace menos realista. La intelectualidad masiva y el nuevo proletariado que ha sido construido en las luchas contra el desarrollo capitalista y a través de la expresión de potencia constitutiva están comenzando a emerger como verdaderos sujetos históricos.

El momento de lo nuevo, del nuevo acontecimiento, del “*angelus novus*” –cuando lleguen– aparecerá repentinamente. Entonces nuestra generación puede construir una nueva constitución. Salvo que no será una constitución.

Y quizás este nuevo acontecimiento ya ha ocurrido.

Nueva revolución, nueva democracia*

Hugo Calello / Rubén R. Lozano



“La crítica debe desconocer la historia tal como se ha desarrollado realmente, porque reconocerla significaría ya reconocer la masa vil, en su maciza cualidad de masa, mientras, en cambio, se trata precisamente de la liberación de la masa respecto de su condición de masa.” C. MARX- F. ENGELS, *La Sagrada Familia*.

“Por cierto que el arma de la crítica no puede sustituir la crítica de las armas, y el poder material debe abatirse por medio del poder material; pero también la teoría se convierte en poder material cuando se adueña de las masas.” CARLOS MARX. *Crítica a la Filosofía del Derecho*.

1. Lo nuevo, lo ilusorio y lo anacrónico

Hace 150 años Marx sintetiza en el Manifiesto una nueva filosofía, una radical reinterpretación del mundo en la cual pone al hombre como sujeto real del conocimiento, y descubre las claves de una sociedad dominada por un sistema social y político que produce la desigualdad sustentada en la alienación del trabajo y por la tanto la disolución del hombre como ser social, y su reducción a individuo objeto de intercambio, es decir, a su negación como sujeto que construye la historia.

El capitalismo, a través primero del liberalismo y en su fase actual o tardía desde el neoliberalismo ha logrado, aparentemente, fortalecer un orden político, sobre todo luego de la caída del “muro de Berlín”, y la

* Este ensayo fue redactado por los autores sobre la base de los informes de avance del proyecto de investigación “Discurso político y nuevos espacios democráticos en América Latina”. Proyecto interdisciplinario e interlatinoamericano en el cual se articulan: el Instituto de Investigación de la Universidad Central de Venezuela (C. Kohn, D. Hernández), la Unidad de Investigación del CBC (H. Calello, S. Neuhaus, R. Lozano, P. Brodsky) UBA, el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales UBA (E. Oteiza, R. Aruj). Además de los citados nuclea a otros treinta investigadores y se desarrolla dentro del ámbito académico. Por sus características teórico-metodológicas aspira a producir ensayos, que como el presente, nos aproximen a la posibilidad de colocarnos en el escenario del debate político entre los grupos y partidos que luchan por la transformación de nuestra sociedad.

dispersión del imaginario mundo del “socialismo real”. Sin embargo, podemos comprobar como ni la desigualdad, ni la violencia política, ni la explotación han sido superadas, sino que se han transformado, se han reproducido transnacionalmente y son presencia dominante por lo menos en dos tercios del planeta. Estos aspectos, son la condición y la consecuencia de una sociedad globalizada que cada vez define con mayor nitidez los dos polos que la integran y la sostienen en su dimensión actual : el de la concentración del poder, la civilización, la riqueza y del consumismo y el que concentra la pobreza, la degradación de la civilidad, la sumisión y la ilusión del consumismo.

El mantenimiento de esta desigualdad requiere de la conformación de una nueva legitimación ideológica, un Imaginario capitalista que tiene que inventar, tanto una realidad sustitutiva como las fantasías y las esperanzas para las grandes mayorías de los despojados. Por lo tanto, se hace necesario anunciar el fin de una época, resaltar la presencia avasallante de “lo nuevo”.

La búsqueda afanosa de “lo nuevo”, la ruptura de toda continuidad y toda memoria es el signo de la época. Los “viejos” símbolos de lucha y utopía se presentan como caducos, dando paso a una realidad que se mantuvo sometida por las grandes narraciones de la historia, por una “épica” de las luchas sociales. Lo nuevo es celebrado en tanto irrumpió como insólito, inesperado, grotesco o sublime “accidente” que debe emerger de lo caótico, de lo abismal.

El fin del milenio es apocalíptico. Debe ser así, y así es expandido por las usinas de la industria cultural : los medios de comunicación masiva. El Imaginario de la sociedad planetaria, para mantener su hegemonía, exige la abolición de todo aquello que asfixiaba la “nueva libertad”. La libertad de no oponerse a un devenir inmanente, que nos sobredetermina.

Sin embargo, lo “nuevo”, expresa, fundamentalmente, la recuperación de las viejas filosofías de la negación nihilista, de la abolición de la subjetividad creativa, radicalmente crítica, revolucionaria.

Son las ideas y las prácticas sociales que desde las múltiples instancias, proclaman la muerte de las ideologías y al mismo tiempo mistifican la cuestión de la democracia real, estigmatizada como “Utopía social” superada por la fuerza de los “hechos”.

El filósofo ítalo-argentino Rodolfo Mondolfo sostiene que la cualidad fundamental del marxismo reside en constituirse en “praxis que se revierte” en su propia subjetividad en la medida que destruye y reconstruye la realidad. Asimismo, como plantea Antonio Gramsci, esta condición de teoría y práctica subjetivizada es la que apunta a la totalidad y a la

historicidad. Aspectos que necesariamente deben ser destituidos y desconsiderados por la explicación fragmentadora, cosificadora que sustenta la Hegemonía del Discurso Político dominante.

El poder de este discurso se asienta en su capacidad para lograr que las sociedades sean “gobernables”, es decir, permitirían la reconstitución político-ideológica, legitimando de esta manera las relaciones sociales capitalistas en su actual fase de acumulación “globalizada”

Según el sociólogo norteamericano Edward Shils en los países más avanzados y dominantes de la sociedad global, la gobernabilidad se define por la capacidad de gobernar con una legitimidad eficaz, sobre una sociedad en la cual hay una región humana en situación de lumpen proletariado, por lo tanto inorgánica, disidente y no integrable, creciente, pero *siempre muy minoritaria*.

En América latina se trata de lograr la constitución de un régimen político eficaz, más allá de su legitimidad democrática, que garantice el mantenimiento de cierto orden y estabilidad, en una sociedad caracterizada por una permanente y creciente exclusión social de importantes sectores de la población.

La cuestión de la gobernabilidad, en el actual contexto político, destaca los siguientes rasgos: En el primero es una sutil perversión de la democracia, destinada a afirmar tanto su estabilidad relativa como su imagen consensualizante.

En el segundo, es una radical perversión de la democracia destinada a lograr un funcionamiento de la sociedad, que aún dentro de su desorden, inestabilidad y violencia, la mantenga funcionalmente integrada en la sociedad global.

Así, el “discurso hegemónico” ejerce su dominio desde la producción-reproducción de un orden político que construye su poder a través de una cosmovisión cosificadora, de una cultura conformista, inductora del goce de la ilusión consumista.

La continuidad de la hegemonía, que logra una aceptación generalizada de la sociedad a través de un imaginario que asentado en el “sentido común”, destaca su “semblante democrático”

Este “semblante” funciona adecuadamente en tanto es construido por fuerzas sociales y políticas que resguardan el mantenimiento de un poder económico cada vez más invisible e incontrolable en su verdadera dimensión “mafiosa”.

Esta nueva forma de constituir la política se despliega como lógica inherente de un capital que requiere para su reproducción de grandes maniobras económico-financieras vinculadas directamente a la corrupción,

dentro de un vaciamiento ético político. Este capital se expande y participa activamente en la conformación de los actuales monopolios de los medios de comunicación de masas.

Se universaliza mediáticamente una fórmula ideológica clave para mantener un consenso pasivo: la *banalización de la política*.

Esta impregnará al conjunto de las organizaciones políticas tradicionales, generando nuevos tipos de caudillismo, en tanto formas más difusas como evidencias de poder, pero más seductoras y efectivas, basadas en el carisma de sus líderes construidos a la medida de esta nueva y compleja globalización perversa del poder. Menem y Fujimori en distintos contextos regionales son ejemplos a la vez bizarros y paradigmáticos de la emergencia de la “nueva política”.

La invisibilidad de este complejo control hegemónico, es lo que permite una mayor concentración del poder en un Estado aparentemente minimizado, que permanentemente toma decisiones autoritarias mas allá del control formal del parlamento.

Afrontar y confrontar el poder del Discurso Político Hegemónico (DPH) en su presente complejidad, tanto en sus fundamentos filosóficos e ideológicos, como en sus prácticas cotidianas, es una condición fundamental para pensar una “nueva democracia” y los espacios que constituyen su orden político-social.

Desde esta perspectiva, a continuación, vamos a desarrollar nuestras propuestas centrales de investigación crítica.

2. Cinco tesis sobre los nuevos espacios democráticos

TESIS UNO (pensar la democracia)

El pensar la democracia como “Nuevo Espacio Democrático” (NED) tiene un doble sentido:

Confrontar críticamente, desde la reflexión praxística historicista la dimensión de la democracia ilusoria impuesta por el Discurso Político Hegemónico de la sociedad capitalista a través de la ideología del sentido común, y las trágicas fundamentaciones del discurso Político Dictatorial sobre la “democracia socialista” impuesta en el pasado por más de medio siglo de violencia y autoritarismo stalinista.

Repensar la democracia desde la configuración de una nueva sociabilidad política en la cual ésta se construya como articulación libre e igualitaria, entre los sujetos históricos que voluntaria y activamente se adscriben al espacio.

El concepto de sociabilidad política se refiere a la conciencia de que todo sistema de relaciones sociales supone en forma explícita o implícita una referencia al poder. No sólo a las relaciones de poder moleculares cotidianas, sino fundamentalmente, al poder político (tanto el del Estado, como el resto de las instancias que lo ejercen) que generan las prácticas sociales necesarias para mantener la dominación hegemónica. Se trata de poner en evidencia la fractura entre *sociedad política* y *sociedad civil*, la intangibilidad de la primera (constituida por los que participan realmente y ejercen el poder), y la subordinación de la segunda, condenada a una exclusión permanente en sus derechos a la participación y en sus prácticas con relación al poder.

Nuevamente, una propuesta de A. Gramsci permitiría dar cuenta de esta realidad en Latinoamérica. Se trata de reconocer la necesidad de la disolución de la primera (sociedad política) en la segunda (sociedad civil), es decir, la refundición del poder político en la civilidad. Asumir la democracia como utopía (idea guía) de un proceso articulador de la lucha por la libertad y la igualdad, que desplazando al individuo abstracto de la teoría liberal, comprometa a los sujetos históricos reales, en la transformación revolucionaria de las prácticas político-sociales.

Así analizaremos el “lado oscuro del ejercicio del poder”. Es decir, detectar el proceso de construcción de la hegemonía, constituida y es perdurable mientras se pueda ejercer desde el dominio sobre la sociedad y no desde ella, porque en el escenario real sería demasiado evidente su coacción sobre las clases sociales oprimidas. Si así fuera perdería su intangibilidad, simulada en la “equidad” neoliberal, y por lo tanto la posibilidad de gobernar.

TESIS DOS (hegemonía, discurso y subjetividad)

El ejercicio de la dominación de un Discurso Político, en el marco de la democracia liberal y neoliberal depende de su carácter hegemónico, es decir de su capacidad de imponer sistemas de representación social, (en tantos modelos de acción social), y valores culturales consensuales a la dirección política de la sociedad que se ejerce desde el gobierno ,a través del aparato estatal.

El mantenimiento de esta hegemonía tiene en el ámbito cultural dos puntales estratégicos:

a) La degradación de una ética del compromiso por la libertad social y política.

b) La desubjetivación, (en tanto subjetividad como memoria, historicidad en relación con el otro), o sea la aniquilación del sujeto construido histó-

ricamente a través de su reducción a la nueva barbarie del no pensamiento, a la sumisión a las consignas consumistas, a la parálisis frente dominio de los que ejercen el poder con autoritarismo.

La hegemonía reafirma su vigencia a través de un consenso que implica la aceptación acrítica de esta democracia como "imperfecta", pero perfectible, en la medida que nos dejemos llevar por la "inmanencia de la naturaleza del devenir". Una democracia abierta que "navega" en la emergencia de lo nuevo, como esperanza de ruptura imprevisible desde lo abismal o lo caótico.

Por el contrario, la constitución de lo nuevo, en el Nuevo Espacio Democrático (NED), es una reconstrucción que surge de la reflexión activa praxística, desde el sujeto constituida sobre el trabajo, y desde él alienada, en tanto fórmula de poder originaria en el capitalismo, y vigente más allá de las máscaras del semblante democrático que desde la hegemonía disfraza el despotismo del poder neoliberal.

TESIS TRES (nuevo espacio democrático y cambio radical)

Lo nuevo debe surgir desde la confrontación praxística con el "imaginario opresor" de la sociedad en el presente. Sin embargo la operación actual implica poner en evidencia el proceso de construcción y mantenimiento de la fantasía que impone una concepción de la democracia servidora del sistema de relaciones sociales y políticas que sostienen la dominación capitalista.

Así los NEDS deben reconstruir tanto la dimensión de una democracia real, como la concepción de lo nuevo en tanto cambio radical y transformador. Un obstáculo fundamental para desarrollar este proceso es la paradoja de una globalización homogeneizante en la ideología del consumismo, pero fragmentadora del inmenso universo de las clases subalternas. Así emerge una diversidad molecular y heterogénea cuyas explosiones coyunturales son utilizadas con astuta ambigüedad por Discurso Político Hegemónico (DPH), señaladas como subversivas o desestabilizadoras o mistificadas como la "nueva forma de las revoluciones que conducen hacia la democracia".

Los piqueteros, los fogoneros, los saqueadores populares y todos los actos de desesperación y de búsqueda de justicia son formas elementales y dignas de protesta, pero también son y han sido episódicas y habituales en la historia de la opresión.

La exaltación de identidad autónoma de la diversidad genera la ficción seductora de la nueva libertad sin pasado, ni futuro, una eficaz función

complementaria del DPH, en tanto refuerza los valores político-culturales instituidos en la sociedad.

Para la Teoría Crítica Marxista (TC), desde la cual trazamos estas tesis, en una sociedad basada en la usurpación individual del trabajo social, la diversidad se define como un espacio específico dentro la clase subalterna. En la correlativa sociabilidad política, constituida sobre esta usurpación, el “diverso” que es tanto segregado como discriminado y oprimido.

TESIS CUATRO (diversidad, identidad oprimida y subalternidad)

Para la TC el diverso es exaltado, oprimido y segregado no sólo por DPH, sino también, por la mayoría de la sociedad, dado que este debe ser mantenido “como tal” porque sintetiza todo lo negativo que el discurso dominante necesita para construir y reconstruir aquellos fantasmáticos referentes (chivos expiatorios), que permiten someter a la clase subalterna al consenso rutinario.

Este diverso es reconocido y aceptado en la medida que despliegue una identidad reducida, encerrada sobre sí mismo que acentúe los procesos de fragmentación político-sociales, identidad vaciada de capacidad confrontativa, impedida de articulación opositora de los valores hegemónicos de la organización social vigente. Diverso que sin embargo permite la afirmación de una idea general ordenadora de un proceso uniformante.

La constitución de este diverso está impregnado de un espíritu cosificador, que reproduciendo una dinámica centrada en la semejanza, anula la posibilidad de ejercer una intervención práctico crítica.

Solo el reconocimiento de su identidad dentro de la opresión global de toda la clase subalterna puede afirmar positivamente su diversidad. Este reconocimiento es el punto de partida para configurar los nuevos espacios democráticos y la construcción del un Discurso Político Contrahegemónico (DPC). Así NEDs y DPC, serán niveles de constitución de una nueva sociabilidad política, desde la unidad entre un nuevo tipo de acción sociopolítica y la reconstrucción de una ética de la libertad y la igualdad.

TESIS CINCO (praxis que revierte la clase subalterna)

La construcción de un DPC, debe superar la horizontalidad y la molecularidad de los discursos que son aparentemente contrahegemónicos. Estos discursos postulan el reconocimiento de la diversidad, para asegurar y reafirmar su convivencia con las prácticas sociales que fundamentan y constituyen el imaginario reduccionista de la democracia liberal.

El DPC solo puede constituirse a partir de la confrontación ético-política con las prácticas hegemónicas que configuran la realidad. En este sentido, el objetivo de reconstruir la democracia no puede reproducir la fragmentación de los espacios sociales oprimidos. Por el contrario, debe articular las múltiples opresiones en un contradiscocurso político desde la totalidad de la clase subalterna. Solo así se podrá generar una praxis capaz de reconstruirse a sí misma en la dirección de una democracia asentada en una plena participación político-social.

Comentarios finales

La lucha por la libertad, por la igualdad, contra la discriminación y la exclusión, le plantea a los potenciales espacios democráticos de las clases subalternas, una doble instancia en la cual profundizar y expandir su vigencia o diluirse en la inoperancia hasta su extinción.

Fundamentalmente en Argentina (y en menor medida en otros países latinoamericanos), las prácticas del terrorismo de Estado y su continuidad relativa en la corrupción económica y moral del neopopulismo liberal han producido una profunda commoción en la prácticas discursivas de la sociedad y han abierto una brecha potencialmente contradiscursiva en determinados sectores del poder mediático, en general, al servicio de una globalización masificante.

Argentina vuelve singularizarse en relación con Perú, Venezuela, México y Colombia.

En Argentina el terrorismo de Estado fue un régimen no hegemónico vertical y genocida, en Perú en cambio parece haberse "legalizado" a través de sus acciones episódicas, pero claves y su presencia siempre latente como garantía de la hegemonía de las clases dominantes a través de Fujimori.

En Venezuela la fuerte escalada de la violencia delictiva produce una correlativa inseguridad y caos político social. En Colombia el avance de la violencia narcomafiosa, como así también el desarrollo de la guerrilla política político-guerrillera colocaría el 40% del territorio nacional fuera del control del gobierno central. En ambos países a la corrupción y escasa profesionalización de la policía, guardias nacionales, y fuerzas armadas en general, perfilan una situación en la cual la violencia molecular se esparce e impregna a la sociedad y la paraliza, disolviendo su civilidad en feroces luchas de las facciones que se confrontan por el poder y promueven la tendencia a la búsqueda de despotismos ordenadores de las sociedades caotizadas.

En México desde la emergencia del movimiento del diverso indígena de Chiapas y la inteligente política mediática del Subcomandante Marcos, la secular dominación del PRI, que siempre combinó armónicamente hegemonía y terrorismo desde el poder, se resquebraja irreversiblemente, y aumenta la necesidad de formas episódicas, pero cada vez más frecuentes de terrorismo militar y paramilitar desde el Estado.

En este contexto, sectores importantes de la sociedad han entrado en un debate crítico en el cual la recuperación de la memoria censurada, la subjetividad y la voluntad han sido objetivos fundamentales de reflexión y acción. Sin embargo este debate sufre los múltiples intentos de banalización, despolitización y degradación desde la pantalla defensiva del sentido común, eje del poder de los medios de comunicación.

Por lo tanto, este debate permanente solo será una confrontación desde un “discurso contrahegemónico” en tanto logre desarrollar una praxis revertidora de la direccionalidad del “discurso dominante”. Una praxis política que se extienda más allá de:

—las organizaciones que intentan recuperar la memoria del genocidio y enjuiciar a los ideólogos, verdugos y cómplices;

—de aquellos espacios que dentro de la subalternidad se han definido por la reivindicación de sus derechos desde el reconocimiento de haber sido discriminados;

—de aquellos sujetos y o instituciones que sin estar específicamente definidos por los anteriores, se identifican ideológicamente y operan políticamente contra la reivindicación de las exclusiones y la opresión que sufren las clases subalternas.

Como dijimos al comienzo, a 150 años de la publicación del *Manifiesto*, el pensamiento de Carlos Marx mantiene su lucidez crítico interpretativa. Su propuesta actualizada es la praxis política que revierta la pasividad de la clase subalterna desde la lucha la por la construcción de una democracia real cuyos valores y prácticas sólo pueden concretarse a través de la vigencia del socialismo.

Buenos Aires, septiembre de 1998

EL Rodaballo

Revista de política y cultura





Estado, clase y ciudadanía



A principios del año en curso el Foro de Debate Socialista organizó en Buenos Aires un debate sobre el tema del título que contó con la participación del historiador Horacio Tarcus, el sociólogo Hugo Calello y el dirigente político Angel Fanjul. Dicho debate contó con una amplia participación del público asistente, entre los que se contaban dirigentes sindicales, intelectuales y militantes políticos de diversas tendencias. Recogiendo el entusiasmo despertado por las intervenciones y el debate posterior *Cuadernos del Sur* entrevistó a los panelistas. Lo que sigue es el resultado de dichas entrevistas al que hemos agregado la realizada a E. M.-Wood en Nueva York con la colaboración de la feminista Mabel Bellucci.

Entrevistas

Horacio Tarcus

CdS: En un reciente debate realizado en el Foro de Debate Socialista usted se refirió a la noción de ciudadanía, desde una perspectiva socialista, partiendo de la clásica contraposición del joven Marx entre clase y ciudadanía, entre emancipación política y emancipación humana. Sin embargo, la incorporación de contenidos sociales a la noción de ciudadanía, especialmente durante la posguerra, suscitó una suerte de revalorización de la noción de ciudadanía por parte de sectores de izquierda. ¿Qué opina sobre dicha revalorización? ¿Qué relación establecería entre clase y ciudadanía? ¿Y qué relación establecería entre otras identidades —la de género, por ejemplo— y ciudadanía?

HT: La cuestión de las relaciones entre la tradición socialista y la tradición democrática, que se remonta en el tiempo un siglo y medio atrás, es crucial, tanto desde una perspectiva teórica como política, para que el pensamiento socialista logre salir creativamente de ciertos callejones sin salida en que ha quedado encerrado. Eludir, por un lado, cierta apelación ritual a los textos clásicos del marxismo, sumada a una concepción antidemocrática (en verdad, elitista, sustituita) de la política. Eludir, por otro, cierto eclecticismo, que sin dejar de reivindicar el paradigma marxista, enfatiza (*en paralelo* a una concepción clasista de la sociedad) la importancia de las luchas democráticas en las sociedades modernas, la relevancia de ampliar o recuperar derechos ciudadanos, etc. No voy a poner aquí en discusión la importancia y la relevancia de estas cuestiones, que doy por descontadas para todos los que abordamos el debate. Lo que pondré en cuestión son tanto los riesgos del dogmatismo (para el cual todo acaecer real no

es más que la eterna confirmación de su doctrina) como los riesgos de la escisión ecléctica (pensamos el conflicto capital/trabajo desde el paradigma marxista, y *paralelamente*, la cuestión ciudadana desde el paradigma democrático/capitalismo por allí, sociedad civil más allá...). Esta escisión no sería más que la confesión de que desde el marxismo no puede pensarse la democracia. Voy a sostener aquí lo contrario: el paradigma democrático es ciego al conflicto de clase, carece de cualquier teoría de la dominación y la explotación (o, si se quiere, sólo las admite como límite, o por fuera o como amenaza del orden democrático). El marxismo, en cambio, al menos en sus vertientes más ricas, no es sólo una crítica del orden capitalista, sino que es simultánea e inescindiblemente, una crítica a la concepción moderna de la representación política, esto es, una crítica a los conceptos mismos de escenario político, Estado o ciudadanía.

Me remitiré aquí, en aras de la brevedad, a los textos de Marx. En los textos de juventud (*Introducción a la Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel* y *La cuestión judía*, 1843-1844), Marx, embarcado en su primer programa teórico-político —la crítica de la filosofía política de Hegel—, formula una teoría de la dominación moderna sobre la base de la escisión entre el hombre y el ciudadano. Las revoluciones burguesas y la consiguiente “emancipación política” habían representado un “gran progreso” histórico: el tercer estado había luchado por la abolición de los privilegios del antiguo régimen, esto es, por el establecimiento de principio de ciudadanía, por la igualdad de derechos. El Estado moderno ya no es el Estado de una clase o un estamento: es un Estado como entidad abstracta e impersonal donde se han abolido las antiguas significaciones de religión, origen rango, educación o clase social. Cada ciudadano, un voto. Cualquier ciudadano puede ser elegido representante. Pero la emancipación política, nos viene a decir Marx, no es todavía la emancipación humana. En verdad, no es más que la emancipación de la política por parte de la sociedad civil (en otros términos, una economía mercantil exenta de cualquier límite político, librada a su propia lógica, posibilitada de su máxima expansión), así como la emancipación de la política con respecto a la sociedad (un Estado cada vez más abstracto e impersonal). Cuando más lejos llegaba el “materialismo” de la sociedad civil, tanto más lejos llegaba el “idealismo” del Estado. Es en la separación, propia de las revoluciones burguesas, entre la sociedad civil y el Estado, el derecho privado y el derecho público, la economía y la política, entre el hombre y el ciudadano, entre los derechos del hombre como distintos de los derechos del ciudadano, que se funda la dominación moderna. El poder teocrático es reemplazado por un poder civil, no obstante la escisión moderna entre una esfera material, real (la sociedad civil) y una esfera formal (el Estado) reinstaura la conciencia religiosa bajo una forma laica. Así como en la religión la igualdad de los hombres a los ojos de Dios escondía la desigualdad social en el reino de esta tierra, en las sociedades modernas la igualdad ciudadana de los hombres en la esfera político-estatal vela, al mismo tiempo que legitima, la desigualdad real de los hombres en la esfera de la

sociedad civil. En suma, los textos de juventud de Marx muestran, inequívocamente, a la ciudadanía como una figura de la moderna dominación burguesa. Para el joven Marx, la emancipación (no ya política sino) humana, esto es, la revolución comunista, significa la reintegración del hombre y el ciudadano, la reabsorción por parte de la sociedad de las fuerzas políticas alienadas en el Estado, en un escenario donde ya no puede hablarse, *sensu strictu*, de Estado ni de sociedad civil, sino de comunidad humana.

Es sabido que Marx sólo formuló posteriormente a estos textos su concepción materialista de la historia (1845-1846). Estamos ya en los textos de transición hacia el llamado Marx maduro, el que abandona de algún modo el proyecto juvenil de crítica de la política y formula un nuevo programa, el de la crítica de la Economía Política. El producto de mayor envergadura de este nuevo programa es, sin lugar a dudas, *El Capital*. Muchos autores, a partir de Althusser, sostienen la discontinuidad radical entre ambos momentos. Aunque no puedo fundamentar textualmente esto aquí, sostengo contrariamente que en esta nueva etapa, Marx se aboca a desarrollar una *teoría de la explotación* (capitalista), como fundamento a su *teoría de la dominación* ya formulada en sus textos de juventud. Brevemente, el primer proyecto lo condujo al segundo: la crítica de la política y el Estado lo condujo a la conclusión de la primacía metodológica de la sociedad civil. Identificado el fundamento material en la esfera de la economía, estaban sentadas las bases para el nuevo proyecto, de crítica de la Economía Política. En *El Capital* (México, FCE, 1946, I, pp. 128-129), por ejemplo, Marx recupera y reformula su esquema de "La cuestión judía", cuando distingue la esfera de la circulación de la esfera de la producción. La primera, que se corresponde con el orden apariencial, manifiesto, con la "ruidosa escena" de la compra y de la venta, es aquella en que los hombres aparecen como propietarios libres, donde todos tienen algo para vender (aunque más no sea, su fuerza de trabajo). Es éste, dice Marx, "el paraíso de los derechos del hombre", donde reinan la libertad (de comprar y vender, la libertad de contratar), la igualdad (porque las mercancías se intercambian por su valor), y la propiedad. En la esfera político-estatal los hombres aparecían como iguales jurídicamente, en tanto ciudadanos (en tanto despojados, precisamente, de sus cualidades humanas y sociales). En la esfera de la sociedad civil, los hombres aparecen también, complementariamente, como libres e iguales, como poseedores de mercancías que intercambian y contratan libremente. Es sólo descendiendo "al taller oculto de la producción", trascendiendo la esfera de la circulación, del intercambio de equivalentes, como puede desentrañarse el misterio de la producción capitalista, pues la forma salario propia de la esfera del cambio, vela la diferencia entre el valor de cambio y el valor de uso de la fuerza de trabajo, sólo comprensible en la esfera de la producción material. Develado el secreto a partir de la crítica de la Economía Política, la teoría del plusvalor provee, finalmente, una *teoría de la explotación* como fundamento para cualquier teoría de la dominación moderna.

En definitiva, el fundamento de la escisión entre el hombre y el ciudadano Marx lo encuentra en la relación de capital, esto es, en la relación entre el capital y el trabajo, en la producción de excedente social y en la forma de su apropiación. “La relación directa existente entre los propietarios de las condiciones de producción y los productores directos —relación cuya forma corresponde siempre de modo natural a una determinada fase de desarrollo del tipo de trabajo y, por tanto, a su capacidad productiva social— es la que nos revela el *secreto más recóndito*, la *base oculta* de toda la construcción social y también, por consiguiente, la forma política de la relación de soberanía y dependencia; en una palabra, de cada forma específica de Estado” (*El Capital*, cit., III, p. 733, subrayado de HT).

CdS: *La ofensiva neoconservadora contra las conquistas sociales preexistentes parece establecer una hegemonía donde la noción de ciudadanía es despojada de aquellos contenidos sociales y reconducida a su contenido meramente político-electoral. ¿Qué papel juegan las nociones de clase y ciudadanía en la lucha contra esta hegemonía neoconservadora? ¿Y las otras identidades?*

HT: La teoría marxiana de la explotación capitalista (teoría del plusvalor) fue, sin lugar a dudas, el principal aporte de Marx a una teoría de la dominación moderna. Su influjo sobre el pensamiento emancipatorio y la acción política del siglo XX ha sido decisivo. Sin embargo, también tuvo efectos negativos, acaso no deseados por su autor, en un sentido economicista y reduccionista de clase. El marxismo vulgar, de trocha angosta, tendió a desplazar toda la problemática de la dominación moderna a la problemática de la explotación. Redujo, simplemente, una a la otra. De ahí la concepción nefasta de que, liberada la humanidad de la explotación del capital, desaparecería por consiguiente toda forma de dominación humana. Los “socialismos reales” constituyeron una prueba flagrante del fracaso de esta perspectiva: abolieron el dominio del capital, pero al costo de inaugurar otra forma de dominación social (y también de explotación).

Hoy, los marxistas, tenemos la responsabilidad de ser enfáticos en este punto: las múltiples formas de dominación, sean tradicionales o modernas, no son reductibles a la explotación capitalista. Es innegable que, aunque tengan orígenes distintos, algunas formas de dominación pueden ser compatibles o funcionales entre sí, y articularse de un modo u otro. Así, por ejemplo, la dominación patriarcal es distinta e incluso anterior al capitalismo, pero ha logrado, según culturas y momentos históricos, articularse con él. El propio sistema capitalista ha obtenido de la subordinación de la mujer (trabajo invisible, salarios más bajos, etc.), aún en términos estrictamente económicos, un *plus* de beneficio. Dada esta articulación, creo que también deben articularse, para potenciarse mutuamente, las luchas anticapitalistas con las luchas antipatriarcales. Sin embargo, una no se reduce a la otra: como ha mostrado Ellen Meiksins-Wood, el orden patriarcal puede sobrevivir al capitalismo, pero también el capitalismo podría funcionar idealmente sin la dominación patriarcal.

En lo que hace a la dominación política, creo que hay que distinguirla, pero

jamás escindirla, de la dominación del capital. Todos los momentos históricos de expansión capitalista e integración social (por ejemplo, Europa, Estados Unidos y buena parte del mundo entre 1890 y 1914; casi todo el mundo entre 1945 y 1975) coincidieron con la expansión de la ciudadanía, desde la conquista de derechos políticos (sufragio “universal” —masculino— primero, sufragio de las mujeres en la posguerra, derecho de huelga, derechos de sindicalización, derechos sociales, derechos a la no discriminación, etc.). En estos momentos el paradigma democrático ejerce una fuerte presión sobre el pensamiento socialista, en un sentido que podríamos resumir discursivamente así: no se trata de abolir el derecho, sino de ampliar los derechos; no se trata de cuestionar la figura del ciudadano, distinta de la figura del hombre o del trabajador, sino de luchar por incorporar cada vez mayores contenidos sociales a la ciudadanía, hasta sobrepasar su inicial sentido político; no se trata, en suma, de impugnar el sistema democrático, sino de expandirlo, incluso más allá de los límites tolerados por el capital.

Creo que la estrategia que ensayó desde 1983 parte de la izquierda, hoy integrada dentro del “progresismo” o del “centroizquierda”, se inspiró en este paradigma. Creo que quince años de experiencia de “transición democrática” en nuestro país es un tiempo suficiente como para ensayar un balance crítico del fracaso de esta perspectiva. La “transición democrática” se consumó, y se resolvió en un orden político como el presente, signado por la (quizás) mayor despolitización y apatía de masas en lo que va del siglo XX. Dentro de los parámetros de la democracia procedural, no puede negarse que vivimos en un régimen democrático estable. En los ‘80 “todos fuimos democráticos”, y la democracia no tardó en volverse en contra nuestra. Dentro del sistema democrático, y sin violar la observancia de sus reglas, continuaron reproduciéndose las relaciones asimétricas en la sociedad. Todos fuimos, por fin, ciudadanos libres e iguales, pero, parafraseando a George Orwell, algunos fueron más ciudadanos que otros. En nombre de la Democracia se buscó desactivar el movimiento de derechos humanos, se domesticó a los sindicatos, se reprimieron huelgas y manifestaciones. A nivel internacional, en nombre de la Democracia se decretaron bloqueos comerciales a Nicaragua o Cuba, se llevaron a cabo invasiones militares a Granada o Haití, se libraron guerras internacionales como la del Golfo.

Como ha planteado agudamente el catalán Juan Ramón Capella, el concepto de ciudadanía encierra una ambigüedad. De una parte, está la *ciudadanía como fuente de legitimidad*, lo que remite a luchas históricas, seculares, detrás de determinados objetivos. Son estas, sin duda pretensiones *legítimas*, que cuando son restringidas o violadas, movilizan a las masas por la defensa de sus derechos conquistados. Pero aquí un problema: “Los derechos iguales. Parecen entes claros, sólidos, geométricos. La gente ha luchado y ha sufrido por conseguirlo y sufre aún por defenderlos. O mejor, ha luchado y ha sufrido por lo que en el relato político del capitalismo se trastoca en derechos: en realidad ha luchado por la democratización política, contra la opresión y la desigualdad, para poder

expresarse sin ser perseguida, para poner sus fuerzas en común con otros; y para tener el pan asegurado, para no estar al arbitrio de los poderosos (...) Y ha conseguido derechos. Que no son exactamente aquello por lo que luchaban: no es lo mismo tener derecho al trabajo que tener un puesto de trabajo... Lo primero no supone lo segundo" (*Los ciudadanos siervos*, Madrid, Trotta, 1993, p. 140).

Además, circunscribir las luchas sociales al marco del derecho y la ciudadanía, se vuelve una trampa ideológico-política para la izquierda: los derechos de ciudadanía funcionan necesariamente como legitimación del mito de la representación política, del "dogma de que la intervención política de las gentes ha de limitarse al voto. Velan los ojos ante *el poder político privado*. Legitiman también, pues, al poder realmente existente" (ibid., p. 148).

Algo más sobre derecho, ciudadanía y poder que señala Capella. Los derechos de ciudadanía debieron ser arrancados al poder estatal. El derecho es precedido por el no derecho, esto es, por la situación de hecho, la violencia, el poder: para que existiese derecho de huelga fue necesario que hubiese huelgas fuera de la ley; las masas han tenido que reunir poder real (social y político) para alterar la relación de fuerzas existente, que luego deviene nuevo derecho. Pero cuando el objetivo deviene derecho, el poder social que lo impuesto "está de más" según el discurso político del capital. Ahora es el Estado el garante de esos derechos.

Esto mismo puede ejemplificarse con la lucha por los derechos humanos en Argentina, que arrancan de la última dictadura. La gente ha luchado por libertad y justicia: éstas en parte se consiguieron, pero en parte también se transformaron en derechos legales o en instituciones del Estado (Subsecretaría de derechos humanos). La institucionalización significa, en la lógica estatal, el fin del movimiento social que luchó por un objetivo: el Estado finalmente lo ha reconocido, lo ha sancionado como derecho, lo ha institucionalizado. La CONADEP (Comisión Nacional sobre Desaparición de las Personas), convocada por el entonces presidente Alfonsín, respondía a esta lógica de estatalización: del poder autónomo del movimiento de derechos humanos, se pasaba a una comisión de notables creada desde el Poder Ejecutivo, y de ésta, a una institución del Estado. La desactivación del poder social autónomo del movimiento de derechos humanos, el esfuerzo estatal por desmovilizarlo —que había sido, paradójicamente, una de las fuentes de legitimidad del gobierno de Alfonsín—, sin duda facilitó el retroceso posterior que significaron las leyes de obediencia debida, punto final y, finalmente, de amnistía.

Las evidencias del fracaso de la estrategia democrática de ciertos sectores la izquierda desde 1983 (izquierda alfonsinista, PI, intelectuales del Club Socialista, etc.) están a la vista: hoy tenemos un régimen de democracia estable, legalidad institucional, derechos ciudadanos, etc., pero el poder estatal se hizo más fuerte (en relación a la sociedad civil, claro, no en relación al Capital), la sociedad está más desmovilizada, la apatía política es mayor. Un balance serio de este fracaso implica revisar los conceptos con los que se pensó esta estrategia (ciudadanía,

institucionalización, modernización, democracia sin adjetivos), así como volver a atender los que se desplazó o se relegó a un segundo plano (relaciones de clase, capitalismo, correlaciones de fuerza, violencia, poder).

Angel Fanjul

CdS: En varios escritos y en un reciente debate realizado en el Foro de Debate Socialista usted remarca la importancia de la noción de ciudadanía para la política socialista. No se trata de una noción de ciudadanía restringida exclusivamente a la esfera política y nacional, sino extendida a la esfera social e internacional. Habida cuenta de la centralidad que el marxismo atribuye a la noción de clase en cuanto a la definición del sujeto colectivo: ¿qué relación encuentra usted entre ciudadanía y clase? O bien: ¿qué relación existe entre democracia y socialismo?

AF: Desde mi regreso del exilio, tras la caída de la dictadura, vengo bregando en el seno de las corrientes revolucionarias por la revaloración y reivindicación del criterio de «el ciudadano», «la ciudadanía» y «la sociedad civil».

No soy un marxólogo, ni académico, soy solamente un militante del marxismo crítico. Quizás espulgando las obras de Marx encontraríamos apoyo a nuestro combate. No lo sé, pero tampoco me preocupa. Mi adhesión al marxismo dista mucho de ser la referencia dogmática a un cuerpo de doctrina cerrado y absoluto. Entiendo al marxismo como algo inacabado y en constante renovación. No se puede ser marxista sin ser crítico. Crítico de la realidad, crítico de nuestra propia comprensión.

Sin embargo, atento al profundo humanismo de Marx, resultaría impropio sostener que éste no valoró en su significación la conquista de la “ciudadanía” y la liquidación de los principios del Derecho Natural. Pudo ser crítico sobre las limitaciones de esta conquista, pero difícilmente la ignorara.

Sería ocioso y totalmente ineficaz pretender que la realidad de fines del siglo XX sea la misma estudiada por Marx en su vida, o aquella que enfrentaron los revolucionarios en 1917, o la oposición de izquierda y Trostky en 1938. Asistimos hoy a un mundo globalizado —previsto magistralmente por Marx en su *Manifiesto Comunista*—. Un mundo globalizado, sometido a “un poder de facto”, como dice Noam Chomsky, o al “soberano privado y oculto”, al decir de Ramón Capella.

Una gran conquista de la humanidad fue la consagrada en el Convención Francesa de 1792, que echó por tierra los principios del derecho divino o el derecho natural, afirmó la soberanía del pueblo e instituyó al ciudadano. Que esta conquista revolucionaria haya sido manipulada y deformada, reducida al sufragio universal, no puede conducirnos a negarla. Hoy más que nunca se impone su reivindicación frente al poder de facto o privado u oculto. No debemos confundir soberanía popular con formas de representación o sistema democrá-

tico de dominación. Reivindicar una conquista revolucionaria no significa quedarse en ella, sino desarrollarla, potenciarla.

¿Por qué oponer la conquista revolucionaria de la ciudadanía a la existencia de las clases constituidas en las relaciones sociales de producción? ¿Un proletario, un trabajador, no es un ciudadano? ¿Reconocer los derechos políticos del ciudadano implica renunciar a reconocer objetivamente la lucha de clases? Más aún, ¿la conciencia de clase se lesiona por la conquista política del ciudadano o se fortalece? La conciencia de clase fortalece al ciudadano y la acción política de la ciudadanía permite madurar la conciencia de clase. La lucha de clases es parte de la lucha por el consenso y la hegemonía. El ejercicio de los derechos ciudadanos de explotados y oprimidos fortalece el combate por los objetivos de clase.

En conclusión a esta pregunta: ¿qué relación existe entre democracia y socialismo? Contesto con la afirmación de Rosa Luxemburgo: "No habrá socialismo sin democracia, ni democracia sin socialismo". Tal afirmación de Rosa ha tenido una confirmación contundente. ¿Puede haber de democracia sin ciudadanos/as?

CdS: Para contextualizar la pregunta anterior. La ampliación de la ciudadanía hacia contenidos sociales fue un proceso que se incrementó con los denominados "estados de bienestar" (derechos al empleo, la educación, la salud, la jubilación, etc.) en los países centrales y, en cierto sentido, con los estados populistas en los países periféricos. La ofensiva neoconservadora contra esas conquistas sociales parece establecer una hegemonía donde la noción de ciudadanía es despojada de esos contenidos sociales y reconducida a su contenido político-electoral estrecho. ¿Qué papel juega la noción de ciudadanía en la lucha contra esta hegemonía neoconservadora? ¿Juega un papel distinto en los países centrales y periféricos?

AF: La formulación de esta pregunta es suficientemente clara en cuanto afirma los criterios sostenidos al responder a la anterior. El concepto de ciudadanía no niega el concepto de clase, en todo caso se complementan. En efecto, en la crisis de la segunda posguerra mundial, sea en los países centrales o en la revolución colonial en la periferia, en lo que se dio el nombre de populismo, se muestra la relación entre la ofensiva de clase y las conquistas ciudadanas. Sin duda la clase dominante procura sistemáticamente desconocer los derechos logrados por los trabajadores, los explotados y oprimidos. Sin duda procura limitar los derechos ciudadanos a un acto electoral formal. Pero los ejemplos de las grandes movilizaciones que desde 1995 sacuden a Europa, de ciudadanos y trabajadores, de explotados y excluidos, en defensa de las conquistas que el capital anónimo y de facto pretende desconocer, es más que concluyente. Esta ofensiva ciudadana unida a los trabajadores y oprimidos y excluidos, en su caso, ha logrado frenar en gran parte en los países centrales la ofensiva neoliberal e imponer conquistas como la reducción de la jornada de trabajo. El papel no es el mismo en países centrales y periféricos. El desarrollo y el peso de la sociedad civil es diferente y en consecuencia es también diferente el papel de la ciudadanía.

La soberanía adquiere contenidos concretos en la lucha por su ejercicio. Un

ejemplo: el Subcomandante Marcos reivindica el derecho ciudadano de campesinos e indígenas que no lo tienen, como también el derecho a ejercitarnos cotidianamente. O los Sin Tierra en Brasil, o la lucha contra los genocidas en nuestro país. Y miles de ejemplos nos muestran que no pueden limitarse los combates a la pertenencia de clase, sino a los derechos ciudadanos.

¿El genocidio es limitado a la clase o para explotar más a la clase se acudió al genocidio? ¿Luchar contra el genocidio es un deber exclusivo de la clase o es un deber ciudadano? Para mí la respuesta es contundente. El espectáculo de un sinnúmero de movilizaciones contra la impunidad, reclamando justicia o reclamando derechos de salud, educación, vivienda, o contra los atropellos policiales y empresariales no son estrictamente reivindicaciones de clase, son ejercicios de derechos ciudadanos.

Reivindicamos el criterio político universal del ciudadano por el sólo hecho de ser habitante de la tierra, sin fronteras, a las que el poder de facto está destruyendo. Y procuramos avanzar en el concepto de la ciudadanía social universal reclamando para los seres humanos, por el sólo hecho de su existencia, el derecho a una renta básica universal, por sobre la relación trabajo-capital, al margen de la propiedad de los medios de producción y cambio, con prescindencia de la rentabilidad y atendiendo solo a la necesidad.

Cuando el Estado-nación languidece: ¿ciudadano de qué Estado? De ninguno. El ciudadano y productor-consumidor, libremente asociado, el ciudadano universal en autogestión generalizada. ¿Una utopía? Quizás, pero muy concreta.

¿La palabra ciudadanía es la adecuada? Como sostiene François Reageon, las palabras del vocabulario político, lejos de ser los instrumentos neutros del pensamiento, son las armas del conflicto político. La historia de las ideas se refleja a través de la evolución semántica de los términos del vocabulario político.

Hugo Calello

CdS: En el momento político actual se habla de un cambio significativo tanto en las formas de liderazgo político como en el tipo de mensaje. ¿Qué opina usted al respecto?

HC: La “caída del muro” es también la caída relativa de una densa enredadera de equívocos y falacias que durante el largo tiempo de su construcción y supervivencia cubrieron con amor y con odio esa barrera que mantenía separados dos mundos, no tan radicalmente diferentes como nos querían hacer creer: el “libre democrático occidental” y el “socialismo real”. El muro caído, su “enamorada enredadera” reseca y muerta, pueden ser figuras simbólicas de la extinción expresando, como dirían los posmoneoliberales, que la realidad no está en las grandes narraciones sino en la “poesía de la fugacidad de las metáforas que se retiran” (Derrida dixit).

Para despejar dudas interpretativas aclaramos que, para nosotros, estas metá-

foras son solo juegos de ironía. La realidad de fin de milenio, en un escenario dominado por el capitalismo salvaje, aplasta la poesía con la violencia, el fundamentalismo, la globalización de las mafias, el vacío ético y la derrota del pensamiento.

Pero, por otra parte, está en la propia naturaleza de la dominación en este fin de milenio el mantener vigente el equívoco, la "enredadera de palabras vacías", sobre todo en el lenguaje político, un lenguaje que cuando menos explicitamente político sea aumentará su efectividad, su capacidad de generar un consenso pasivo, sumiso ante el poder neoliberal.

CdS: Algunos especialistas tienden a asimilar cada vez más los conceptos de democracia y ciudadanía, planteando que la verdadera democracia es aquella que defiende y amplía los derechos de los ciudadanos. ¿Qué opina de esta cuestión?

HC: El concepto de ciudadanía y el de democracia llenan hoy los espacios de la discusión en los grupos, partidos políticos y aún en los medios de difusión masiva, para algunos son baluartes a defender, para otros son instancias de vida política presente pero que deben ser mejoradas y profundizadas. Nosotros en esta breve intervención no pretendemos agotar el tema, sino sólo perfilar algunas cuestiones para el abordaje de estos dos conceptos. Veamos:

1) Históricamente, la ciudad es la dimensión urbana avanzada del antiguo asentamiento (burgo), el "nuevo espacio" en el cual el siervo feudal busca su libertad y su realización en el trabajo libre. La democracia se configura en la Grecia ateniense y tiene su asiento precisamente en la ciudad, "la polis" (sinónimo de política, "politeia"), espacio en el cual sólo los ciudadanos habitantes, con propiedad y bienes en él, podían votar y ser votados en los "demos" (unidades electorales), y participar en las grandes asambleas ("eclesias"), escenarios en los cuales los ciudadanos tomaban las grandes decisiones que regían los destinos de la "polis."

2) Como sostiene Max Weber, en la ciudad se expresa la forma de dominación legítima más avanzada, en tanto es asentamiento del Estado Racional Moderno, que al mismo tiempo es la macroinstitución que puede ejercer el monopolio legítimo de la violencia, contra aquellos que atentan contra la dominación racional. El mismo Hegel (para Bobbio el más grande filósofo sustentador del contractualismo), define en la *Filosofía del Derecho* al Estado como el Sujeto con mayúscula detentador absoluto de la autoridad, de la Etica del Poder Público, que subordina, tanto la voluntad libre del sujeto ciudadano como las morales particulares (familia, estamento) en las cuales éste se inscribe.

3) En contraste con estos autores el contractualismo francés parece más preocupado por la irreversible desigualdad que engendra la relación estado-ciudadano, en confrontación con la propuesta hobbesiana sobre la omnipotencia del Leviatan. El más sensible a esta desigualdad es indudablemente J. J. Rousseau, que en sus dos obras fundamentales *Contrato Social* y *El Discurso sobre la desigualdad* (sobre todo en esta última), pone el acento sobre la nueva esclavitud que generan las formas políticas en las sociedades modernas.

De este breve pantallazo histórico podemos extraer una conclusión más que evidente: en la teoría política y en la realidad política, la democracia está subordinada a la ciudadanía, o sea que no es un ejercicio de poder para todos los hombres y mujeres de una sociedad, sino solo para aquellos privilegiados que son ciudadanos, que integran la "sociedad política". Así el burgués niega su identidad clasista, se oculta y se universaliza, de este proceso surge "el democrática liberal". La palabra ciudadano niega la realidad de la exclusión. Otra vez el pensamiento de Hegel es emblemático, la sociedad política es el reino de la libertad y la sociedad civil el reino de la necesidad, que debe ser aniquilado para liberar en el poder autónomo del Estado. Por otra parte en la historia de la sociedad capitalista en los últimos dos siglos, la teoría liberal, desde Hobbes, Locke, Toqueville, S. Mill hasta los neoliberales Rawls y Nozick (mas allá del chispazo rousseauiano), ha privilegiado el orden, la democracia de los mejores, la sociedad "rectamente ordenada", como únicas formas posibles de supervivencia de la "democracia" (liberal). Es evidente el papel de las palabras, su función claramente ideológica, en este convencer a la sociedad de que la democracia excluyente, imperfecta, relativa, mejorable es la única alternativa y que la sociedad debe preocuparse solo en su mantenimiento y conservación.

CdS: *"Globalización" y "gobernabilidad" son dos conceptos que hoy pueden considerarse habituales en los discursos políticos. Desde su punto de vista: ¿la "gobernabilidad" de los países latinoamericanos, dentro del actual contexto multinacional, supone un avance de las democracias sobre los régimen autoritarios?*

HC: Como dice Antonio Gramsci, todo lenguaje es una simbolización restrictiva, ligado a los intereses del poder a través de la constitución del sentido común, el cemento necesario para mantener a la sociedad organizada y pasiva, en tanto "masa suma de individuos". De ahí la "necesaria perennidad", la enredadera de las palabras equívocas, de las palabras vacías. Otra vez Gramsci convoca a la cita cuando desnuda desde el concepto de "hegemonía" el carácter cultural político, de toda forma de dominación estatal en la sociedad capitalista. Y sostiene, por otra parte, que la verdadera democracia solo es posible si disuelve la sociedad política en la sociedad civil. De ahí que la democracia en "esta sociedad" solo está vigente en tanto es asumida como un proyecto, una idea fuerza utópica conductora de la revolución estructural, social y ético-política.

El mismo Gramsci en un precoz artículo de juventud desarrolla la idea de que en el imperialismo la dominación de clase se extiende internacionalmente, la opresión de clase, sin perder su dimensión interna, se extiende universalmente a países dominantes y a países dominados, que cumplen la función de clases subalternas. Esta hipótesis gramsciana tiene para nosotros una doble significación. 1) Coloca en su verdadero lugar la fantasía del discurso hegemónico sobre la extinción del proletariado-extinción luchas de clases. 2) Para América latina y para el tercer mundo en general anticipa el semblante perverso de la globalización. Demuestra que la desigualdad planetaria es una condición irreversible para la

supervivencia del actual capitalismo. Y al mismo tiempo desenmaraña el entretelado de las palabras vacías, con que se adorna el gigantesco imaginario neoliberal como por ejemplo el "fin de la historia y de la violencia" de Fukuyama y la "gigantesca aldea cultural supercomunicada" de Mc Luhan.

De todas maneras el Discurso Político Hegemónico pasa por encima de la desigualdades, las ignora y las oculta, las palabras que inventa se incorporan a la "jerga" no sólo popular, sino también al lenguaje académico y "oficial". La gobernabilidad es un ejemplo vivo y vigente. Este concepto fué acuñado por la sociología norteamericana de los sesenta-setenta y se refiere a la posibilidad de ejercer el poder con legitimidad y eficacia, cuando existe una minoría que por razones de marginalidad de diverso tipo con respecto al sistema no puede participar de él y por lo tanto debe ser excluida del ámbito de la libertad democrática, del ejercicio de sus derechos (el sociólogo E. Shils denomina lumpen-proletariado). Durante la época de la administración del presidente J. Carter esta concepción respaldó las intervenciones correctivas de orden diplomático y más encubiertamente militar sobre las desviaciones motivadas por dichos "estratos no integrables" de la sociedad latinoamericana, dentro de una sociedad caracterizada por la caoticidad relativa y permanente, derivada de la existencia creciente de grandes mayorías excluidas, en situación de marginalidad, pobreza crítica, degradación económico-social. Esta exportación estratégica de la gobernabilidad fue catastrófica para América Latina. De la sutil perversión de la democracia originaria se pasa a una perversión de tal naturaleza, que se respaldó por "derechos y humanos defensores de la democracia" a los militares perpetradores de genocidio argentino.

En América latina la lucha por la democracia pasa por la aniquilación de la democracia imaginaria instituída (como diría Castoriadis) desde el discurso político del poder, que utiliza la jerga y las palabras para reforzar la hegemonía para tornar gobernables estas sociedades condenadas a la desigualdad. Pero así como esta lucha no puede limitarse a las palabras, tampoco podemos caer en la trampa de las palabras. Solo la praxis política radicalmente transformadora puede generar un verdadero contradiscurso hegemónico.

Ellen Meiksins-Wood

CdS: En la primera parte de Democracy against capitalism, usted analiza la distinción entre lo económico y lo político, entre clase y ciudadanía, en el capitalismo. Se trata, ciertamente, de distinciones históricas constitutivas del capitalismo como modo de explotación y dominación. Sin embargo, puede constatarse en la actualidad una revalorización de la noción de ciudadanía por parte de sectores provenientes de la izquierda. ¿Cómo ve usted esta recuperación del concepto de ciudadanía? ¿Qué relación plantearía entre ciudadanía y clase?

EMW: En *Democracy against capitalism* formulo las siguientes preguntas: “en un sistema donde el poder puramente ‘económico’ ha reemplazado al privilegio político, ¿cuál es el significado de la ciudadanía? ¿Qué podría requerirse para recuperar, en un contexto diferente, el rasgo sobresaliente de la ciudadanía en la democracia antigua...?” Formulo estas preguntas no porque piense que el concepto de ciudadanía carezca necesariamente de significado en el capitalismo contemporáneo, sino porque, si queremos tener alguna sustancia en el discurso político de hoy, y especialmente si queremos apropiarlo para propósitos socialistas, hemos de reconocer la manera en la cual la verdadera estructura del capitalismo ha transformado inevitablemente el sentido y la significación de la ciudadanía.

El concepto fue inventado en un contexto muy diferente. En la antigua Grecia, donde el concepto fue inventado —o incluso en alguna otra sociedad precapitalista— los derechos políticos tenían una significación que no pueden tener en una sociedad capitalista. Donde la propiedad misma es, por así decirlo, políticamente constituida, como era en las sociedades precapitalistas —esto es, donde el poder de apropiación mismo descansa sobre poderes y privilegios “extraeconómicos”— los derechos políticos tienen inevitablemente implicancias económicas: los poderes político, judicial y militar del señor feudal o del funcionario absolutista son al mismo tiempo e inseparablemente el poder de apropiarse pluriabajo de los campesinos productores. En general, esto ha significado, a través de la historia humana, que la división entre explotadores y explotados ha correspondido a la división entre apropiadores y productores.

Toda extensión de los derechos políticos a los productores podría, por definición, haber significado un debilitamiento del poder de apropiación de sus explotadores. En las sociedades precapitalistas generalmente las clases explotadoras eran, al mismo tiempo e inseparablemente, clases dominantes, e incluir a las clases productoras en la comunidad política hubiera transformado inevitablemente no sólo la relación entre los soberanos y los sujetados sino la relación entre las clases explotadoras y explotadas.

La democracia ateniense no correspondió al patrón general precapitalista. En lugar de una clara división entre soberanos y productores, tenía un cuerpo de ciudadanos que incluía a la vez apropiadores y productores. Los esclavos, por supuesto, eran por definición excluidos de la ciudadanía. Al mismo tiempo, el pueblo trabajador, los campesinos y artesanos, eran incluidos en la comunidad política y, en virtud de su ciudadanía, gozaban de una cierta libertad de los tipos de explotación a los cuales sus contrapartes en otros sitios habían sido sujetos a través de la historia. Después de la antiguedad clásica, este experimento en ciudadanía nunca fue repetido otra vez —hasta la extensión del derecho de voto a las clases trabajadoras en la era capitalista moderna.

Pero por supuesto la ciudadanía “democrática” en el capitalismo no tiene más los mismos efectos, porque la propiedad capitalista, los poderes capitalistas

de apropiación, no son más constituidos políticamente. Los capitalistas ciertamente tienen una ventaja política, porque la riqueza aún da acceso al poder político. Pero los capitalistas, al mismo tiempo e inseparablemente, no constituyen una clase dominante en el mismo sentido que, por así decir, los señores feudales. El poder explotador del capital no descansa directamente sobre poderes o privilegios extraeconómicos. El capitalismo ha resuelto el problema de los soberanos y los productores de una manera diferente, por la expropiación de los productores directos, quienes son compelidos a transferir su trabajo no por coerción directa "extraeconómica" sino por compulsiones económicas, las compulsiones de la carencia de propiedad y la necesidad de vender su fuerza de trabajo por un salario. Así los capitalistas pueden gozar del poder de apropiación y explotación sin la posesión exclusiva de los derechos políticos.

El capitalismo ha removido, entonces, enormes esferas de la vida del alcance de la responsabilidad democrática. La mayoría de la gente gasta la mayoría de sus horas bajo el poder directo del capital, en el lugar de trabajo, y cada uno está sujeto a la fuerza "impersonal" del mercado capitalista, con sus imperativos de acumulación y maximización de beneficios. La asignación de los recursos, aún la disposición del tiempo mismo, no atañe a la esfera asignada a la "ciudadanía". Así la lucha por la liberación de la explotación o de las coerciones del mercado que afectan cada aspecto de la vida, no puede triunfar sólo mediante la obtención de derechos políticos. No hay ahora ninguna concepción de la ciudadanía, ninguna forma de pertenencia a la comunidad política, que pueda reproducir los efectos sobre la explotación y el poder de clase que acompañan a los derechos políticos en las sociedades precapitalistas. Dentro de los límites del capitalismo, la ciudadanía no puede hacer mucho más que ofrecer unos pocos "derechos" esencialmente pasivos. Aún la "ciudadanía social", un concepto que se ha vuelto popular entre algunos en la izquierda, ofrece poco más que derechos pasivos —el derecho a cierto grado de protección respecto de los efectos destructivos del capitalismo o el derecho a alguna limitada compensación por aquellos efectos. Estos son ciertamente mejores que nada y son dignos de pelear por ellos, pero hemos de reconocer sus limitaciones.

Es más: si desempaquetamos el significado original de la ciudadanía e intentamos reproducir mutatis mutandis sus efectos, habría habido una verdadera ciudadanía democrática cuando los poderes "económico" y "político" estuvieran fusionados, entonces posiblemente podríamos desplegar el concepto de ciudadanía de una manera verdaderamente emancipatoria. Pero tendríamos que haber reconocido que, en función de disfrutar el "apoderamiento" o auto-actividad que el concepto de ciudadanía promete, deberíamos haber trascendido el capitalismo por completo.

CdS: En su intervención en un reciente Against the current simposium sobre el Manifiesto Comunista —que reprodujimos en nuestra última entrega de Cuadernos del Sur—, usted sostiene que, en el contexto de la mundialización capitalista, el estado revisó

una importancia central y que la complicidad entre estado y capital es más intensa que nunca. ¿Qué papel desempeña el estado en dicho contexto de mundialización? ¿Qué consecuencias políticas se seguirían de aquella complicidad entre estado y capital para la política socialista ante el estado?

EMW: En *Democracy against capitalism*, en el mismo capítulo donde hablo acerca de la “separación de lo económico y lo político”, hablo acerca de la tendencia del capitalismo a fragmentar la clase obrera. Se supone que el capitalismo —la interdependencia que crea, su homogeneización del trabajo, y el resto— tiene un efecto unificador sobre la clase obrera, pero todos nosotros sabemos que esto no ha sido así. La clase obrera ha sido, a lo largo de su historia, dividida y fragmentada de varias maneras. Esto no ha sido sólo una cuestión de contingencias históricas. Ni ha sido sólo una cuestión de diferentes “identidades”. La verdadera estructura del propio capitalismo, su organización de la producción y la apropiación, tiene un efecto centrífugo sobre la clase obrera, concentrando la lucha en el punto de la producción, localizándola y domesticándola, etc. Debería agregar que, al mismo tiempo que la lucha de clases es localizada de esta manera y focalizada en los conflictos entre los trabajadores y sus empleadores inmediatos, la competencia entre empresas significa que los trabajadores son también a menudo conducidos a juntarse con sus empleadores contra sus competidores, incluidos otros trabajadores.

Yo publiqué originalmente el artículo sobre el que está basado este capítulo en 1981, antes de que la “globalización” hubiera devenido el principal tópico del día. Pero sugería que podían existir ahora ciertas presiones contrarrestantes que contrapesarían los efectos centrífugos del capitalismo. La creciente integración internacional del mercado fue trasladando los problemas de la acumulación capitalista a la esfera “macroeconómica” y el capital fue siendo forzado a confiar en el estado más y más para crear las condiciones correctas para la acumulación. Sugería entonces qué el estado podía volverse crecientemente un blanco privilegiado de la lucha en los países capitalistas avanzados y alentar luchas unificadas contra él.

Hoy, diecisiete años después de que el artículo saliera por primera vez, todos están hablando sobre la globalización, pero la opinión convencional es que la globalización está haciendo al estado menos antes que más importante. Yo continué creyendo, sin embargo, como entonces, que el capital en el mercado global necesita al estado más que nunca: para mantener las condiciones de la “competitividad” de varias maneras, para intensificar la movilidad del capital mientras bloquea la movilidad del trabajo, para preservar la disciplina laboral y el orden social de cara a la austeridad y “flexibilidad”, y, por supuesto, para proveer subsidios directos y operaciones de rescate a expensas de los pagadores de impuestos, operaciones de rescate que pueden ser administradas por agencias internacionales pero que requieren estados nacionales tanto para extraer los ingresos de sus ciudadanos como para reforzar las condiciones que los acompañan. Más acá de toda corporación transnacional hay una base nacional, la cual depende de su esta-

do local para sustentarla y de otros estados para darle acceso a otros mercados y a otras fuerzas de trabajo. Y los estados menos desarrollados o más débiles actúan como correas de transmisión para los estados capitalistas más poderosos. La restructuración económica que asociamos con la globalización significa no sólo la retirada del estado respecto de sus funciones mejoradoras —provisión de bienestar, etc.— sino también su rol crecientemente activo en el proceso de restructuración, así como en el mantenimiento del orden contra los rasgos de desorden que acompañan la restructuración.

De esta y otras maneras, el estado es indispensable para el capital, y su complicidad con el capital es más transparente que nunca en las políticas del "neoliberalismo" y la globalización. ¿Ha tenido esto, entonces, el efecto de generar luchas unificadas contra el estado? Es demasiado pronto para decir cuán lejos pueden ir las cosas, pero ciertamente hemos visto, en tiempos recientes, más protestas de masas y demostraciones callejeras contra el neoliberalismo y la globalización, en varias partes del mundo: Francia, Canadá, Corea del Sur, Argentina, etc.

La organización de luchas anticapitalistas ha sido siempre difícil porque el capital no presenta un blanco singular, unificado y visible. Basta considerar la historia de las revoluciones, donde las clases subordinadas han luchado no sólo contra sus opresores directos de clase sino contra el poder organizado y concentrado en el estado, y donde esta resistencia concentrada al estado ha sido un ingrediente necesario para unir a la gente para la lucha de clases. La lucha de clases en los países capitalistas avanzados raramente ha tomado esta forma, porque la propia estructura del capitalismo tiende a transferir el lugar del conflicto de la esfera política a la económica y a las relaciones de clase en las empresas individuales. Pero la paradoja de la globalización puede ser que, justo en el momento en que el capitalismo está volviéndose "transnacional" —o más bien, universal y globalmente integrado— el poder del capital puede más que nunca estar concentrado en el estado. El estado, entonces, puede servir como un blanco de la lucha anticapitalista y, al mismo tiempo, como un foco de luchas locales y nacionales, puede actuar como una fuerza unificadora a la vez en la clase trabajadora y entre el movimiento obrero y sus aliados en la comunidad. Y desde hace poco todo estado está siguiendo las mismas políticas destructivas. Hay también aquí un fundamento para una nueva clase de internacionalismo, para la solidaridad entre las variadas luchas locales y nacionales.

El Ojo Mocho

Revista de crítica cultural

Internacionalismo e internacional(es)*

Denis Berger

Segunda parte**

Una herencia a revisitar

La Internacional Socialista, cuyo fracaso político de 1914 parecía anunciar su próximo hundimiento, es la única que se mantuvo con el estatuto de organización de masas. Esta aparente anomalía merece una explicación: la Segunda Internacional, desde que se integró en el sistema político de los principales estados capitalistas, cumplió una función política y social necesaria para la reproducción de las relaciones constitutivas de la sociedad. Su implantación en las capas asalariadas le permitió contribuir activamente a la incorporación de los trabajadores en el funcionamiento de la colectividad política. La naturaleza de las proposiciones políticas que ella formula le confiere un papel clave en la valoración del consenso en cuyo nombre las cosas se mantienen como son. En resumen, los partidos socialistas son uno de los reguladores del orden existente.

No era inútil el recordar estas banalidades ya que ellas tienen el mérito de mostrar que la Internacional Socialista se sitúa en otro lugar en relación a las perspectivas de los fundadores de la Primera Internacional, y también en otra parte en relación a los principios de los que, en 1889, reconstituyeron una federación internacional socialista. Al mismo tiempo, la creación, en 1919, de la Internacional Comunista encuentra toda su legitimidad histórica: en el momento en que la Primera Guerra Mundial trastocó «en sangre y cólera» la relación de millones de hombres y de mujeres en el mundo; en el momento en que la revolución rusa, a pesar de sus límites, abría una brecha en los baluartes del capitalismo, no era

* Publicado en *Utopie Critique*, núm. 7 y 8, París, segundo-tercer trimestre de 1996.

** La primera parte de este artículo fue publicada en el núm. 26 de *Cuadernos del Sur*.

posible seguir tolerando la ineficacia organizativa y la impericia política de la vieja internacional. Se hacía necesaria una nueva herramienta, un nuevo instrumento adaptado a la acción.¹ Es lo que expresa, en un lenguaje marcado por su creencia en un desarrollo continuo del proceso histórico, el Manifiesto del primer congreso de la Tercera Internacional cuando dice: «Si la Primera Internacional previó el desarrollo que venía y preparó los caminos, si la Segunda Internacional ha unido y organizado millones de proletarios, la Tercera Internacional es la Internacional de la acción de masas, la Internacional de la realización revolucionaria».²

La hora de la crítica

Reconocer la legitimidad de la acción de los bolcheviques no debe significar en absoluto una aprobación total de lo que hizo la Internacional Comunista. Hay que terminar con el espíritu de filiación, que tiende a situar cada acción, cada representación, cada concepto contemporáneo, como el producto necesario y bienvenido de un rumbo en el cual el capital no cesa de expandirse sin que su núcleo inicial cambie. Lejos de ser un encadenamiento sin rupturas, la historia es una continuidad de discontinuidades, de ocasiones teóricas y prácticas frustradas y, como tales, borradas de la historia oficial (sean cuales fueren los oficialismos en vigencia). El deber de todo pensamiento revolucionario es el de ser crítico –lo que significa buscar sistemáticamente en los acontecimientos principales, cuya importancia se destaca, las carencias y los errores de los protagonistas, de los cuales se aprueba la acción general.

Esta tarea se impone particularmente a los comunistas que se interesan en la historia del comunismo. Ninguno entre nosotros puede, en efecto, rehusar el interrogarse sobre las causas de la terrible mutación que ha hecho desembocar a un movimiento de emancipación en una de las más sangrientas dictaduras de la historia y ha transformado a partidos que se proclamaban como de vanguardia, en máquinas burocráticas. Conviene, seguramente, rechazar todas las tentativas dirigidas a hacer de Lenin un simple aspirante a dictador y de los bolcheviques una escuadra de verdugos.³ El estalinismo ha encarnado una contrarrevolución en el interior de la revolución. Marca una ruptura en el proceso abierto por la revolución de Octubre.

Pero sería irresponsable, aún para aquellos que no han cedido nunca delante del estalinismo, el no plantearse algunas preguntas esenciales: ¿cuáles son los errores que se han cometido? ¿Cuáles son las insuficiencias de la teoría que han contribuido a crear las condiciones de la victoria

de las burocracias? ¿Qué virtualidades han sido ignoradas en función de una visión demasiado simple de la revolución? ¿Qué consecuencias ha traído sobre la salud militante de los comunistas? El retroceso nos permite hoy responder a estas preguntas. No podremos construir otro porvenir sino después de haber bebido el pasado y su pasivo.

Un momento en la historia

Para ser eficaz, la crítica no debe quedarse en la etapa de las abstracciones: las relaciones del bolcheviquismo con la democracia y la autoorganización no pueden ser juzgadas fuera del contexto histórico en el cual se situaron. Es frente a una cierta coyuntura, a relaciones de fuerza determinadas que sus actos toman sentido. Lenin, Trosky y sus consortes han violado, sin ninguna duda, numerosas veces las normas, admitidas por ellos mismos en sus escritos anteriores, de la «democracia revolucionaria». Poco nos interesa saber si ellos fueron llevados por esta vía por su temperamento individual.⁴ Nuestro problema es el de determinar qué lógica de los acontecimientos los condujo a estas transgresiones. Y cuáles de sus concepciones estratégicas los volvieron más vulnerables al peso de las circunstancias.

No insistiré sobre lo que militantes e historiadores, cada uno con sus propios conceptos, ya han puesto en evidencia muchas veces: el atraso de Rusia que hacia difícil la institucionalización de una gestión directa de las tareas por el pueblo, las consecuencias de la guerra civil, etc. Estos factores deben ser tenidos en cuenta en la medida en que contribuyen a explicar el extraordinario aislamiento en el que se encuentra el poder bolchevique desde 1918 y, por consecuencia, las aproximaciones de su política que hizo del recurso de la fuerza un modo de supervivencia. Aquí se trata, por el contrario, de estudiar la dimensión internacional de la acción de los comunistas rusos. A ese nivel, otras restricciones actuaron.

La primera, la más importante probablemente, nace del rol del poder estatal en el desarrollo de la revolución rusa como también en la extensión de su influencia en el plano internacional. Con la agudeza de visión que lo caracterizaba, Lenin no dejó de mostrar que la conquista del poder central era el único medio de evitar la contrarrevolución y de permitir un avance hacia el socialismo. El resultado de su victoria sobre los que dudaban, numerosos en su propio partido, fue Octubre. No fue un *putsch*, como es de buen tono decirlo hoy en día,⁵ sino una acción militar dirigida hacia la cumbre del Estado. Por ella, el Estado revestía una potencia simbólica decuplicada. Los azares de las guerras que sufrió a continuación Rusia, transformaron los aparatos del poder central en baluartes exclusivos de la

supervivencia de la revolución. Desde esta época fue que el partido bolchevique comenzó, en la práctica, a confundir las funciones políticas del partido con las funciones de gestión administrativa y de represión.

Esta evolución nefasta estaba contrabalanceada a nivel político por la voluntad claramente afirmada de la dirección bolchevique de encontrar una salida internacional en la revolución alemana principalmente. La fundación de la Internacional Comunista en 1919 vino a concretar esta voluntad. Hasta 1921, por lo menos, la nueva organización gozó de una audiencia de masas que no se limita solamente a los futuros adherentes de los partidos comunistas. Esta influencia se explica fácilmente: la revolución rusa apareció como negación práctica de todo lo que la guerra había significado de infame. Los temas políticos del bolcheviquismo eran poco y mal conocidos. Por el contrario, la sola iniciativa de crear un nuevo poder estaba en sintonía con el sentimiento de rebeldía (contra los autores de la guerra y sus cómplices) que habían generado un conflicto cuya duración excesiva había sembrado en muchas cabezas la duda sobre la legitimidad de los que tenían en sus manos el orden establecido. Las miles de personas que se apretujaban en los mitines de apoyo a la Rusia revolucionaria, y con más razón aquellos que, a instancias de los marinos del Mar Negro, rehusaban «marchar sobre Odessa», no eran comunistas (y todos no se volverían comunistas), pero ellos se sentían en sintonía con el nuevo régimen nacido en el este.

Y la causa de este acuerdo (que a pesar de las apariencias resistirá la prueba del tiempo para renacer plenamente en los años de lucha contra el fascismo) puede ser hallada en la fuerza simbólica que materializa el estado revolucionario, que rápidamente iba a ser denominado «estado obrero». La guerra del 14 al 18, vivida en sus comienzos como uno de los conflictos breves a los cuales la Europa del siglo XIX estaba acostumbrada,⁶ ha mostrado poco a poco su carácter mundial: muchos beligerantes, participación de los Estados Unidos, presencia de tropas «coloniales», etc. Esta nueva dimensión de la política no podía sino acentuar, tanto en los de la «vanguardia» como en los de la «retaguardia», un profundo sentimiento de desapego: conscientes como ya lo eran de que pesaban poco en las decisiones de su estado nacional, ellos descubrían, con sufrimiento y amargura, que su suerte se jugaba aún más alto, allí donde dominan las relaciones de fuerza entre las grandes potencias, a su vez ellas mismas influenciadas por los grandes negocios capitalistas.⁷

Esta dolorosa iniciación en el mundialismo no podía más que incitar a numerosas víctimas de la guerra a recibir favorablemente al nuevo Estado

que, además, se inscribía en una tradición socialista que eventualmente se podría hacer remontar a 1789. Potencia material, potencia militar (como lo atestiguaba el éxito del ejército rojo), la Rusia revolucionaria podía, más allá de las críticas que ella suscitaba, aparecer como el intérprete eficaz de todos los sin voz que habían pagado la guerra con su propio pellejo. Su dimensión estatal la ponía en igualdad de condiciones con otros estados, a los cuales ella podía enfrentar.

En otros términos, la popularidad de la revolución de Octubre se debió mucho a el haberse concretado en un estado, rigurosamente organizado. Pero, por este hecho, la naturaleza de las relaciones entre los fundadores de la Internacional Comunista y aquellos que los seguían más o menos directamente, fue profundamente afectada por este apoyo que daba mayor lugar a las relaciones de organización que a la política. Más que nunca, los bolcheviques fueron atrapados por la trampa de la práctica estatal.

La constitución de la nueva internacional se encontró afectada, en este cuadro restrictivo, por otro desequilibrio: entre los revolucionarios de Europa del este y los nuevos comunistas del oeste existía un profundo desfasaje en el dominio de la formación teórica y también en el nivel de la experiencia militante. Exceptuando a los alemanes —desgraciadamente privados prematuramente de Rosa Luxemburgo— nadie estaba en condiciones de hablar de igual a igual con los bolcheviques. Entonces éstos fueron llevados, queriéndolo o no, a ubicarse en una posición hegemónica. De ello, la Internacional naciente sacó apreciables beneficios políticos; pero ella tendió a transformarse muy rápidamente en un marco en el que se reproducían las relaciones de dominación, heredadas de la vieja sociedad y dotadas de un peso tanto más pesado en la medida que los dirigentes del partido mundial estaban, al mismo tiempo, a la cabeza de un estado en el seno del cual ellos debían enfrentarse a cargas burocráticas que los invadían.⁸

Reducción de la revolución

Subrayémoslo una vez más: las restricciones que impone a los fundadores de la Internacional Comunista su situación política (su relación obligada con el Estado soviético) no se refieren al dominio de la subjetividad; actúan como una fuerza exterior a la cual era necesario adaptarse. Por el contrario, las decisiones estratégicas —y los conceptos latentes que las inspiran— no tienen o no denotan la misma necesidad. No por ello son menos importantes, ya que pueden acentuar o disminuir el peso de las llamadas «condiciones objetivas».

Llegados a este nivel, ya uno no se puede dar por satisfecho recordan-

do la voluntad revolucionaria de los bolcheviques, plenamente dirigida hacia la revolución mundial. Hay que darle la mayor importancia a la cuestión de cómo: cómo veían el proceso revolucionario; cómo traducían esta visión teórica en términos prácticos. El legado de siglos de revueltas herencia de movimientos políticos contemporáneos, la idea revolucionaria señala un objetivo que adquiere una dimensión real por los medios que él impone.

La idea principal que surge de los textos fundamentales de la Tercera Internacional es la idea de la ineluctabilidad de la revolución. El capitalismo ha entrado, en la era del imperialismo que ha llevado a la guerra mundial en su etapa de agonía. Este análisis no está inspirado solamente por la coyuntura de crisis de los años 1917-1920. Se desprende de una visión fundamental de las contradicciones del modo de producción: es la estructura misma de las relaciones de clases fundamentales la que determina el surgimiento de luchas revolucionarias. Ni Lenin, ni Trotsky, ni siquiera Sinoviev, pensaron que el desarrollo de la revolución se efectuaría bajo la forma de un progreso continuo. Ellos sabían que períodos de retrocesos aparecerían obligatoriamente. A partir de 1921 ellos se mostraron capaces de detectar el aquietamiento político y social en Europa.⁹ Pero globalmente, ellos hacían la hipótesis de una curva ascendente de la revolución, la que se impondría con el rigor de una ley de la historia.

El pensamiento político fundamental de los comunistas de la época estaba, desde entonces, tomado entre dos polos: el indispensable tener en cuenta las incertidumbres de la coyuntura y la creencia en un determinismo histórico esencial.¹⁰ En tales condiciones, la fuerza de la esperanza nacida con la ayuda del deseo de revolución, la urgencia de socorrer a la Rusia revolucionaria con victorias exteriores, se hacía apremiante. Y es lógico que se haya impuesto un cierto objetivismo fatalista en la elaboración de la estrategia: los dirigentes del partido mundial de la revolución —y, más aún, los jóvenes adherentes a su causa— han tenido tendencia a concebir un modelo único del proceso revolucionario. A costa, evidentemente, de tomar en consideración lo accidental, en sí mismo fruto de lo subjetivo en toda crisis revolucionaria.

Este modelo ha sido aplicado, en buena lógica, prioritariamente a la Revolución de Octubre. La tríada partido de vanguardia-sociedad-toma del poder por la insurrección ha tomado la dimensión de un esquema director absoluto.

A pesar de los análisis sutiles de muchos responsables bolcheviques sobre la excepcionalidad de la experiencia rusa, la ideología promedio de

la Internacional se estructuró alrededor de una visión abstracta de la revolución.¹¹ Entendemos por ésta el que muchos se contentaban a menudo con repetir las fórmulas que habían permitido el éxito en Rusia, sin buscar demasiado, por ejemplo, cómo podía aparecer la dualidad de poder en sociedades más complejas que el estado zarista. Sin preguntarse mucho tampoco si la parte de iniciativa militar que había permitido la victoria de octubre podría ser tan importante en otros países. De esa manera fue que se llegó, más allá de las teorizaciones, a prácticas revolucionarias: a la «acción de masas» en Alemania y a muchas otras tentativas.¹²

Esos textos han sido objeto de interpretaciones de una rara parcialidad. Conviene por lo tanto iluminar su lógica profunda, que es una lógica de ruptura con las prácticas de la socialdemocracia de antes de 1914. En el espíritu de sus autores, hay que renunciar a desarrollar la organización por ella misma y en lugar de una masa de adherentes pasivos preferir un conjunto de militantes formados y listos a todas las formas de acción. También, la participación en las elecciones debe dejar de ocupar el lugar central, y el acento ponerse sobre todo lo que, desequilibrando el poder del estado, pueda llevar a la movilización revolucionaria de las masas. El antimilitarismo y el anticolonialismo deben ocupar un lugar privilegiado en el trabajo cotidiano de los partidos que, en consecuencia, deben estar listos a permanecer en la ilegalidad.

Releídas setenta y cinco años más tarde, estas tesis y estas resoluciones conservan su validez. La evolución de la sociedad puede volver obsoletas algunas formulaciones. En el fondo, los principios de acción planteados conservan su vigor: la experiencia ha mostrado que la lucha por una transformación global de la sociedad exigía medios adaptados al fin buscado y no podía resumirse en una presencia activa en las instituciones existentes, por más que ellas fueran democráticas.

Sin embargo, toda centralización lleva riesgos de limitación de la democracia. Señalar esto vale particularmente para una organización mundial que ejerce su acción en un nivel donde no existe ninguna tradición seria de cooperación y donde sobre todo predominan las relaciones interestatales, que por definición son burocráticas y que excluyen una intervención directa de las masas. El «partido mundial de la revolución» debió hacer innovaciones. Tuvo un éxito parcial instaurando, entre sus secciones, debates contradictorios de los cuales los congresos mundiales constituyen la culminación. Pero, al mismo tiempo, en la acción cotidiana, se instauró una práctica que en ciertas circunstancias tendía a ser manipuladora: muchas decisiones evidenciaban las iniciativas de los en-

viados especiales del Comintern y el peso de las ayudas financieras acordadas por Moscú, que influían sobre muchas decisiones políticas de los partidos. En resumen, la Internacional Comunista dirigida por Sinoviev era cualitativamente diferente de la máquina de obedecer que se instalaría durante la «bolcheviquización» estaliniana; pero, en una cierta medida, muchas características de funcionamiento de los años heroicos facilitaron la tarea de los burócratas de la URSS.

Las circunstancias evocadas más arriba (en particular, el peso del Estado soviético sobre la política del partido ruso y de la Internacional) pueden explicar, por una parte, los riesgos de centralización abusiva que sufrió la nueva Internacional. Los resultados no son menos evidentes al nivel de la estrategia política. Los jóvenes partidos comunistas fueron invitados a adoptar todas las formas de un bolchevismo poco a poco reelaborado y formalizado hasta perder lo esencial de su originalidad y de su riqueza. Esta teoría, que anuncia el futuro «marxismo-leninismo», tuvo consecuencias prácticas: los partidos comunistas se formaron primero que todo en la disciplina, que se presentó como una virtud cardinal, aún si ella se hacia a expensas de su autonomía; el ideal que se les fijaba era el de volverse un instrumento de conquista del poder, siguiendo el modelo del mítico partido bolchevique que se había construido para ellos. Más grave todavía es el hecho de que tales concepciones llevaron a hacer de la «avanguardia» un absoluto cuyo triunfo teórico se logra a costa de la idea de autoorganización popular.

Sería un error el ver en tal situación el producto de una táctica conscientemente elaborada en Moscú. Fue una práctica inconsciente, que se fue poniendo en práctica poco a poco, justificada a los ojos de sus promotores por las urgencias de la coyuntura. Ella se extendió en modo latente, en contradicción frecuente con las resoluciones adoptadas por los congresos. Pero esta misma contradicción es reveladora de la realidad de la nueva Internacional. No hay ninguna duda de que la experiencia del «comunismo de guerra» contribuyó a la deformación de los principios revolucionarios de partida. La política del poder bolchevique se caracterizó por un rechazo del pluralismo, una represión implacable contra todos los opositores (incluidos los socialistas). Todo esto llevó a Cronstadt, a la prohibición de fracciones en el partido. ¿Será necesario una vez más hacer referencia a la fuerza de las cosas? Sí, hasta cierto punto, ya que los bolcheviques fueron forzados a actuar en violación de numerosas tradiciones y numerosos principios propios, para mantener el rumbo de la revolución. Sin embargo, a partir de un cierto momento, ellos justifica-

ron teóricamente su práctica, tendiendo a poner un signo de igual entre dictadura del proletariado y dictadura del partido. Tal pasaje al acto en la práctica teórica no podía más que influir de manera desastrosa sobre las concepciones dominantes en la joven Internacional comunista.

El ejercicio del poder en el único estado revolucionario que haya jamás existido de forma durable no sólo influyó sobre los principios estratégicos de los comunistas. También mostró, acentuándolas, las zonas inciertas de la teoría, tanto leninista como marxista. La visión simplificada de un proceso histórico entera e inmediatamente determinado por el antagonismo entre la burguesía y el proletariado no podía culminar más que en esquematizaciones. Lo mismo sucedió con la definición de la clase obrera por su conciencia de clase: en ciertos momentos del razonamiento se atribuye a los trabajadores una capacidad revolucionaria casi innata; en otros, constatando el «atraso de su conciencia», se confía al partido de vanguardia la tarea de encarnar el sentido de la historia. A partir de este hecho, la definición de una democracia renovada queda en el limbo: la crítica de los aspectos formales de la representación parlamentaria sirve como pretexto para un rechazo a la confrontación entre corrientes representativas de diversas capas del proletariado; la definición de un Estado cuyo estatuto burocrático sería cuestionado se mantiene como ampliamente abstracta.

No es difícil el encontrar, como origen de estas insuficiencias, una carencia más decisiva todavía: la ausencia de una teorización profunda de la especificidad de lo político, que depende, ella misma, de un silencio casi total sobre la naturaleza de las relaciones de dominación en todas las sociedades de clase. Estas relaciones, que se manifiestan en la vida cotidiana, particularmente bajo la forma de relaciones no igualitarias entre los sexos socialmente definidos, están en el origen de una jerarquía que se combina con las relaciones de explotación, sin confundirse con ellas. El no tener en cuenta esta autonomía, relativa pero activa, es condenarse a cerrar los ojos sobre los riesgos de ver renacer, hasta en las movilizaciones revolucionarias, formas de subordinación. Es desarmarse por adelantado ante el burocratismo y la burocracia.

La Internacional inconclusa

Hasta aquí no hemos tratado más que el primer período de la Internacional Comunista. Después de 1921 se produjo una mutación. El retroceso de las perspectivas revolucionarias en Europa es tenido en cuenta. Un nuevo acercamiento estratégico se afirmó en el tercer y cuarto congresos. Sin embargo, los primeros años fueron decisivos; los principios funda-

mentales de un movimiento comunista que sigue siendo revolucionario, fueron elaborados entonces. Las fuerzas y las debilidades de la teoría tomaron su forma en ese momento, que no sería nunca superado por completo. La reunión de todos estos factores explica por qué el giro de 1921-1922 va a mostrarse sin un verdadero futuro.

Los términos: nueva estrategia, giro... no son excesivos. A pesar del rechazo de una izquierda que se mantiene en la «ofensiva», la Tercera Internacional plantea la idea de «frente único», es decir de una alianza con la socialdemocracia a fin de (re)movilizar las masas. Pero este emprendimiento, por sus presupuestos, es radicalmente nuevo. Se funda primero que todo sobre el reconocimiento del hecho de que los partidos políticos, muy rápidamente enterrados en 1919, conservan, en muchos países importantes, una audiencia de masas. Esta constatación obliga no solamente a plantear una espera en la toma del poder revolucionario, sino que también hace necesario un análisis más fino de lo que es la clase obrera, su relación con la política, su «conciencia de clase». Surge entonces una nueva idea: es necesario encontrar formas de pasaje entre las preocupaciones actuales de los trabajadores y las necesidades de la toma del poder; son las «consignas de transición» que Trotsky retomará y sistematizará en su Programa de 1938. Finalmente, en la medida que existirán las condiciones de una autoorganización popular, es posible entreviver un gobierno de alianza; este «gobierno obrero», nacido al interior del sistema existente, tendría por tarea el desmantelar sus estructuras mediante una serie de medidas que, al cabo de un cierto plazo, desembocarían en la instalación de la dictadura del proletariado. No habría manera de decir más claramente que la transformación revolucionaria de la sociedad es un proceso en el cual la toma del poder es el punto de llegada y no el punto de partida.

Por supuesto, estas innovaciones plantean más problemas que los que resuelven. Exigen una profundización teórica, en la medida en que ellas muestran más una constatación empírica que una reflexión fundamental. No constituyen tampoco un nuevo punto de partida para un movimiento que, hasta entonces, ha sobre todo vulgarizado la experiencia, rica pero particular, de la Revolución de Octubre. Sin embargo, el debate estratégico terminará pronto. Se centrará casi únicamente sobre las modalidades del Frente Único: ¿es aceptable aliarse con la socialdemocracia? ¿Hay que practicar la unidad de acción en la base?, ¿en la cumbre?, ¿en ambas? Si es sí, ¿hasta qué límite? No es difícil de imaginar el grado de abstracción de la discusión así planteada y así llevada adelante.

Muy rápidamente, por lo tanto, la reflexión sobre el contenido de la revolución se detendrá, y no será seguida más que al margen de la Internacional, entre aquellos que la conducción oficial va a empujar hacia la oposición. Porque, y he ahí lo esencial, en algunos años el movimiento comunista y mundial va a ser sometido a las transformaciones que se desarrollaban en la URSS; la consolidación de la burocracia, preludio de la contrarrevolución de los años 30, transforma a los partidos comunistas en sostenedores de la cambiante política exterior del Estado soviético. Poner el acento sobre este proceso social obliga a tener en cuenta la ruptura que encarna el estalinismo en relación al leninismo. Pero toda ruptura con el pasado implica ciertos aspectos de continuidad. Toda derrota de un movimiento político de masas, si se la explica primero que todo por la evolución de las grandes relaciones de fuerza, encuentra también sus orígenes en las debilidades y los errores de los vencidos. En el caso de la Internacional Comunista, parece indiscutible que ciertos rasgos históricos del bolcheviquismo acentuaron tanto el desarraigo político del pueblo en el interior de la URSS, como la ausencia de autonomía creativa de la mayor parte de los partidos comunistas.

Esta es la lección principal que debemos extraer de la experiencia excepcional que encarnaron la revolución rusa y la Tercera Internacional en su período ascendente. Un partido mundial de la revolución no puede nacer bajo una forma hipercentralizada, sobre todo cuando depende de un estado (por más que sea «obrero»). Una estrategia unificada a escala internacional exige una visión de la sociedad —de las formas de dominación que son su basamento— que no debería limitarse a la reflexión sobre la toma del poder.

La Internacional Comunista no ha constituido más que un momento hacia el internacionalismo.

(*Traducción del francés: RC*).

Notas

¹ Así pensaba Rosa Luxemburgo, aunque ella discrepaba con Lenin sobre el momento de fundar la nueva Internacional.

² *Tesis, manifiestos y resoluciones políticas de los Cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista*, Maspero, 1969, p. 34.

³ Es lo que hace François Furet en su último libro *El pasado de una ilusión*, 1995.

⁴ No se hace el psicoanálisis de nadie a partir solamente de los textos disponi-

bles y de los testimonios de sus contemporáneos. Las hipótesis que se pueden formular a partir de tales documentos dan a lo sumo indicios sobre las relaciones existentes entre la militancia revolucionaria y lo que Freud llamaba la «pulsión de la angustia». Lo que no es despreciable, pero no nos aclara nada sobre el curso de los acontecimientos revolucionarios.

⁵ El tema merecería un desarrollo más extenso. Me limitaré a subrayar que, a menos que se cambie el sentido de las palabras, es imposible hablar de *putsch* para caracterizar la acción de una organización política que, bajo esas consignas, conquistó la mayoría de la organización de masas más representativa: el Congreso de los soviets.

⁶ La mayoría de la población no creía en una guerra prolongada, como tampoco los dirigentes civiles y militares de los estados beligerantes.

⁷ Los «mercaderes de cañones», figuras casi míticas de entre las dos guerras, simbolizan adecuadamente a esos poderes misteriosos y temibles que deciden el destino del mundo. «Se cree morir por la Patria, hasta darse cuenta de que se muere por las cajas fuertes» (Anatole France).

⁸ Se podría objetar que el debate democrático haya existido desde el comienzo en la IC. No se puede negar que, por su intermedio, se realizó una comunicación de experiencias que, por si mismas, limitaron la extensión de las relaciones de dominación. Pero la vida de una organización no se limita a sus períodos de discusión general. La mayor parte del tiempo se consagra a la acción, ordinaria o extraordinaria, a la designación de responsables en todos los niveles, a la gestión, etc. Es ahí que nacen los hábitos de mando y de sumisión. Todo el problema del «centralismo democrático» y de sus deformaciones se sitúa al nivel de la vida cotidiana de los partidos.

⁹ Sobre este punto de vista, uno de los textos más interesantes es el informe presentado por Trotsky al III Congreso de la Internacional («Informe sobre la crisis económica mundial y las nuevas tareas de la Internacional Comunista», 23 de junio de 1921).

¹⁰ Esto se inscribe, por otra parte, en una tradición del pensamiento marxista, que a su vez se alimenta en los aspectos contradictorios de la obra de Marx.

¹¹ Toda organización política funciona, en sus actividades corrientes, a partir de un cierto número de normas y de valores que representan un compromiso entre los objetivos globales fijados por sus dirigentes, y la mentalidad de sus cuadros y militantes. Por importantes que sean, las decisiones que vienen de la cumbre son, en los hechos, reinterpretadas al llegar a la base. Así nace esta ideología promedio que es conveniente auscultar para conocer la realidad de la organización.

¹² Esas tentativas no siempre nacieron de elementos jóvenes o sectarios. Fueron alentadas por iniciativas nacidas del propio Lenin. Siempre será poco la insistencia sobre las consecuencias nefastas de la expedición soviética sobre Polonia (1920) que popularizó la idea de que una intervención militar podía contribuir directamente a la revolución.

Por un marxismo crítico

Michael Löwy



D espués de más de medio siglo de "marxismo" de Estado, ideología oficial al servicio de un sistema burocrático autoritario o (según los casos) totalitario, nada es más legítimo que el deseo de volver a Marx, desembarazar su pensamiento de las escorias acumuladas y retomar el diálogo (crítico) con su obra original.

Compartimos esta intención, sugerida tanto en el título de esta recopilación (Marx después de los marxismos), como en el texto propuesto por los editores de la revista *Futur antérieur*. Con la condición, todavía, de evitar un serio equívoco: creer que podemos abstraer un siglo de historia del marxismo, una historia donde encontramos, al lado de muchos impases (sin hablar de las aberraciones estalinistas) una inmensa riqueza y pistas indispensables para comprender nuestra época. No se puede simplemente "volver a Marx" descuidando a Rosa Luxemburgo y Lenin; Trotsky y Gramsci; Lukács y Bloch; Walter Benjamin y Tehodoro

Adorno; Herbert Marcuse y Max Horkheimer; E.P.Thompson y Raymonds Williams; Lucien Goldman y Jean-Paul Sartre; Ernest Mandel y C.L.R. James; Henry Lefebvre y Guy Debord; José Carlos Mariátegui y Ernesto Che Guevara, y podríamos continuar la lista.

Son los marxismos del siglo XX –partiendo de Marx, pero yendo mucho más allá– los que nos ayudaron a comprender el imperialismo y el fascismo, el estalinismo y la sociedad del espectáculo, las revoluciones sociales en los países periféricos y las nuevas formas del capitalismo. No se trata de una herencia homogénea o de una línea ortodoxa, sino de una diversidad conflictiva y abierta, que nos es tan necesaria, desde el punto de vista de una crítica al estado de cosas existente –o de la búsqueda de una alternativa radical– en cuanto a las obras de Marx y Engels.

Si me refiero continuamente al marxismo es porque no pienso que Marx fuese (para retomar una fórmula célebre) "un hombre de ciencia como los otros". Su pensamiento introduce, como destaca con razón Gramsci, una escisión en el campo cultural, tanto teórica como prá-

tica, filosófica y política, cuyos efectos repercuten hasta el presente. Dicha "escisión" no inaugura una "ciencia de la historia"—que ya existía—sino una nueva concepción del mundo, que permanece como una referencia necesaria para todo pensamiento y acción emancipadores.

El marxismo no tiene sentido si no es crítico, tanto frente al la realidad social establecida—cualidad esta que hace mucha falta a los marxismos oficiales, doctrinas de legitimación apologética de un orden "realmente existente"—cuanto frente a él mismo, frente a sus propios análisis, constantemente cuestionados y reformulados en función de objetivos emancipadores que constituyen su apuesta fundamental. Reclamarse del marxismo exige por tanto, necesariamente, un cuestionamiento de ciertos aspectos de la obra de Marx. Me parece indispensable un inventario que separe lo que permanece esencial para comprender y para cambiar el mundo, de lo que debe ser rechazado, criticado, revisado o corregido. No pretendo que mi balance sea el único legítimo, ni que sea más "marxista" o "marxiano" que los otros. Yo lo propongo como una contribución para un debate pluralista, sin temer, como diría Lucien Goldman, ser ortodoxo o herético.

La primera y tal vez mayor contribución de Marx a la cultura moderna es su nuevo método de pensamiento y acción. ¿En qué consis-

te esta nueva visión del mundo, inaugurada por las *Tesis sobre Feuerbach* de 1845? La mejor definición me parece todavía la de Gramsci: filosofía de la praxis. Este concepto tiene la gran ventaja de destacar la discontinuidad del pensamiento marxista en relación a los discursos filosóficos dominantes rechazando tanto el viejo materialismo de la filosofía de las Luces —cambiar las circunstancias para liberar al hombre (con su corolario político lógico: la apelación al despota ilustrado o a una élite virtuosa)— como el idealismo neohegeliano (liberar la conciencia humana para cambiar la sociedad). Marx cortó el nudo gordiano de la filosofía de su época, proclamando (tercera Tesis sobre Feuerbach) que en la praxis revolucionaria coinciden los cambios de las circunstancias y la transformación de las conciencias. A partir de aquí discurre, con rigor y coherencia, su nueva concepción de revolución, presentada por primera vez en *La ideología alemana*: es por su propia experiencia, en el curso de su propia praxis revolucionaria, que los explotados y oprimidos pueden quebrar al mismo tiempo las "circunstancias" externas que los aprisionan—el capital, el Estado—y su conciencia mistificada anterior. En otras palabras: la autoemancipación es la única forma de emancipación auténtica. Desde este punto de vista, la célebre fórmula del

Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores resume, en su lacónica brevedad, el núcleo central del pensamiento político marxiano: "La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos". La revolución como praxis autoliberadora , es simultáneamente el cambio radical de las estructuras económicas, sociales y política, y la toma de conciencia, por las víctimas del sistema, de sus verdaderos intereses, el descubrimiento de las ideas, aspiraciones y valores nuevos, radicales, libertarios.

En los marcos de esta concepción de revolución —que, bien entendida, se relaciona no solo con la "toma del poder" sino con todo un período histórico de transformación social ininterrumpida— no hay lugar, desde el punto de vista de la propia estructura de la argumentación , para ningún "Salvador Supremo" ("ningún César, ningún Tribuno"): la filosofía de la praxis de Marx es intrínsecamente hostil a todo autoritarismo, substituismo o totalitarismo. De todas las manipulaciones, deformaciones o falsificaciones que el marxismo conoció "gracias a los cuidados" del cesarismo burocrático estalinista —que no es un «desvío teórico» sino un monstruoso sistema de monopolio de todos los poderes por un "Estado" (Stand) parasitario— aquel que se produjo en este nivel fue sin duda el peor.

La filosofía de la praxis tiene también otra dimensión decisiva: contra el materialismo antiguo que coloca al individuo contemplativo (*anschauend*), frente a las "circunstancias sociales", esto es, frente a la "sociedad burguesa" en cuanto conjunto de leyes sociales y económicas "naturales", independientes de la voluntad o de la acción de los individuos; "la filosofía de la praxis" percibe la sociedad como red "práctica", concreta, de relaciones sociales, en cuanto estructura creada por los seres humanos en el curso de su actividad histórica y de su apropiación de la naturaleza por el trabajo. En otras palabras, la concepción de la praxis está en el corazón de la crítica marxista de las alienaciones y, más tarde, del fetichismo de la mercancía, al mismo tiempo como "ilusión necesaria" y como forma de objetivación social del capitalismo.

Hoy estamos sometidos, más que nunca, a lo que Etienne Balibar llama "el totalitarismo de la forma mercantil", esto es, a una condición en la cual "los individuos son aprisionados en la estructura objetiva del intercambio, a partir del momento en el que no solamente los objetos con los que los individuos realizaron el intercambio son mercaderías, sino también la propia fuerza de trabajo se torna mercadería y su propia subjetividad es sometida a la forma mercadería (*Critique Communiste*, nº 140, hiver 1994-95, p. 94).

En este final del siglo XX, cuando el mercado capitalista se convirtió en una verdadera religión secular, con su culto fanático y estrecho, su cortejo de dogmas intolerantes, sus rituales de expiación, su clero internacional de "especialistas", su excomunión de todas las herejías; en este momento, pues, la crítica marxiana del fetichismo nos permite desembarazarnos (librarnos) de esta aplastante capa de plomo, de este conformismo sofocante y de esta hegemonía del "pensamiento único". Dicha crítica inspiró algunos de los más interesantes avances de la teoría social en el siglo XX, desde el análisis de la reificación hecho por Luckás hasta la crítica de la razón instrumental hecha por la Escuela de Frankfurt y la de la sociedad del espectáculo de los oficialistas.

Lo que constituye la fuerza del pensamiento de Marx, lo que explica su persistencia, su vitalidad, su resurgimiento perpetuo a pesar de las "refutaciones" triunfantes, de los repetidos errores y manipulaciones burocráticas, es su cualidad al mismo tiempo crítica y emancipadora, a saber: la unidad dialéctica entre el análisis del capital y la convocatoria a su derrocamiento, el estudio de la lucha de clases y su relacionamiento con el combate proletario, el examen de las contradicciones de la producción capitalista y la utopía de una sociedad sin clases, la crítica de la economía política y la exigencia

cia de "eliminar todas las condiciones en el seno de las cuales el hombre es un ser disminuido, sometido, abandonado, despreciado" (*Contribución a la crítica de la economía política*).

Si la crítica marxista del capital mantiene todo su valor, es antes que todo porque la realidad del capitalismo como sistema mundial, a pesar de los cambios innegables y profundos que el conoció después de un siglo y medio, continua siendo la de un sistema basado en la exclusión de la mayoría, la explotación del trabajo por el capital, la alienación, la dominación, la jerarquización, la concentración de poderes y privilegios, la cuantificación de la vida, la reificación de las relaciones sociales, el ejercicio institucional de la violencia, la militarización, la guerra. Para comprender esta realidad, sus contradicciones y las posibilidades de su transformación radical, la obra de Marx permanece como un punto de partida indispensable, una herramienta insustituible, una brújula sin la cual tenemos muchas chances de perder el rumbo.

Es un hecho que el mundo del trabajo conoció transformaciones profundas, principalmente en el curso de las últimas décadas: declinación del proletariado industrial y desarrollo del sector servicios, desempleo estructural, formación (notablemente en el Tercer Mundo) de una masa de excluidos al margen del proceso

de trabajo, “el pobretariado”. Estos son fenómenos no previstos por Marx que no podemos de forma alguna dar cuenta con conceptos como “trabajo improductivo” o “lumpenproletariado”. Sin embargo el proletariado, en sentido amplio, esto es, aquellos que viven de la venta de su fuerza de trabajo —o que intentan venderla (los desempleados)— permanecen como el principal componente de la población trabajadora y el conflicto de clase entre trabajo y capital continua siendo la principal contradicción social de las formaciones capitalistas —así como el eje en torno al cual se pueden articular los otros movimientos con vocación emancipadora.

El final del siglo XX es una época caracterizada tanto por la globalización capitalista más avanzada, la universalización mercantil de la economía-mundo, cuanto por la multiplicación del retroceso de las identidades, de las neurosis territoriales obsesivas, de los fetichismos nacionales mórbidos; estas son dos caras de la misma moneda. La reconstrucción paciente de las solidaridades entre los explotados y oprimidos —fundamento concreto de una nueva universalidad— permanece como el único hilo rojo que permite encontrar la salida del laberinto de las identidades (como destaca Daniel Bensaïd en *La discordance des temps. Essais sur les crises, les classes, l'histoire*).

Todo lo dicho no exime la existencia de problemas, dificultades, limitaciones e insuficiencias en el pensamiento de Marx. Me parece que los aspectos más discutibles de la herencia marxista se sitúan en el análisis de las relaciones de la producción con la vida social y cultural y con el ambiente natural. En el marco de esta breve contribución pude apenas señalar estos problemas, sin tener las posibilidades de discutirlos de forma más sistemática.

Podemos constatar en Marx una cierta tendencia a subestimar las formas no económicas y no clasistas de opresión: nacional, sexual, étnicas. La cuestión de la dominación patriarcal sobre las mujeres, que afecta a la mitad de la humanidad, está lejos de ser un tema esencial para la crítica marxiana de la sociedad precisamente por su insufrible androcentrismo (Engels estaba mucho más atento a este problema). Podemos encontrar páginas emocionantes en *El capital* sobre el sufrimiento de las mujeres trabajadoras, impiadosamente explotadas por los capitalistas ingleses, pero buscaremos en vano en sus obras un análisis consistente de la opresión específica de las mujeres en cuanto tales, de la construcción de género como categoría social jerarquizada, o de la discriminación contra las mujeres en el seno del propio movimiento obrero.

De la misma forma, la autonomía

relativa de los hechos culturales como la religión o la ética, su irreductibilidad a relaciones de producción, no siempre fueron tomadas en cuenta por Marx o Engels. Si ellos habían captado la naturaleza contradictoria de la religión —expresión de la miseria real y de protesta contra ésta— también estaban totalmente convencidos que este último rol de la religión había terminado con la revolución puritana inglesa del siglo XVII. Su abordaje de los fenómenos religiosos como sobrevivencias del pasado no nos permitió darnos cuenta de la persistencia tenaz de las formas oscurantistas y retrógradas (“el opio del pueblo”) a lo largo del siglo XX y, en particular, en nuestros días, de la aparición de formas progresistas y también revolucionarias de la religiosidad (teología de la liberación).

Por otro lado, su crítica frecuentemente justificada del “moralismo” idealista y de la ideología jurídica los condujo a rechazar la formulación de valores éticos y de derechos humanos universales. Existe, es verdad, una ética emancipadora universal que atraviesa la obra de Marx y Engels, pero ellos siempre se opusieron a su explicitación y articulación teórica. Esta laguna favoreció, a lo largo de toda la historia del marxismo, las tentativas cuestionables de completar la herencia marxiana con una ética kantiana, utilitarista, fenomenológica o liberal.

Permanece, en fin, la cuestión que exige tal vez las revisiones más profundas del cuerpo teórico marxista: la relación entre producción y naturaleza. Decir que “el marxismo es “productivista” como repiten nuestros amigos ecologistas es poco esclarecedor: ninguno denunció tanto como Marx la lógica capitalista de la producción por la producción, la acumulación del capital, de riquezas y de mercancías, como objetivo en sí. La propia idea del socialismo —contra el que fueron sus miserables contrapartidas burocráticas— es la de una producción de valores de uso, de bienes necesarios para la satisfacción de las necesidades humanas. El objetivo supremo del progreso técnico para Marx no es el crecimiento infinito de bienes, “el tener”; sino la reducción de la jornada de trabajo y el crecimiento del tiempo libre, “el ser”.

Por otro lado, es verdad que hay a veces en Marx (y también en los marxistas posteriores) una tendencia a hacer del “desarrollo de las fuerzas productivas” el principal vector del progreso, es una postura poco crítica frente a la civilización industrial, principalmente en su relación destructora del ambiente. El texto “canónico” de este punto de vista es el célebre prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859), uno de los escritos de Marx más marcados por cierto evolucionismo, por la filosofía del

progreso, por el cientificismo (el modelo de las ciencias de la naturaleza) y por una visión que no contiene ninguna problematización de las fuerzas productivas.

Encontramos aquí y allí, en *El capital*, referencias al agotamiento de la naturaleza por el capital, como en este pasaje bien conocido: "Cada progreso de la agricultura capitalista es un progreso no solamente del arte de explotación del trabajador, sino también del arte de espoliar el suelo; cada progreso en el arte de aumentar su fertilidad por un tiempo, un progreso en la ruina de sus fuentes durables de fertilidad. Los EE.UU. de América del Norte, por ejemplo, se desarrollan en base a su gran industria, sin embargo este proceso de destrucción se desarrolla rápidamente. La producción capitalista sólo desenvuelve la técnica en combinación con el proceso de producción social, agotando al mismo tiempo las dos fuentes de donde brota toda riqueza: la tierra y el trabajador" (*El capital*, libro I, Flammarion, p. 363).

Se pueden encontrar otros ejemplos, sin embargo permanece en Marx la ausencia de una perspectiva ecológica de conjunto. Su concepción optimista y "prometéica" del desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas, una vez eliminado el obstáculo representado por las relaciones de producción capitalistas que lo restringen, no es defen-

dible hoy en día. No sólo desde el punto de vista estrictamente económico —integración de los costos ecológicos en el cálculo del valor, riesgos de agotamiento de las materias primas—, sino sobretodo considerando la amenaza de destrucción del equilibrio ecológico del planeta por la lógica productivista del capital (y de su pálida imitación por la burocracia "socialista"). El crecimiento exponencial de la polución del aire, del suelo y del agua, la acumulación de desechos nucleares incontrolables, la amenaza constante de nuevos Chernobyl, la destrucción a un ritmo vertiginoso de los bosques, el recalentamiento de la tierra y el peligro de ruptura de la capa de ozono (que volvería imposible toda forma de vida sobre el planeta) configuran un escenario-catástrofe que cuestiona la propia supervivencia de la humanidad.

La cuestión ecológica es, desde mi punto de vista, el gran desafío para la renovación del pensamiento marxista en los umbrales del siglo XXI. Ella exige a los marxistas una profunda revisión crítica de su concepción tradicional de "fuerzas productivas", y una ruptura radical con la ideología del progreso y con el paradigma tecnológico y económico de la civilización industrial moderna.

Walter Benjamin fue uno de los primeros marxistas del siglo XX en plantear este tipo de cuestiones: en

1928, en su libro *Sens unique*, él denunciaba la idea de dominación de la naturaleza como “un ensañamiento capitalista” y proponía una nueva concepción de la técnica como “maestro” de la relación entre la naturaleza y la humanidad”. Algunos años después, en las *Tesis sobre el concepto de historia* el propugna enriquecer el materialismo histórico con las ideas de Fourier, este visionario utópico que había soñado “con un trabajo que, muy lejos de explotar la naturaleza, estaba en condiciones de hacer nacer de ella las creaciones que dormían en su seno”

Aún hoy el marxismo está lejos de haber superado su atraso en este terreno. Una de las pistas para un nuevo abordaje está sugerida en el reciente texto de un marxista italiano que –partiendo de un pasaje de *La ideología alemana* donde Marx evoca las fuerzas productivas que se tornan, sobre un régimen de propiedad privada, fuerzas destructivas– propone: “La fórmula según la cual se produce una transformación de fuerzas potencialmente productivas en fuerzas efectivamente destructivas, sobre todo en relación al ambiente, nos parece más apropiada y más significativa que el esquema bien conocido de contradicción entre fuerzas productivas (dinámicas) y relaciones de producción (que las aprisionan). Más allá de esto, esta fórmula permite dar un

fundamento crítico y no apologetico del desarrollo económico, tecnológico, científico y por tanto de elaborar un concepto de progreso diferenciado (E. Bloch)” (Tiziano Bagarolo, “Encore sur marxismo y ecología”. *Quatrième Internationale*, nº 44, mai-julio 1992, p. 25).

Mientras tanto, los ecologistas se engañan si piensan que pueden prescindir de la crítica marxista del capitalismo: una ecología que no tenga en cuenta las relaciones entre “productivismo” y lógica de la ganancia está condenada al fracaso —o peor aún, a su absorción por el sistema. Como comprenden perfectamente los eco-socialistas —el primero André Gorz, James O’Connor, Juan Martínez Alier, Jean-Paul Déléage, Frieder Otto Wolff— la racionalidad estrecha del mercado capitalista, con su cálculo inmediatista de pérdidas y ganancias, es intrínsecamente contradictoria con una racionalidad ecológica, que tome en cuenta el largo plazo de los ciclos naturales y la necesidad social de proteger el ambiente. Contra el fetichismo de la mercancía y la autonomía reificada de la economía, el camino del futuro es la construcción de una economía política no-mercantil basada en criterios no monetarios y extra económicos: en otros términos, la “reimbricación” (para retomar la expresión de Karl Polanyi) de la economía no ecológica, no social y no política (ver sobre esto el ensayo de

Daniel Bensaïd, *Le tourment de la matière. Marx, productivisme et écologie*. Document du travail de l’Institut de Recherche et de Formation, Amsterdam, novembre 1992, p. 23).

Gramsci insistía en la idea de que “la filosofía de la praxis se concibe, ella misma, históricamente, como una fase transitoria del pensamiento filosófico”, destinada a ser sustituida en una nueva sociedad, basada ya no sobre las contradicciones de clases y las necesidades, sino sobre la libertad (*Il materialismo storico*. Riuniti, pp. 115-6). Sin embargo en tanto vivamos en sociedades capitalistas divididas en clases sociales antagónicas, será en vano querer sustituir la filosofía de la praxis por otro paradigma emancipador. Desde este punto de vista, pienso que Jean-Paul Sartre no se equivocó al ver en el marxismo “el horizonte intelectual de nuestra época”: los intentos de “superarlo” conducen a una regresión hacia niveles inferiores del pensamiento, antes que a un “más allá” de Marx. Los nuevos paradigmas actualmente propuestos —ya sean la ecología “pura” o la racionalidad discursiva, muy cara a Habermas, para no hablar de la posmodernidad, del desconstructivismo o del “individualismo metodológico”— aportan frecuentemente contribuciones interesantes, pero no constituyen de ninguna manera alternativas superiores al marxismo en términos de compren-

sión de la realidad, de universalidad crítica y de radicalidad emancipadora.

¿Cómo entonces corregir las numerosas lagunas, limitaciones e insuficiencias de Marx y de la tradición marxista? A través de un abordaje abierto, una disposición para comprender y enriquecerse con las críticas y las contribuciones provenientes de otras partes —y antes que todo de los movimientos sociales, “clásicos”, como los movimientos obrero y campesino, y los nuevos, como la ecología, el feminismo, los movimientos por los derechos humanos o por la liberación de los pueblos oprimidos, el indigenismo, la teología de la liberación.

Pero es necesario también que los marxistas aprendan a “revisitar” las otras corrientes socialistas y emancipadoras —e inclusive aquellas que Marx y Engels habían refutado durante mucho tiempo—cuyas intuiciones, ausentes o poco desarrolladas en el “socialismo científico”, se revelaron frecuentemente fecundas: los socialismos y feminismos “utópicos” del siglo XX (owenistas, saint-simonistas, o fourieristas), los socialismos libertarios (anarquistas o anarco-sindicalistas), los socialismos religiosos y, en particular, lo que yo llamaría los socialismos románticos, los más críticos frente a las ilusiones de progreso: Willian Morris, Charles Péguy, Georges Sores, Bernard Lazare, Gustav Landauer.

En fin, la renovación crítica del marxismo exige también su enriquecimiento por las formas más avanzadas y más productivas del pensamiento no marxista, desde Max Weber a Karl Mannheim, de George Simmel a Marcel Mauss, de Sigmund Freud a Jean Piaget, de Fernand Braudel a Jurgen Habermas (para señalar sólo algunos ejemplos) así como debemos tener en cuenta los resultados limitados pero frecuentemente útiles de diversas ramas de la ciencia social universitaria.

Es necesario inspirarse aquí en el ejemplo del propio Marx, que supo utilizar ampliamente los trabajos de filosofía y de la ciencia de su época –no solamente Hegel y Feuerbach, Ricardo y Saint Simon, sino también de economistas heterodoxos como Quesnay, Fergunson, Sismondi, J. Stuart, Hodgskin, de antropólogos fascinados por el pasado comunitario como Maurer y Morgan, de críticos románticos del capitalismo como Carlyle y Cobbett, y de socialistas heréticos como Flora Tristán o

Pierre Leroux– sin que esto disminuyera mínimamente la unidad y la coherencia teórica de su obra. La pretensión de reservar al marxismo el monopolio de la ciencia, empujando a las otras corrientes de pensamiento al purgatorio de la pura ideología, no tiene nada que ver con la concepción que Marx tenía de la articulación conflictiva de su teoría con la producción científica contemporánea.

La obra de Marx fue frecuentemente presentada como un edificio monumental, de arquitectura impresionante, cuyas estructuras se articulaban armoniosamente, desde los cimientos hasta el tejado. ¿Pero no sería mejor considerarla como un cantero de obras, siempre inacabado, sobre el cual continuaran trabajando generaciones de marxistas críticos?

París, noviembre 1996

(*Traducción del portugués:* Eduardo Luçita / Carlos Girotti.)



IV Encuentro de Revistas Marxistas Latinoamericanas, Buenos Aires, 1998

Al cierre de este número de Cuadernos estaba concluyendo el IV Encuentro de Revistas Marxistas Latinoamericanas, quedando pendiente un balance del mismo para nuestra próxima entrega. Lo que sí podemos adelantar es que se acordó que el V Encuentro se realizará en San Pablo, Brasil, en la primera semana de diciembre de 1999, bajo el lema: El Socialismo del Siglo XXI. Lo que sigue es nuestra comunicación al panel: «Revistas, intelectuales y política».

Cuando en el marco de la apertura política de 1982 un grupo de compañeros que cargábamos un bagaje de distintas experiencias político-militantes comenzamos a discutir la posibilidad de reorganizar el espacio teórico-político del socialismo, destruido en nuestro país por el avasallamiento dictatorial y carente de formulación por la fragmentación e insuficiencias de las izquierdas, no éramos totalmente conscientes de las dificultades a enfrentar. Dificultades para pensar la realidad, para indagarla con independencia de forzadas homologaciones y accionar sobre ella sin sumisión a los modelos que la doctrina había congelado.

En ese escenario *Cuadernos del Sur* se formuló y reformuló, buscando realizar y al mismo tiempo inducir una reflexión amplia sobre el marxismo como cuerpo teórico y la realidad, una reflexión que partiendo del contexto mundial contemporáneo, se ubicara en el espacio nacional y latinoamericano.

En este sentido *Cuadernos del Sur* puede catalogarse como un proyecto intelectual –si caracterizamos como intelectual toda aquella actividad del pensamiento, esté sustentada en una formación académica o no, al servicio de analizar el desenvolvimiento de la vida social tomando posición frente a ella. Nuestra revista pretende desde sus orígenes, hace ya casi una década y media atrás, ser un vehículo de difusión y discusión de la producción local e internacional marxista y del pensamiento crítico. Que toma la cuestión social, económica y política en toda su complejidad y amplitud, aportando a la construcción de un espacio de reflexión sobre las actuales condiciones de nuestras sociedades y la recreación de la utopía socialista, transformadora de conciencias y realidades.

Frente a la caducidad del pensamiento dogmatizado, afirmamos que ningún cuerpo teórico ha sustituido con beneficio los instrumentos conceptuales del marxismo, con los cuales quienes se plantearon la transformación socialista de la sociedad contemporánea elaboraron los análisis de ésta, fundando teóricamente los movimientos liberadores de la sociedad.

Sin embargo la forma abrupta e inorgánica del curso de la desdogmatización –que cuestionó a ese culto ateo con santa sede en Moscú, pero que también sacudió los cimientos de las pequeñas parroquias diseminadas por doquier– que invade irrefrenablemente los terrenos antes cerrados por los *a priori*, conforman uno de

esos sacudimientos estructurales que llamamos crisis. Tanto el marxismo como herramienta teórica capaz de guiar la comprensión de la crisis capitalista, así como la construcción del socialismo giraron durante todos estos años en el torbellino de una misma crisis.

No obstante los vendavales de la crisis pueden ser propicios, porque arrastran consigo las mistificaciones que proliferan en períodos de calma, a condición de que se distingan correctamente aquellos árboles que pueden enfrentar la tormenta augurando tiempos mejores y, naturalmente, contribuir para que se desarrolle. *Cuadernos del Sur* no se publica entonces para aferrarnos dogmáticamente a dos, tres o cuatro verdades reveladas, que permanecerían al margen de la lucha cotidiana de los hombres y mujeres concretos que viven y reproducen su existencia sometidos a la explotación, a la opresión y exclusión social; ni tampoco de la experiencia acumulada por los mismos. Tampoco lo hace para ofrecer en venta a sus múltiples lectores, eclécticamente, cada surtido de mercaderías ideológicas que la moda impuso. *Cuadernos del Sur* no tuvo ni tiene vocación de relicario ni de góndola de supermercado, sino la única vocación digna de una revista socialista: plantear y debatir críticamente algunas herramientas teóricas y su aplicación concreta sobre la realidad en que operan.

En este aspecto *Cuadernos del Sur* se escribe para una coyuntura, para intervenir en una determinada coyuntura, aunque el alcance de sus artículos pueda tener una mirada y un alcance de futuro, porque nos parece indispensable y necesario el debate y el conflicto, aunque muchas veces no se expliciten como tales, con otras posiciones política e ideológicas, partidarias o no. Porque, en algún sentido, toda revista por independiente que sea es una forma de partido. Un tomar partido, no en el sentido de la adhesión a un partido político, sino en el sentido de la politicidad implícita, de la opción por un proyecto y un cuerpo de ideas para la construcción política socialista, aún en debate y en conflicto con los partidos existentes.

Para *Cuadernos del Sur*, una revista socialista independiente, celosa de su autonomía, que no está amparada por ninguna institución, académica o partidaria, ni sostenida por ninguna fuente de financiamiento que no sean sus lectores, sostener en el tiempo esta empresa intelectual no resulta sencillo en esta época de fuga del pensamiento radical, de desvalorización de todo intento transformador de nuestras realidades, de rápidas transformaciones y de una profunda crisis global.

Para el pensamiento, como para las sociedades, asumir la crisis significa agudizar la propia capacidad crítica. Afirmados en esta premisa y confiados en la capacidad removedora de las ideas el proyecto de *Cuadernos del Sur* no es otro, en última instancia, que aportar a la transformación del conocimiento en fuerza social impugnadora del orden de cosas existente, buscando abrir la posibilidad de un nuevo curso en la historia.

*Colectivo de Gestión
Buenos Aires, septiembre de 1998.*

Cuadernos del Sur

EDITORIAL

JESÚS ALBARRACÍN
/ PEDRO MONTES

JORGE LOFREDO

JOAO PEDRO STEDILE

CAIO NAVARRO TOLEDO

JEAN MARIE VINCENT

TONI NEGRI

HUGO CALLELO /
RUBÉN LOZANO

H.TARCUS / A.FANJUL
H.CALLELO /
E.M-WOOD

DENIS BERGER

MICHAEL LÖWY

El impacto de la crisis en la política local.

La crisis asiática y la inestabilidad
financiera mundial.

«Activistas». «infiltrados», y «subversivos». Oposición social y reacción oficial.
(Argentina 1989-1998).

Brasil: los sin tierra contra el corporativismo.

¿Adiós a la revolución? La modernidad.
democrática de la izquierda.

Las vías de la democracia.

La república constituyente.

Nueva revolución, nueva democracia.

Estado, clase, ciudadanía.

Internacionalismo e internacional(es).II

Por un marxismo crítico.

Artista plástico invitado: Hilda Paz / Sebastián Rosso / Viviana Sasso